

OS



MERINO

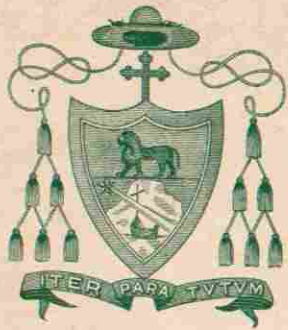
POETAS

MERICAN

PQ7161

F4

003467



1080019183

EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



POETAS AMERICANOS
UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

A. Fernández Merino



POETAS AMERICANOS

MÉXICO

Flores, Híjar, Prieto
Riva Palacio, Peza, Carpio
Altamirano

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

BARCELONA

TIPOGRAFÍA LA ACADEMIA, DE E. ULLASTRES

6 - Ronda de la Universidad - 6

1886



Capilla Alfonso
Biblioteca Universitaria

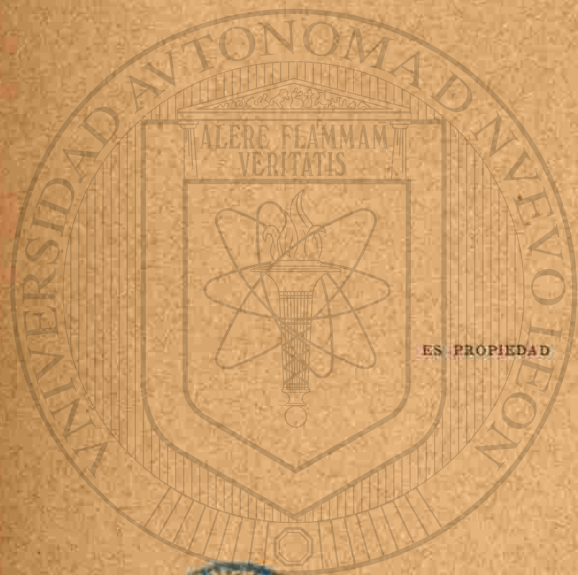
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
Biblioteca Valverde y Teller

40684

PQ 7161

F4

HE



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

Á mi Esposa

*Recuerdo del nacimiento de
nuestro hijo.*

A. Fernández Merino.

27 Diciembre de 1885.

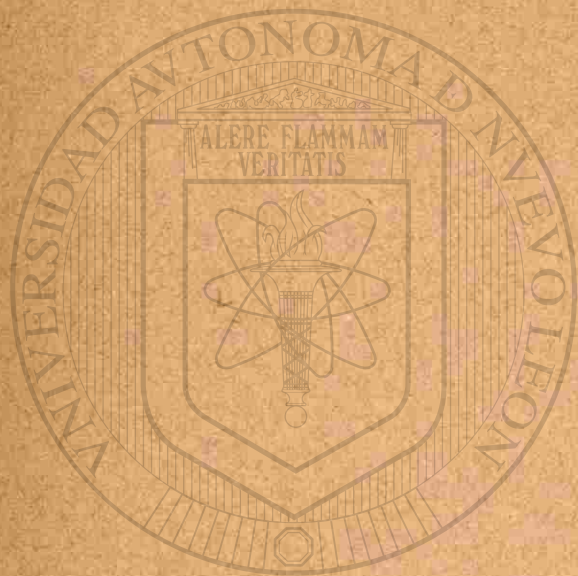
UANI

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

®

003467



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Introducción

Nos hallamos en presencia del paisaje más encantador que puede soñarse: nuestras miradas se pierden en la dilatada extensión del lago Maggior, á uno y otro lado, como brotando de sus tranquilas aguas, se ven altísimas montañas escuetas y pedregosas, unas sombrías y melancólicas, otras de lujuriosa vegetación, rica en tonos alegres las demás. En las faldas de ellas se ven blancos grupos de casas que forman rientes y bulliciosas poblaciones; parecen bandadas de mansas tórtolas ó de amorosas palomas que bajaron de las cumbres para beber en el lago y se quedaron allí perplejas reflejándose en aquel mar de esmeralda, fidelísimo espejo de los cielos: regala nuestro oído el dulce concier-

to que con su canto forman los pájaros, canto hermosísimo al que hacen coro las hojas que se mueven impelidas por el rumoroso viento; la atmósfera se siente embalsamada por mil flores cuyos aromas son perfumes que en honor del Criador Supremo se quemán en altares escondidos en sus tiernos cálices, y todo ello armonizado, forma un seductor contraste que extasia.

Aquí, en esta apacible calma que hace olvidar momentáneamente las eternas miserias de la vida, aunque no se quiera, se siente uno inclinado á poetizar: los que por desgracia no hemos nacido poetas nos tenemos que consolar hablando de ellos, muy especialmente de los que, en época no remota, pudieron con sus composiciones alejar tempestades de nuestra alma y llevar la posible tranquilidad á nuestro espíritu. Sabemos de antemano que las letras nada ganarán con la publicación de estos pobres apuntes, que alternativamente nos han dado alegrías y desengaños, motivos tal vez porque los queremos más: las artes no perderían nada si dejáramos de dar á luz estas particulares impresiones que, como hijas nuestras, tendrán cuantos defectos se les quieran imputar, pero á las que jamás se les hallará el de interesadas. Cuando las publicamos parte á parte, conocíamos sólo á dos de los poetas que nos entusiasmaron; Peza é Híjar y Haró, de ambos fuimos amigos, ambos se alejaron bien pronto de nuestro lado; el primero

prestó un grandísimo servicio á su patria dándolo á conocer en España la literatura mexicana; Híjar, el perfecto caballero, el sufrido amigo, no pudiendo vivir más en los medios en que se hallaba, que le han robado vida á costa de amarguísimos pesares, se fué, como decimos, aunque con pena. ¡Quién sabe si al pisar los Pirineos franceses suspiró dolorosamente, como debe hacerlo el desgraciado á quien se obliga á dejar la patria! Si no lo hizo debió hacerlo, porque si aquí en España, nación más censurada que estudiada, ni había nacido ni conoció á sus padres, si aquí no vió nacer á sus hijos ni en esta tierra dejaba la tumba de sus mayores, en cambio le quedaban amigos que lo querían con el alma, que supieron apreciar sus méritos, que siempre lo echaron de menos y que tan invariables afectos le expresaron en el común idioma que todos aprendimos cuando niños, para hacer manifestación de nuestras alegrías y de nuestras penas, para enumerar nuestras satisfacciones y nuestros desengaños.

A partir de aquel tiempo, hemos estudiado acerca de México cuanto hemos podido; gozamos siempre con los triunfos de aquel pueblo que constituye una de las naciones del mundo con que España dió un hermano al que tenía dominado, y hemos sufrido al saber sus dolores, pues por distantes é ignorados, nos duelen siempre los infortunios de los hermanos, los dolores de los hijos; mas siempre tuvimos confianza en sus progresos, porque pueblos que

con aliento varonil pisan tierras tanto más fértiles cuanto más holladas, que tienen corazón para admirar transparencias de purísimos cielos, bellezas que revelan á Dios, van adelante siempre, seguros de un más allá por el que luchan con el gran impetu de sus ánimos generosos. Podrá la nación mexicana no disputar lauros en el terreno de las ciencias, porque aun no ha llegado á la madurez propia para ello, pero en el campo literario sus triunfos se contarían por sus combates, y en combates literarios nunca podrían agotarse sus considerables fuerzas, que sensible es no sean conocidas.

Uno de los más grandes poetas de nuestro siglo, contemplando con pena la sorda y eterna lucha en que viven los pueblos, mas apreciando al propio tiempo los cambios y transmutaciones que paulatinamente se vienen operando, merced á los lentos progresos del derecho moderno, auguraba una época en que, deshechas las trabas, los ríos, en vez de límites divisorios, serían arterias. Tal vez no alcancemos esta ansiada época de la cual aun no se vislumbran los signos precursores: de éstos uno será especial diplomacia no embebida en cabilosidades ni en preparaciones de sorpresas, sino preocupada constantemente en activar el inmediato cambio de las producciones del espíritu, como el comercio actual se desvela en la importación ó exportación de las materias de general consumo. Entonces los pueblos se verán hermanos,

desaparecerán odios que avivan sangrientos recuerdos y la civilización será un hecho, no por la mayor rapidez en matarnos, sino por el inmediato conocimiento de nosotros mismos. Si esta sana y sencillísima doctrina se hubiera anticipado á deseos mal concebidos ó á cálculos mal fundados, seguramente que México sería apreciado hoy en todo su incalculable valor. Aquella nación que tiene, no sólo derechos, sino justísimos títulos á la general estima, apenas si es conocida más que por sus pasadas discordias intestinas, ó por las exageradas ridiculeces, dichas por algún viajero francés, que tal vez las concibió entre los vapores que á su cabeza hacia subir el champagne con que le obsequiaron galantemente: sus hombres apenas si son juzgados más que por esa desatentada cohorte de jóvenes ricos que vienen á París á tirar el dinero en crápula y orgías, y que al cabo de algún tiempo vuelven á la patria, perdida la salud y arruinados, no sabiendo ni dónde están las bibliotecas ni qué cosa es la Sorbona; pero conociendo á la perfección el argot de las prostitutas y el domicilio de todas ellas. Muchas veces los conocimientos resultan mal adquiridos por el poco tiempo que dedicaron á ellos aun los viajeros de buena fe; no pudiendo investigar por sí y entregados en brazos de interesados cicerones, cometieron gravísima injusticia; si al hablar de militares, no nombraran á Rocha; si al ocuparse en filología mexicana no hicieron men-

ción de Pimentel y Oroasco y Berra; si al aludir á la historia ó á la estadística callaron á Larrainzar; si dejaron de contar entre los publicistas al distinguido general Riva Palacio; si dieron poca importancia á los estudios clásicos por no nombrar á Izcalbalteta ó á Montes de Oca, hombres todos de infinito valor, glorias de su patria, orgullo de las ciencias y las letras, pospuestos, en gran número de casos, á medianías entronizadas é incensadas por los que se dejan cegar por el oropel, ó mejor, por aquellos que se deslumbran por relámpagos que la pez griega hace brillar en los teatros.

Las violentas escisiones que durante mucho tiempo han separado á los pueblos americanos de España, van desapareciendo poco á poco: los espíritus cultivados se sobrepone fácilmente á miserias que no merecen recordarse, teniendo presente grandezas que jamás se deben borrar de la memoria. Pocas veces hemos visto que un escritor americano sea completamente imparcial, y que para juzgar los hechos como se debe, se coloque en el punto de vista á que debe aspirar todo el que desee escribir en el libro maestro de la vida: odiosa tiranía, crueldad inaudita, sin igual barbarie, atropello de la razón y del derecho; hé aquí las frases con que generalmente se pinta la dominación española, porque sin duda la juzgan á la luz de los progresos modernos; pero no debían olvidar que el gobierno de aquellos siglos era igual en todas partes, porque obedecía á los

mismos principios, y á fe que si la Inquisición y los vireyes cometieron atropellos en las colonias, no podían estar más tranquilos en la metrópoli, donde el Santo Tribunal era árbitro hasta de los más grandes, y donde los alcaldes de casa y corte valían tanto como cualquier virey: debieron estudiar mejor los hechos y hubieran visto que ningún país colonizador dejó en sus antiguos dominios tantos indígenas, y que España llevó á sus colonias, á México la primera, cuantos elementos pueden apetecerse para la generalización de la cultura. Tal vez el nuestro sea un optimismo exagerado, pero de lo que decimos hay pruebas en lo que se ve, y muy especialmente en el terreno literario: ¿es por ventura la mexicana una literatura diferente de la española?

Comprendemos perfectamente que en un tiempo Lessing, que como alemán, entre otras muchas cosas puede presentarse como ejemplo de alemán, protestara, herido en sus fibras más sensibles, contra la servil imitación á que se habían entregado los escritores germánicos. La literatura francesa lo invadía todo; las musas de aquella nación ostentaban atavíos franceses que sentaban mal sobre las amplias formas de las abultadas teutónicas, y de semejante corrupción se había preservado solamente lo que se preserva de todas las invasiones, la musa popular. Los autores de aquel tiempo se habían contagiado; el pueblo, sin embargo, seguía fiel á sus tradiciones, y en tanto la

dramática en todas sus especies y la épica en todas sus variedades, habían seguido y seguían inspiraciones ajenas, la lírica únicamente había sabido preservar incólume una de sus fases, la poesía popular; el volklieder no se adulteró jamás.

Lessing, como decimos, protestó, y aun hizo más; inauguró formidable campaña, cuyos resultados fueron volver la literatura alemana al camino de que jamás debió separarse: indicamos ya con esto que la literatura germánica se había separado de la vía que debió seguir para mantener su completa originalidad, y efectivamente es lo cierto. ¿Qué se habían hecho de las tradiciones épicas consagradas en los grandes poemas del Heldembuch? ¿Qué resultados habían dado las inspiraciones tiernas al par que viriles, moldes de las subsiguientes manifestaciones líricas? ¿Por qué se habían apagado los destellos que animaron en un tiempo á Hanß Schahs y á los suyos?

Preguntas son estas cuyas contestaciones no tenía que aguardar el reformador: convencido de que sobraba razón para hacerlo, se puso á la obra, y más tarde siguieron sus huellas Schiller, Goethe y tantos otros, glorias verdaderamente alemanas: allí, en una palabra, la originalidad en el fondo como en la forma no se creaba, sino que se reponía al estado en que debió mantenerse siempre.

¿Sería posible un Lessing en México? Por el valor que añadiría á aquella literatura se lo de-

seamos con toda el alma; pero la tarea que se propusiera, á imitación de su homónimo, le resultaría, no ya infructuosa, sino imposible. Siempre que hemos oído que una obra lleva por título Historia de la Literatura Española, hemos protestado, por hallar que el título resulta demasiado genérico. Fué España tan apetecida por sus especiales condiciones, que en su suelo vivieron pueblos tan distintos que ni etnográfica ni moral ni políticamente pueden relacionarse: para expresar sus deseos los que llegaban no aprendían el idioma de los naturales por no aparecer sin duda en parte dominados, en parte dominadores, sino que se servían del suyo propio; de aquí gran número de obras literarias preciadísimas que, perfectamente calificadas, no resultan españolas: á la historia de la literatura latina hay que llevar las de Lucano y Séneca, á la de la literatura árabe las de la hermosa Hafsa, Inb-Said y otros autores moriscos. Ahora bien, ¿no se encuentra México en igualdad de condiciones? ¿Desde cuándo se puede escribir la historia de la literatura mexicana? Si se nos responde que desde la independencia, contestaremos que las tradiciones literarias son las mismas que las de Alarcón y Sor Juana Inés de la Cruz; el medio de expresión idéntico, lo cantado absolutamente lo mismo. Para readquirir la originalidad perdida por la conquista, hubieran tenido que borrar un pasado con el que no se muestran muy á gusto, y que es, sin embargo, lo que más

los engrandece, hubieran tenido que desechar la hermosísima lengua castellana y volver á emplear las olvidadas lenguas en que se cantaron aquellos informes dioses, á quienes podían atribuir todas las virtudes imaginables, siempre que no sostuvieran la existencia de una perfecta relación entre el fondo y la forma.

Distaba mucho de nuestro ánimo querer sostener con esto que en los poetas americanos falta originalidad, sería sostener que los españoles entre sí carecen de ella; lo que afirmamos es, que desde la conquista, ó mejor aun, desde Sor Juana y Alarcón, la literatura mexicana marcha al compás de la española sin elevarse hasta donde se encuentra ésta, á pesar de su decadencia y sin que tampoco haya recorrido los tonos todos, pues, como hacía notar el inolvidable Revilla, no hay en América quien haga lo que Campoamor, aunque no falten al poeta de las dolencias pésimos imitadores.

No han sido pocos los que, olvidándose de que pasaron ya los tiempos calamitosos del doctrinarismo, han subido al trípode, y queriendo conseguir popularidad á costa de condiciones que deben ser más apetecidas, ha declamado doctoralmente: tal ó tal poeta mexicano nada debe á la vieja Europa; ha bebido inspiración en los poetas sud-americanos. A nuestro pobre entender, esto es tan honrado como lo sería lo del que proclamara no ser hijo de su padre sino de otro cualquier descendiente de su abuelo. ¿Es que por ventura los

sud-americanos crearon algún género nuevo? ¿Han rehecho las tradiciones de aquellas fértiles vegas, de aquellas altas montañas? ¿Cantan ahora con los acentos que vibraron en las lirás de los mayos ó de los toltecas ó de los demás pueblos indígenas de quienes no quieren descender, olvidando que en nombre de aquellas razas hicieron la guerra para conseguir la independencia? No y cien veces no; creemos que vale más afirmar por completo la originalidad relativa, en el autor que la tenga, que empeñarse en sostener lo que ni siquiera es defendible, que la literatura mexicana ni por su fondo ni por su forma puede hacerse ajena á las tradiciones que le han dado el ser.

Tanto es así, que no sólo en los tiempos modernos, sino hasta en los ya pasados, pueden establecerse paralelos, pues es cierto que si para España pasaron Góngora y Lope, Castillejo y Luis de León, Santa Teresa y el Padre Isla, han pasado también para México, Abad y Sor Juana, Sartorio y Ortega, Ochoa y Sigüenza: hoy en cambio se han sucedido nuevos campeones, á los cuales nos toca presentar al público, estudiándolos en sus obras. Literatos de gran valía son hartamente conocidos en México, y sólo como literatos nos ocupamos de ellos: hubiéramos querido hacerlo de muchos otros notables también que sabemos existen, mas nos ha sido imposible hallar sus obras. De aquí que, para comenzar, tengamos que limitarnos á un reducido número de vates, que

formarán un grupo digno de llamar la atención el día en que, tal como se debe, aparezca escrita la historia de la literatura mexicana. Al hacer nuestro sumario juicio expondremos defectos en que hayan incurrido, mas creemos que el crítico moderno, ó el que por crítico quiera pasar, debe tener presente dos cosas principales: las naturales dificultades de la creación y las expansiones propias del carácter peculiar de cada autor: nos parece indicar claramente que para formar el juicio que hemos de emitir, no hemos cogido previamente ningún metro. De hacerlo, como muchos acostumbra, afirmamos que no quedarían dignos de fama más que aquellos autores que cada cual escogiera como dignos de ser presentados para ejemplo, y esta diferencia se ve clara y patente desde el momento en que se considere todo lo que hubiera resultado, si en vez de escribir las poéticas Aristóteles ú Horacio, las escribieran Shakespeare ó Leopardi. ¿Admitimos las primeras? condenamos los segundos: ¿tomamos como modelos al gran dramaturgo inglés, al inspirado lirico italiano? ¡desventurado Stagirita! ¡pobre preceptor de los pisones! No sabemos si del mismo modo que se ha conseguido encerrar el vapor para dirigirlo á gusto de los hombres, ó como se ha conseguido que un fluido invisible é impalpable transmita el pensamiento con tanta rapidez como se genera, llegará un día en que se invente un geniómetro con distintas escalas: una para cada

manifestación del pensamiento. Entonces si que los apreciadores de talento podrán estar satisfechos, pero en tanto no tengan más que esta ó la otra arte poética, deben proceder más cautamente: con las que existen hemos visto juzgar á muchos autores, ¿y las artes poéticas, con qué elementos las juzgamos? ¿Será posible juzgar con la misma á Esquilo y á Calderón, á Eurípides y Shakespeare? ¿Podríamos aplicar los principios aristotélicos ú horacianos á estos genios sin correr riesgo de que unos ú otros fuesen desalojados del elevado puesto que la opinión general les ha concedido? ¿Con el arte poético de Boileau en la mano, Victor Hugo puede ser llamado el poeta del siglo? ¿Con arreglo á lo escrito por Martínez de la Rosa, Echegaray, á qué puesto hay que relegarlo?

Cierto que la exageración está mal en toda cosa, mas bueno es tener presente que el genio necesita más ancho campo que el prescrito á las medianías para que no se desorienten. Nosotros siempre tendremos presente esto, y de aquí que, al estudiar los poetas que presentamos, no hayamos refrescado nuestra memoria y repasado lo que, en ya lejanos días nos dió tanto que hacer. Horacio nos deleita como poeta, y cuando queremos hallar belleza leemos sus odas y sus epistolas; hace mucho que no hemos leído la 3 del L. II, porque, francamente, para hallar belleza á la Edad Media, entendemos que no hay que recurrir al recuerdo

de la legislación de aquella época, sino á las libres y espontáneas manifestaciones del arte. No numeraremos nosotros las composiciones para poder decir que hay un hiato forzado en el verso veinte y cuatro y un acento mal dado en la quinta sílaba del verso treinta, ó una locución prosáica en el que le sigue, no creemos pueda decirse que el más fiel apreciador de la belleza del campo es el agrónomo, porque puede apreciar de un valle la extensión y determinar las depresiones del terreno y consignar cuántos algarrobos hay y cuántos alcornoques, y aun á trueque de hacer el símil un poco violento, diremos francamente que no queremos ser agrónomos del campo literario. A nuestro modo de ver la bella literatura, la poesía, hay que juzgarla de otro modo, y no olvidar jamás que la forma métrica es en gran número de casos asesino del pensamiento poético. En el poeta buscamos poesía sin olvidar que tratamos de hombres, y sobre todo anhelamos que los que en nuestro tiempo escriban versos se pongan á la altura del siglo en que nos cabe el honor de vivir; las frases lamidas de los puristas nos dejan frío, y más que otra cosa nos hacen reír los desaliñados conceptos de los enemigos, por manía, de cuantas academias hay abiertas: las Filis, Galateas y Florindas deben quedar ya para museos arqueológicos; mas los tipos descocados y procaces no deben salir de alcobas cuya puerta obstruya una densa cortina. Entendemos que los nuevos

ideales no son ni unos ni otros, sino, como en todas cosas, un justo medio; esto por lo que se refiere al fondo; la forma... que harmonice con él.

A. Fernández Merino.

Noviembre 1885



UANIL

ONOMA DE NUEVO LEÓN

ERAL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS



Manuel María Flores

Si en algo fuera cierto que la influencia del clima es causa del mayor ó menor desarrollo que pueden adquirir las facultades humanas, resultaría que en los países de cálida temperatura donde la atmósfera es densa por el balsámico perfume que á las flores arrancan los tibios aires, abundarían las potentes imaginaciones que concibiendo, son como engendradoras de luz, como verdaderas representaciones de lo bello, que en graciosa curva se eleva más allá del corto alcance de nuestra vista; pero de un estudio comparativo resulta, que innatas las condiciones de nuestro sér, nada las modifica, sino que en el continuo

desarrollo que sufren con la vida, arrastran sus vicios constitutivos ó revelan las bellezas que le son particulares. En nuestra poética España, como en cualquier nación que para gloria suya tenga lo que puede llamarse una literatura, cada uno y todos los géneros literarios han tenido un período de apogeo; han sido cantados los propios afectos al son de la blanda lira, ha resonado la trompa para celebrar cuanto es admirable; mas no en todas hubo una Safo ni fueron comunes los Homeros, como en tiempos recientes sólo ha habido un Schiller, un Byron; y es que cabe lo singular dentro de lo particular, es que siempre hay quien pase del límite al que los más llegaron y revele que si no por todas sus condiciones, por algunas de ellas merecen el preferente lugar que nadie puede disputarles. Al conocimiento de estos hombres puede tardarse en llegar, mas es muy cierto que una vez conocidos, son generalmente bien apreciados, aun por aquellos que gracias á las notas de su carácter le formen antítesis, pues nadie, por amante que sea de la oscuridad, sostendrá que la luz es mala, y existe en todos los corazones una cuerda, que si no ha vibrado, es porque no ha sido herida.

Dentro del género lírico y como una subdivisión perfectamente admitida, la poesía erótica ha tenido representantes en todas las épocas, pues existieron siempre los que, disponiendo de mejores medios de expresión, cantaron la pasión que en dulce calma ó en tormentosa lu-

cha lleva á los hombres á lo más grande como á lo más mezquino, pasión fuente de pasiones, sin la cual la vida carecería de encantos, pues nuestra alma, como el mar, necesita algo que la impulse, que la excite, algo que la levante y que la calme, algo que la haga rugir y sollar. Efectos tales, sólo el amor los causa: bien haya siempre la pasión á que más creaciones artísticas se deben, ora haya inspirado la dulzura de Petrarca en sus rimas, ó el terror y espanto del infierno del Dante, ora se haya revelado en el ardor de Safo, ora haya debido su nacimiento al piadoso éxtasis de Santa Teresa. Es, sin embargo, de muchas y grandes dificultades el cultivo de un género en que la pendiente obliga y que por lo mucho que en él nos elevamos puede ser más terrible la caída; tal cosa puede evitarse sólo cuando las facultades son aptas para no descender de la línea á que en alas de una potente imaginación supo elevarse. Si de cada una de las literaturas entresacamos los líricos que más se han distinguido en el subgénero á que aludimos, podremos advertir desde luego lo fácil que es decaer, pues si es cierto que los extremos se tocan, hay muy poca distancia de la sublimidad del sentimiento que atrae, al torpe y material apetito; de la elevación de miras que exige lo espiritual, á la trivialidad y al lenguaje bajo é impropio, razones por que la poesía erótica tiene muy pocos buenos y dignos cultivadores en la historia general de la literatura.

En Grecia únicamente sobresalen Anacreonte y Safo: dulce y sencillo el primero, tierno, rebosando de encantos cuyas gracias son inimitables; la poetisa de Lesbo, apasionada y ardiente, sintiendo todo el fuego de su volcánica pasión y expresándolo en nueva forma sin duda porque las conocidas no satisfacían á sus ímpetus. En Roma, cuando el idioma aun no se había perfeccionado, cuando el poeta tenía que vencer todavía las dificultades que presentaba la rudeza del lenguaje, Catulo, inclinado por su talento á la malignidad, sufriendo la influencia de su época, caracterizada por la sensualidad que dominaba en las costumbres, se muestra también apasionado y tierno; mas se advierte en sus obras lo difícil que es mantenerse á igual altura en el género que cultiva, pues patente es la diferencia de aquella Lesbia en unos pasajes y en otros. Vistas algunas elegías podría creerse que es la virgen pudorosa y tierna cuyo acento conmueve, cuyo hálito perfuma; conocida por otras aparece como impúdica cortesana, adúltera y meretriz que se presta á los demás, engañando á su marido, pues hay gran diferencia entre el pensamiento indicado en

Iocundum, mea vita, mihi proponis amorem
Hunc nostrum internos, perpetuomque fore
Di magni, facite ut vere promittere possit;
Atque id sincere dicat et ex animo:
Ut liceat nobis tota producere vita
Alternum hoc sanctae foedus amicitiae,

y el expresado en

Caeli, Lesbia nostra, Lesbia illa,
Illa Lesbia, quam Catullus unam
Plus quam se, atque suos amavit omnes,
Nunc in quadriuis et angiportis
Glubit magnanimos Remi nepotes

si bien es cierto, que queda muy por encima cuanto hemos citado, en las bodas de Tetis de y Peleo y en el epitalamio de Manlio.

Propercio, menos original, es más obsceno; Tibulo manifiesta una sensibilidad llena de abandono y melancolía y una ternura en que hábilmente mezcla las afecciones del alma y los placeres de los sentidos. Ovidio, en sus *Elegías* y en el *Arte de Amar*, sigue estas huellas, y aunque excediéndose en lo segundo, mostrándose unas veces más lúbrico, otras veces más lascivo, y de esta manera dejando advertir cada uno lo resbaladizo del terreno, pero probando con sus obras que son poetas *eróticos* y no *sotádicos*, nombre que del poeta Sotades tomaron las obras obscenas y licenciosas, que sólo son expresiones de brutales apetitos, que distan mucho del sentimiento sublime que se llama amor.

En los pueblos modernos, velada la pasión por las brumas en los del Norte, brillante por el sol en los del Mediodía, la poesía erótica tiene cultivadores como los tuvo también en la época del Renacimiento; pero en todos ellos se advierte lo que venimos repitiendo, rara vez la pura

abstracción, muchas veces la materialización.

Al hallarnos en la edad en que dentro del corazón hierve la sangre y por los ojos se nos escapa el alma, el amor no se concibe como representado en el niño caprichoso á quien la locura dejó ciego, siendo condenado por ello á servirle de guía; el amor que experimentamos no es el causado por la flecha del alado Cupido, que martiriza jugando y que al sentirse picado por la abeja corre llorando á refugiarse en el regazo de su madre; no, no es este el amor que excita, este no es el amor que nos lleva á cantar apasionadamente, entonces nos domina el amor fuerte y poderoso que ha concurrido á las asambleas de los dioses y ha sido el amante de Psiquis, y esto da lugar á que con prodigiosa facilidad olvidemos mucho lo primero y recordemos más lo segundo, siendo difícilísimo en tal caso expresar lo sentido de tal manera que los acentos poéticos que escuchemos, nos dejen en la contemplación de las bellezas, sin llevarnos á ulteriores consideraciones.

Hasta hoy, uno de los hombres que conocemos que mejor ha sabido realizar esto que decimos, es el poeta mexicano Manuel María Flores, poeta por excelencia, que general en el cultivo de todos los géneros, ha sabido con sus obras eróticas ganar el primer puesto entre los que tan difícil asunto excogitan. Ignoramos en qué punto de aquella república nació, no sabemos ni qué edad tiene, ni en qué se ocupó,

no sabemos si fuera de la poesía se dedicó antes ó después al ejercicio de alguna profesión, no llegó á nuestros oídos noticia que nos lo pueda hacer creer rico, ni pobre, y en verdad que no nos inspiran gran curiosidad estos detalles, nos hallamos ante sus obras y el estudio de ellas nos basta para hacer su biografía con muy pocas palabras. Manuel María Flores es un poeta nacido en Nueva España, hombre de tanto corazón que le domina el cerebro y en cuya sangre debe haberse disuelto hierro de las lanzas bereberes. Por otra parte nunca fué nuestro ánimo seguirle paso á paso en su vida pública ó privada, para lo que nos faltan datos, ni podemos decir tampoco que sean nuestros propósitos juzgar sus obras, pues por sensible que nos sea, justo es digamos que para ello nos faltan conocimientos; queremos sólo exponer, de la mejor manera que nos sea posible, la impresión que nos ha causado la lectura de sus bellísimas composiciones.

Desde luego afirmamos una perfecta originalidad en Flores, difícil en su caso por los grandes modelos que existen; mas á poco que recordemos las notas esenciales del carácter de éstos, podremos comprender que así tenía que ser, no siendo plagiarío en absoluto. El poeta que nos ocupa no canta el amor por cantarlo, lo canta porque lo siente, no adula ni ensalza á la mujer, porque ficticiamente la rinda culto, ni la desprecia ó vitupera, porque así sea moda en los tiempos que alcanzamos; no, Manuel

Flores ama á la mujer tipo, á la que es causa de nuestras inefables alegrías y de nuestros eternos dolores; sus suspiros se pierden en el ether y van á rozar los sonrientes labios de la mujer soñada, su alma se dilata ó se contrae al pensar en sonrisas ó recordar desdenes, un solo pensamiento es fuente de inspiración, que más brillante resulta bajo aquel cielo azul eternamente, donde las estrellas brillan como soles, donde la luna es tibia y el sol fundente; en aquella tierra bordada de primores, donde cada flor es un pebetero, en que parecen quemarse las delicadas esencias que piadosa mano ofrece al Dios que en su grandeza suma tanto grande pudo crear, tierra donde se habla el idioma en que con tono severo puede escucharnos Dios y que como expresión de sentimientos dulces llega al corazón y lo conmueve, idioma ductil y rico en el que puede hallarse medio de expresión para todo lo que se siente.

Con el título general de *Pasionarias*, están publicadas en elegante tomo las bellas composiciones de este vate, divididas en partes que separadamente revisaremos, por ser distinto el carácter de cada una de ellas.

..

El alma en Primavera, es el título que tiene la primera parte y en la que están contenidas composiciones que solas hubieran bastado

para dar al poeta imperecedero nombre. Son apasionados acentos de su alma, en ellas ha vertido todo su amoroso sentir, bellísimas notas de un espíritu que en el delirio de la pasión, son onomatopeyas del deseo artísticamente expresado, rimas delicadísimas cuyas incorrecciones pasan desapercibidas, al sentirse absorto nuestro pensar en la consideración de los grandiosos pensamientos que contienen. Si la crítica pudiera permanecer fría y severa leyendo á Flores, éste tendría defectos; pero cuando sus obras son perpetua causa de excitación para todo el que las lee, el corazón nos domina, nos embriaga algo que de ellas emana y no es posible pararse á señalar lunares que de no tener darían lugar á verdaderos defectos, pues revelarían no ser hijas de grande y potente espontaneidad, y sobre todo el mayor defecto que una obra literaria pueda tener es la carencia de relación entre su medio de expresión y la idea ó el sentimiento expresado. El amor nunca fué académico, su lenguaje impetuoso no puede ser limado, son las suyas palabras que el cerebro ni mide ni puede medir, sino que engendradas por el sentimiento, brotan sin medida. Puro en sus giros, el poeta es tierno siempre y rara vez se tropieza con algo que desagrada ó choque al oído.

En la primera composición á *La Juventud*, obra de los primeros años del poeta, revela ya hasta dónde su imaginación alcanza y es prueba de lo mucho que logrará en tiempos suce-

sivos, dejándose llevar de la pasión que ya tan elevados conceptos le arranca. Es un canto al amor, pero al amor alma del mundo, al amor que se siente aun sin objeto, al que encendió la luz en las tenebrosidades del caos, al que Flores dice:

Así del hombre
En el gran corazón, tu poderío
Hace la luz y la existencia inflama! ..
Así sediento el mío
No sabe lo que ama... pero ama!

Como ejemplo de composiciones tiernas, donde los deseos son puros como el cielo en primavera, y en las que brillan y se destacan bellezas de primer orden, pueden citarse las que titula *A una enlutada* y la que tiene por epígrafe el verso del vate florentino *Creatura bella bianco vestita*. Ambas son expresión de apasionados sentimientos, expresión de suaves afectos, súplicas de pecho enamorado que se queja y se anima al mismo tiempo, revelaciones de una sugestión que se traduce en latidos y que le hacen decir en la primera

Tus lágrimas sin enojos,
De tu alma líquidas perlas,
¡Oh! quién pudiera de hinojos
Cuando asoman á tus ojos
Con los labios recogerlas!
¡Quién pudiera consolarte
En tus horas de sufrir,
Y vivir para mirarte,
Y mirándote, adorarte,
Y adorándote, morir!

En este tono, sin decaer un solo instante, sigue exponiendo las penas que sus temores le causan, los duelos que el duelo de ella le producen, las esperanzas que lo alientan, el culto que le rinde y cuanto en armoniosos versos puede expresar el alma de un poeta, de un verdadero poeta. En la titulada *Creatura bella bianco vestita*, hay más melancolía, la pasión más contenida exhala acentos tenues, lo que se siente no es el armonioso murmullo del arroyo que juega entre las piedras, lo que se escucha es el débil acento que se percibe en el nido, sonos contenidos que apenas se oyen, ideas puras que surgen cuando estamos despiertos que nos dominan cuando dormimos, expresadas con la maestría que acreditan las estrofas siguientes:

Siento que me ilumina tu presencia
Con la luz virginal de la alborada,
Y que una ola de luz es mi existencia
Bañada por el sol de tu mirada.

Siento que me transformo, que otra vida,
Vida sagrada, dentro mi alma brota,
Cuando de blanco sideral vestida
Tu casta imagen en mi sueño flota.

Las dulces aspiraciones que se sueñan son las que nos hacen gozar; en la vida real apenas si sentimos otra cosa que desengaños, á los que almas superiores como las de Flores, se sobreponen, y mecidas en los crespones de flotantes nubes, siguen cantando, y en perpetua

armonía pasan de la suavidad de la brisa que orea, al viento que impele; por esto el poeta, tierno, suave, blando y enamorado, enamorado también pero sintiendo en su corazón el fuego que devora, en la excitación violenta que el amor le causa, en el paroxismo de la pasión, la canta con frases á las que nada iguala; parece cuando se lee, que un abrasador aliento nos circunda, que vemos á la mujer que arancó el

Tú pasas... y la tierra voluptuosa
Se estremece de amor bajo tus huellas,
Se entibia el aire, se perfuma el prado
Y se inclinan á verte las estrellas.

Hipérbolos que nunca nos parecen exageraciones cuando estamos enamorados y que sin estarlo dejan de serlo ante muchas mujeres que dominan con su mirada y cuya hermosura nos lleva al deseo de morir y vivir de nuevo, para consagrarnos á ellas, tipo de mujer pensando en cuya boca escribiría Flores la composición *Un beso*, y ausente de la que, en el horrible dolor de aquella separación escribía la titulada *Ausencia*; mujer que un trono merece si su existencia real ha podido inspirar obras como las que el poeta nos presenta y que es cada una la valiosa hoja de laurel, con que sólo se ha formado la corona que dignamente puede ostentar.

Pálida, muy pálida es la idea que puede formarse del hombre que nos ocupa, por la expo-

sición sumaria de nuestro juicio. A ser posible, transcribiríamos íntegras todas sus composiciones; esto valdría más que todo lo bueno que puede decirse de ellas. No pudiendo hacerlo, sentimos que nos llevaría muy lejos el detenido y particular examen de cada una, y no haciéndolo, quedan por enumerar una serie de pensamientos más valiosa, que una catarata de perlas. Flores no canta el amor en que sólo el alma se embriaga; no hubiera sido ciertamente digno comensal del banquete de Platón; mas no revela tampoco la lubricidad de la materia; el amor que revela en sus composiciones, es un amor heterogéneo compuesto de cielo y tierra que en admirable contraste nos hace sentir y amar, soñar y querer. El suyo no es un amor experimentado por los sentidos, su corazón lo arrastra fatalmente á una embriaguez en la que construye un pasado, en la que errante la mirada contempla fantásticas visiones que sólo existen dentro de su imaginación absorto en las que se posee de dicha, que no es ni puede ser real, porque puramente es efecto del deseo que sin saber por qué experimentamos. Desde el amor ideal que nos lleva á la mera contemplación, hasta el amor material que revela nuestros instintos, dentro de esta avasalladora pasión hay un mundo de gradaciones, pero unidas de tal modo que, como en el iris, no podemos decir dónde comienza el rojo ni dónde acaba el azul; en este sentimiento, al que llegamos las más de

las veces sin darnos cuenta, no podemos decir nunca cuándo ha sido sustituido por él la causa que lo inspiró; lo que propio de nuestra naturaleza se revela y puede revelarse, es el amor como determinante de un deseo, de una aspiración vehemente que nos lleva á la súplica, al ruego, para dar gracias unas veces, para hacernos exhalar suspiros otras, muchas más para ahogarnos en lamentos, que cuando no hijos de celos, son efectos de desdenes que nos hieren, sin que pueda ser esto referido solamente á una de las facetas, pues el amor de lo intangible, de lo que no se vé, ni se oye, nos lleva á la exaltación romántica, distante muy poco del éxtasis melancólico, que está á un paso de la locura, del mismo modo que el amor de los sentidos nos lleva á violentas sacudidas, que nos aceleran al sepulcro. El amor, como fuente perenne de inspiración, nos lleva al canto; pero, como ya hemos dicho, es muy fácil que caigamos en lo impuro, llevados del exceso de nuestra pasión.

Donde más se ha revelado la delicadeza de Flores es en la segunda parte de su libro, ó sea en las composiciones inscritas en los álbums de muchas damas, que pueden decir poseen joyas de indisputable mérito. Inspiraciones del momento, expresión repentina de un sentir que muchas veces cuesta más trabajo porque no lo es, pero que se quiere que sea, hay en muchas de ellas pensamientos bellos y delicados, imágenes brillantísimas, que se destacan en medio

de algunas incorrecciones y defectos necesarios, podemos decir, á este género de composiciones. Es verdaderamente una guirnalda, el total de las composiciones colocadas en esta parte del libro, guirnalda formada con flores tales como se cogieron en los prados; tienen siempre el aroma que encanta, pero junto á la nevada hoja del lirio, la hoja verde que primero seca el sol, tras la corola purpurina de la rosa, la espina que punza, tras la delicadeza de los pétalos, la rudeza de los tallos.

Querer la absoluta perfección, sería tanto como la divinización de un hombre, y esto no es posible. Manuel María Flores es de la tierra, por más que gracias á sus potentes facultades, se eleva muy por encima de los que también pertenecemos á ella.

Si como poeta original Flores demuestra incansablemente lo que puede, más lo acredita cuando pone sus relevantes dotes al servicio de los grandes ingenios que le han precedido, para verter á nuestra lengua grandes y poéticos conceptos que ellos dejaron en las suyas: siempre ó casi siempre vemos como sus aficiones se particularizan y, hallamos en la tercera parte del libro que nos ocupa, trozos de Safo y Horacio, de Byron y Schiller, de Shakspeare y de Dante, en los que hay algo de lo que él con tanta maestría expresa por cuenta propia, algo del *quid divinum* por que el mundo alienta.

De estas traducciones, las que más llaman la atención son el final del canto 5.º del Infierno

del Dante, la Ofelia de Shakspeare, (act. 2.º esc. 2.ª de *Hamlet*) la *Heloisa* de Quinet, el *To Penny* de Byron, el coro de los espíritus del aire de Goethe, y algunas otras; la que titula *Glicere* es una reducción de las Odas 19 y 30 del libro I de Horacio, y el fragmento *Junto á ti*, de Safo, aunque muy bien versificado, adolece de la falta de verdad que es de lamentar en las traducciones francesas de la supuesta amante de Faón.

Aquel que inspirándose en sus ideales amores y acendrados odios pudo producir una de las epopeyas que hacen el orgullo de la general literatura, el que cogido al celeste manto de la Beatriz querida, llegó á los cielos y por encontrar á sus enemigos políticos recorrió todos los círculos del infierno, corazón de hielo y fuego, hombre cuya flexibilidad es la de una espada, que por sus condiciones eleva su pensamiento hasta un punto al que no han podido llegar ni los dedicados especialmente á su estudio, que como medio de expresión disponía de una lengua delicada y rica, cuyos conceptos se desarmonizan al ser expresados en otro idioma, cuyos pensamientos pierden fuerza y hasta belleza, necesitaba para ser traducido y traducido en verso, un hombre de facultades especiales y un hombre que comprendiera el amor generador de amarguras que se apetecen, porque aquella Francesca á quien su amor ha llevado á vagar eternamente por los sombríos antros en que el poeta la encuentra, gime, llo-

ra y se queja, mas no se arrepiente, y en tanto habla estrecha contra su pecho al hombre querido por quien gustosa volvería a sacrificarse. El relato de aquella pasión hecho entre suspiros y sollozos, tal como lo dejó Dante, las frases sentenciosas que contiene, aquella sublimidad de pensamientos, y en una palabra, lo que ha dado lugar á que sea uno de los más bellos pasajes de la obra, hacía que al mismo tiempo fuera intraductible, pero esto sólo para los que no dispongan de las sobresalientes condiciones de Flores: él ha sabido conservar todas las bellezas del trozo que nos presenta, ha sostenido en nuestro idioma la melancólica expresión de aquel amor ardiente, prueba de que su inspiración sabe ascender por movimientos propios hasta el objeto ó asunto que la despierta, y que su corazón, lo mismo que late violentamente al sentirse herido por una impresión propia y subjetiva, se acongoja y vierte lágrimas ensangrentadas al recibir la sensación tristísima de la amante de Paolo, á quien glorificaríamos, y de la que el poeta mexicano se hace partícipe, conservando la expresión *dantesca* del original, por lo que el tipo tiene más brillantez que en la tragedia de Pellico; conmueve más que los apasionados cantos que en boca de la heroína pusieran Mercadante y Marcarini, y la sentimos en nuestra imaginación de más plástico modo que en los cuadros de Ingres, Arry Scheffer y Cabanel.

Para Flores no ha habido dificultad en nin-

guno de los detalles que más admiran en el triste relato de Francesca, y con sin igual fuerza, con sin igual valentía ha vertido á nuestro idioma las amargas que en la desgracia causa el recuerdo de la pasada dicha, la angustia del que no puede hablar sino llorar, la dulce contemplación que sin ser manifiesta, revela el amor de dos seres que juntos leen la uniforme impresión que la lectura causa, el estallido de la pasión que, cohibida, se manifiesta con más fuerza, la pérdida del goce cuando aun de su existencia no se tiene seguridad, el efecto que la narración causa y todo cuanto hace sentir que sólo un trozo de la portentosa obra del vate florentino haya ocupado al poeta mexicano, pues razón hay, dada la muestra, para que afirmemos, que la suya, si del total se ocupara, sería la mejor de las traducciones.

Encanta ver lo bien entendido que está el pensamiento de aquel sombrío poeta, que aun vive en la edad tétrica en que encadenadas las ideas por horribles temores, cuando se elevaban era á causa de un violento esfuerzo difícil de entender; verdad es, que lo mismo sucede con todos aquellos cuyos pensamientos aprovecha y cuya forma adopta para presentarlos á los que directamente no pueden llegar á ellos. Si difícil de traducir es Dante, no lo es menos Shakspeare, poeta de pasiones tremendas con las cuales animó á sus personajes. No podían seducir á Flores las bellezas de los can-

dentes celos de Otelo, ni la filosófica locura de Hamlet, no podían excitar sus sentimientos pasiones horribles como las de lady Macbet, ni vicios terribles como los de Silok, tenían que cautivarle bellezas seductoras, típicas manifestaciones de puro amor como Ofelia y Julieta, en las que el dramaturgo inglés veló las salvajes sacudidas de su corazón con diáfanos tules que aumentan la ilusión. Ofelia y Julieta son típicas representaciones del verdadero amor, que jamás concibe imposibles, sino que elevándose hasta el punto en que las distancias se salvan con el pensamiento y en que todos los obstáculos se vencen con el querer, enloquecen y mueren llamando la atención en sumo grado, pues la pasión de ambas heroínas tiene en la melancólica expresión con que está expuesta, la impetuosidad de una corriente que lame, socava y destruye.

La hija de Capuleto, á quien nada importan los odios de familia, que en nada repara ni nada la detiene por llegar á la satisfacción de aquel amor á que lo pospone todo, lo mismo que la cándida Ofelia á quien la muerte de su padre hace imposible el amor de que vive su alma, por lo que la mata el dolor; la que en brazos de su amante se niega á percibir las primicias del día, pues tiene más cerca la luz que la ilumina, el calor que la conforta y el espejo en que se mira, lo mismo que la tierna niña que enloquecida no teme á los muertos, ni le impone la terrible calma del cementerio y le

parecen blando lecho las fugitivas aguas que le llevarán al mar, digno sepulcro de tanta belleza y de tanta grandeza de alma, son los dos tipos que del gran dramático inglés escogió Flores para hacer gala de las señaladas dotes con que le favoreció el que por poder, nos ha privado de ellas. La invocación que Julieta hace á la noche en el act. 1.º, esc. 5.ª es una comprobación de cuán cierto es lo que decimos; aquella amante tierna, apasionada, cuyos ojos son como soles y no quiere más que las sombras de la noche, no porque más luzcan, sino porque en ellas puede darse la aproximación del hombre, refiriéndose al que exclamaba momentos después de haberlo conocido, al saber quien era.

My only love sprung from my only hate!
Too early seen unknown, and known too late!
Prodigious birth of love it is to me
That I must love a loathed enemy.

Aquella invocación, decimos, es un bellissimo trozo donde el pensar amoroso se revela con expresión de vehemencia melancólica que atestigua el sentimiento de aquella virgen enamorada, que pide, ruega y suplica á la noche traiga al amante de su corazón, para que envuelto en sus sombras misteriosas nadie lo vea en sus brazos, amante que es para ella, el día en la noche, por el que hasta la muerte llega: en la versión que Flores ha hecho, omitiendo muchas figuras, giros y expresiones que atormentan

y atormentan aún á los comentaristas, omitiendo lo que es necesario al drama, pero aprovechando lo que era indispensable para la belleza del cuadro, ha trasladado cuatro pensamientos que resaltan en la esc. 2.ª acto 3.º de *Romeo y Julieta*, como los brillantes que con otras piedras preciosas alternan en una joya.

Cuantos se han inspirado en Shakspeare, cuantos han aprovechado la simpática figura de la hija de Polonio, como fondo de sus obras, han escogido situaciones definidas, casi todos la misma: Vest la pintó cantando loca ante la corte; Redgrave, sentada á la orilla del río; Milais, abandonada á la corriente; Lahman, enloquecida ya dando flores á su hermano; no recordamos ningún otro artista que haya reproducido á la enamorada de Hamlet en alguna otra situación de las muchas en que el poeta inglés la coloca: no obstante, hay pasajes en el drama donde el carácter, los sentimientos, la pasión, la interna lucha que la interesante joven sostiene, está perfectamente definida. Flores lo comprendió así, su corazón habrá paralizado sus latidos al leer el 4.º acto, y en las demás escenas donde Ofelia aparece habrá experimentado contradictorias sensaciones; pero donde ha comprendido el amor grande é intenso que domina, donde realmente existe la manifestación de lo que siente, la que sirve de término de comparación para mujeres ideales, es en la esc. 2.ª act. 2.º Aquella mujer, aquella cándida niña, forjada con oro y nieve, sien-

te en su corazón algo que la tiene triste; nada más triste que el amor que nace; el amor cuando nace inclina á la melancolía, y cuando crece, produce la mayor pena si no es correspondido: el dolor de Ofelia tenía que ser mayor que ninguno de los sentidos; había abierto su corazón á aquel hijo de reyes que se finge loco y cuya locura la enloquece. Rebose en su alma la pasión y la revela miedosa á su padre; dice lo que ha notado y su alma cándida ve en todo un signo que manifiesta conformidad con lo que le halaga, pues cuando con ansia apetece, los ruidos de la naturaleza, los movimientos de los seres, creemos son signos que nos auguran la realización de nuestros deseos. El alma humana tiene, como los antiguos pueblos, creencia en los augures; á solas en la plácida calma á que se abandone, se reirá de ellos, pero le son necesarios los augurios, madres de las ilusiones, que mueren con los años, como con los días las flores. La escena en que la niña cautelosa da cuenta á su padre de los temores en que se deleita, es tiernísima aun en el idioma del autor del *Hamlet*, y más dulce, tierna y armoniosa y siempre con igual verdad, aparece en la transcripción de Flores, de la que citaremos unos trozos para deshacer cualquier sospecha de parcialidad que pudiera surgir en el ánimo del que esto leyere.

Estaba sola, entró, tomó mi mano,
Con fuerza la estrechó,
Y con la otra apretándose la frente,

Como si fuera á dibujar mi rostro
De hito en hito, en silencio, me miró
.....
Y de lo más impenetrable y hondo
Del corazón, oí
Que un suspiro lanzó... pero suspiro
Tan lamentable y cruel, que parecía
Que rompiéndole el pecho iba á morir.
.....
Y luego, de mi lado lentamente
Alejarse le ví...
Pero vuelta la faz sobre la espalda,
Su camino sin ver, pasó la puerta,
Los ojos fijos... fijos... sobre mí.

Goethe, el gran pagano, cuyo nombre es un título de imperecedera gloria para Alemania, hombre que parece haber absorbido todo el genio de una generación, el que encarnado en una tradición no morirá nunca, porque las tradiciones son inmortales, es por su particular carácter un autor de difícil comprensión y casi imposible de traducir exactamente. Teniendo como fin grandes ideas huéspedes de su privilegiado cerebro, y como medio un idioma duro é ingrato para los que no hemos recibido en él las caricias de nuestra madre, pero rico y ductil, sus obras son cuadros que se contemplan y se admiran, pero que no nos atrevemos á imitar, son ideas que no nos aventuramos á revestir de otra forma, temiendo que se destruya la estricta y necesaria relación que entre uno y otra debe existir. El *Fausto* de Goethe, aun siendo una nebulosa, lo sentimos siempre; se da en nuestra conciencia y compren-

demos la grandeza de la obra que aun no tiene una traducción á otro idioma que podamos llamar buena. Flores, sin embargo, ha vertido á la hermosa habla castellana, un trozo del poema filosófico por excelencia, trozo que en el original está erizado de dificultades, pues el *Coro de los espíritus del aire en el Fausto*, es una de las partes en que parece se abismó el alma de Goethe. Tal vez por esto el poeta mexicano ha hecho una hermosa composición con aquel título; pero no es fielmente, ni con mucho, aquel coro que termina con la exclamación mefistofélica, *Er schläft!* grito de alegría con que revela su triunfo el espíritu del mal. Cierto que Manuel Flores ha vertido ideas de las contenidas en la obra del Júpiter de Weimar, pero más cierto es aún que el magnífico coro de los Espíritus del aire que en español dice

Desapareced, arcadas de las sombras!
Y tras el roto velo,
La claridad dulcísima sonría
En el azul espléndido del cielo,

no es el sublime coro expresión de la voluptuosidad deseada para el alma, que responde al deseo del espíritu del mal, para conseguir un propósito y que en alemán principia

Schwindet, ihr dunkeln
Wolbungen drohen!
Reizender schaue
Freundlich der blaue
Aether hereim!

Si de traductor del pensador alemán pasa á serlo del genio moderno que se llama Víctor Hugo, Flores se encuentra más en su elemento y luce de más brillante modo sus excepcionales facultades, pues al par que conserva las ideas que constituyen el fondo de las composiciones, su genio está más en armonía con ellas, y más afines los medios de expresión, las sigue en su desarrollo con una tal providad, que el autor de los *Miserables* no se desdenaría de poner al pié de ellas su firma.

Un temor que no nos abandona, el de ser molestos por lo extenso y cansados por la falta de conocimientos, nos lleva á no insistir sobre lo dicho anteriormente ni á detenernos más, como quisiéramos, en esta parte del precioso libro que estudiamos. ¡Cuánto más podría añadirse á lo que hemos dicho! Pero lo repetimos, faltos de suficiencia no podemos aquilatar los méritos como se debe, y es de sentir que los que gozan de mejores medios no hagan el detenido estudio y severa é imparcial crítica de un poeta que, viviendo allende los mares, se deja sentir entre nosotros por sus dulcísimas armonías, armonías que no puede dudarse tienen atmósfera, pues embriagan con sus perfumes y encantan con un no sé qué, mágico y prodigioso, que hasta nuestra vista recrea. Flores participa de la melancólica expresión que caracteriza la lírica de los pueblos del Norte, al par que de la exuberante riqueza que es el patrimonio de la de los del

Mediodía; á veces parece inspirado por la misteriosa *Loreley* que mora entre las ondas del Rhin, y otras parece que en torno de su cabeza vaga la aérea *Peri*, que alimentada con las esencias de las flores ha dejado el *Guinistan* de las etéreas regiones donde mora para dar encanto y alegría al poeta.

Cuando hemos conocido las obras del vate mexicano, ha venido á nuestra memoria el recuerdo de aquel *Aehmet* de quien dice el espiritual Teóphilo Gauthier se enamoró una *Peri*, la cual para ser correspondida, se vió obligada á encarnar en el cuerpo de una georgiana. Si hemos recordado este amoroso desvarío, es porque creemos que uno parecido ha debido darse: las poesías que nos ocupan parecen efectos de una grandísima sobreexcitación del alma, en presencia de algo superior al par que misterioso, de algo sublime que casi no tiene realización más que en lo soñado.

Sus miradas son luz, noche sus ojos;
La pasión en su rostro centellea,
Y late el beso entre sus labios rojos
Cuando desmaya su pupila hebrea.

Me tiembla el corazón cuando la nombro,
Cuando sueño con ella, me embeleso,
Y en cada flor con que su senda alfombra
Pusiera un alma como pongo un beso.

No podemos detenernos, y continuando nuestro estudio llegamos á la parte que el autor titula *Composiciones varias*, donde de nuevo, rotas las vallas que oponía al poeta la nece-

sidad de atenerse á lo dicho por aquellos á quienes traducía, luce sus potentes facultades, y su inspiración recorre sin dificultad alguna el extenso y dilatado horizonte que ante sí tiene, mayor que el de los que no cuentan con los dones de que la naturaleza le ha hecho favor. La madre común de los mortales, aquella mujer que Dios creó para hacer perder al hombre el Paraíso; la madre de las que siempre Evas, causaron á los mortales la inefable dicha de su aparición, para causar luego el dolor de perder la tranquilidad y el sosiego, es el asunto de la primera composición que encontramos en esta parte. Eva es ya título bastante para despertar sentimientos y evocar recuerdos. Al escuchar este nombre, sin que lo queramos, pasan ante nuestra vista, terribles y sangrientos, cuantos dolores lleva experimentados la humanidad, sentimos que nuestro sér se turba, pues entonces la lucha constante que sostenemos, nos hace suspirar, pensando que otra cosa sería sin aquel pecado cometido por ella, que atrajo sobre nuestro padre la maldición del Eterno, y aun así sentimos que no podemos maldecirla; Eva es la mujer que nos pierde y nos redime, la que nos atormenta y nos consuela, es la noche y el día de nuestra existencia, es la flor con sus espinas, gracias á la que el mundo es mundo, pues quitad del Paraíso á Eva y habréis quitado la madre del hogar, la flor del huerto, la sensación de nuestro ánimo. ¡Quién sabe si hizo bien en pecar!

y después de todo, cuando el Altísimo lo permitió!

Aquel tranquilo edén, primera morada de nuestros padres, la dicha y el contento de ellos, la placidez de aquellos días de dulcísimo embeleso, ha dado asunto á la iconografía y á la literatura, para un sin número de obras, de las que no enumeramos más que *El Paraíso perdido*, de Milton, por ser la que más á nuestro asunto sirve. El ciego de Albión, aquel infortunado poeta á quien las revueltas políticas hicieron sufrir tanto sin que jamás agriaran su carácter, apto para la contemplación de la inefable dicha del Paraíso, poeta que en la adversidad se elevó en alas de una plegaria, pintó á nuestra primera madre bella hasta el punto de excitar la cólera y el despecho de Luzbel que la veía (1). Esta es la primera mujer que Mil-

(1) «Ella para Dios en él, llevaba como un muerto velo su cabellera de oro, que descende esparcida y sin adorno hasta su delgada cintura, enroscándose en caprichosos anillos como la viña repliega sus flexibles vástagos, símbolo de la dependencia, etc.» Mujer ideal la de Milton que dice «Recuerdo con frecuencia aquel día en que salí por vez primera de mi sueño: me encontré muellemente tendida sobre las flores, no sabiendo en mi sorpresa lo que era, dónde estaba, ni de dónde y cómo había sido llevada allí. No lejos de este sitio, se escapaba de una gruta el dulce murmullo de las aguas, que se extendían en forma de líquido cristal y después de extenderse permanecían puras y tranquilas, como la superficie del cielo! Dirigíme á aquel sitio con un pensamiento inexperto: acostéme sobre la verde orilla para contemplar aquel límpido y trasparente lago, que me

ton nos retrató, pura, cándida, hermosa, sencilla, con todas las condiciones que siempre se buscan en la mujer, sin encontrarlas muchas veces, por desgracia, pues si las tuviera sería con verdad aquello para que fué creada. El épico inglés nos presenta la mujer formada, sintiendo ya; con el lírico mexicano, vamos á presenciar su aparecimiento, vamos á ser testigos de su primera sensación.

El amanecer de los bellos días, en que del límpido azul del firmamento se irradiaba alegría en que nuestras almas se embriagan, es siempre hermoso, pero más hermosa es aún la mañana que describe Flores, mañana que es, digámoslo así, un destello de su inspiración soberana, que ha llegado en su abstracción hasta entrever la hermosura de aquella sexta aurora en la calma del Paraíso, cuando nada existía que turbara ni pudiera turbar el reposo y la alegría del primer hombre que vivía solo. Del edén perdido, tal como los orientales lo han pintado, tal como lo concebimos al pensar que no existían allí miserias ni dolores, ha hecho el poeta un cuadro notabilísimo, con delicados toques que cautivan, en el centro del cual Adam dormía.

parecía un nuevo firmamento. Cuando me inclinaba para mirarme en él, apareció ante mí una forma en el cristal del agua, inclinándose también para contemplarme; retrocedí estremecida y ella también retrocedió estremecida, halagada volví á adelantarme y ella hizo lo mismo, mirándome con amorosa simpatía.»

Era el hombre primer, y ya su labio
 De la existencia en el primer momento
 Bosquejaba la voz del sufrimiento.
 La inmensa vida palpitaba en torno;
 Pero él estaba solo... El aislamiento
 Transformaba en proscrito al soberano.

Cierto; el poeta lo ha dicho; allí donde para lo que es propio y subjetivo hace falta la expansión, el hombre que Dios creó á su imagen y semejanza, aun en medio de aquella exuberante naturaleza que admiraba, el pobre sér aislado tenía que sufrir; lo que le animaba ya era el alma humana y siempre ésta siente necesidad de otra en quien depositar las lágrimas de sus dolores, las sonrisas de sus alegrías. Si aun en medio de las violentas sacudidas que nos hace experimentar la sociedad, si á pesar de las penas que en el mundo, por ser sociables experimentamos, nos dieran el Paraíso con la absoluta soledad que Adam tuvo en sus primeros momentos, no lo queríamos, pues más apetecible es poder permitirse el desahogo en la amistad, la satisfacción en la familia, la expansión de nuestra alma en el amor. De que es cierto esto de que nadie duda, el Altísimo dió una prueba, pues al contemplar que del hombre

Su frente pensadora
 Su noble faz angusta de belleza
 En medio de su sueño se cubrían
 De una vaga tristeza.

Entonces el Señor tendió su mano
 Y el costado de Adam tocó un instante...

En el curso de este trabajo hemos dicho muchas veces, para condensar cuanto de sus sobresalientes condiciones puede decirse, que Manuel María Flores es un verdadero poeta; creemos haber dado pruebas suficientes de este aserto, que sin ellas podría creerse atrevido, y aun podemos repetirlo una vez más, pues grandes, grandísimas son las que podrían presentarse. Sabemos lo expuesto y comprometido que es hacer comparaciones, por lo cual nos abstenemos de ello; pero es seguro (para nosotros al menos) que no cabe llegar en una descripción á la pura y perfecta idealidad á que ha llegado el vate mexicano, haciendo en armoniosos versos el retrato del bíblico personaje, cuyo nombre sirve de epígrafe á su composición. Ni los poetas que cantaron á nuestra madre común antes de pecar, ni los que llevados de una pasión han descrito á la inspiradora de sus amores, llegan á la altura que el poeta mexicano. La Eva de Milton nos pareció la mujer más idealmente descrita, hasta que conocimos la Ofelia de Shakspeare; ésta, en nuestra opinión, cedió el puesto á la Elvira de Espronceda, que como pura, casta y bella ha cedido en nuestro criterio el puesto á la Eva que el poeta mexicano describe diciendo:

La dulce palidez de la azucena
 Que se abre con la aurora,
 Y el blanco rayo de la luna llena
 Dejaron en su faz encantadora
 La pureza y la luz. Los frescos labios,
 Como la flor de la granada rojos;
 Esa luz que es un sol para las almas
 En la limpia mirada de los ojos;
 Y por el albo cuello,
 Voluptoso crespón de sus hechizos
 La opulenta cascada del cabello
 Cayendo en ondas de flotantes rizos.

Su casta desnudez iluminaba,
 Su labio sonreía,
 Su aliento perfumaba,
 Y el mirar de sus ojos encendía
 Una inefable luz, que se mezclaba
 Al albor del crepúsculo indeciso....
 Eva era el alma en flor del Paraíso.

Dejamos la descripción y no añadimos una palabra sobre ella, pues ó cierto es lo que hemos dicho, ó nuestro escaso talento no alcanza á comprender qué le falte para ser lo que creemos.

El poeta continúa su obra, á la que bien podemos llamar poema, y á vuelta de algunas incorrecciones de fácil enmienda, en las que ciertamente se fijará para las sucesivas ediciones, sigue haciendo galas de su poder, é imagen tras imagen, sin nada que falte, sin nada que deje de admirar, llega al final, llega al punto en que aun Adam dormía...

Eva lo contemplaba,
 Sobre el inquieto corazón las manos,
 Húmedos y cargados de ternura

Los ya lánguidos ojos soberanos.
 Y poco á poco, trémula, agitada,
 Sintiendo dentro el seno comprimido
 Del corazón el férvido latido;
 Sintiendo que el aliento que salía
 Del labio abierto del gentil dormido
 Abrasándole el suyo le atraía,
 Inclínose sobre él...

Y de improviso,
 Se oyó el ruido de un beso palpitante,
 Se estremeció de amor el Paraíso!...

Y alzó su frente el sol en ese instante.

Flores ha sabido terminar su obra dignamente, probando que sabe guardar el tono apto al asunto. Aquella mujer primera, parece fotografiada; no cabe ser más ideal en la expresión de una belleza, que siempre concebimos pura, y hasta en el último toque ha sabido sostenerse á la considerable altura á que se elevó desde luego. En otra composición suya, de la que ya hemos citado algunos versos, titulada *Bajo las palmas*, canta el amor tal como lo siente; toda ella respira voluptuosidad y abandono, y aún se vé algo más en su final cuando dice:

Los labios de los dos con fuego impresos
 Se dicen el secreto de las almas,
 Después... desmayan lánguidos los besos
 Y á la sombra quedamos de las palmas.

Pero éste, como con facilidad se advierte, no es el que tan acertadamente ha dado á Eva. En

este poema se ve pura idealidad, se advierte un no sé qué de espiritual y casto que subyuga, y es que tan armoniosos versos hacen que en nuestra alma surjan fantasmas, fantasmas que dormían, pues allá en los primeros años de nuestra vida, visto todo al través del rosado color que en dicha edad parece adaptado á nuestra retina moral, veíamos en situaciones de nuestra vida, algo para con lo que, era término de comparación el Paraíso. Adam dormido pesaroso, Eva que lo contempla amante, un beso que se escucha y el sol que sale, ternísimo idilio, que todos en nuestro sér sentimos y que pocos como el poeta que estudiamos han sabido trazar.

Algunas composiciones patrióticas, en las que el entusiasmo parece reñido con la historia, y la verdad con la justicia, y otras de bastante mérito escritas con motivo de la adjudicación de premios en algunos establecimientos de enseñanza, y en las que el poeta revela gran elevación de miras y sentimientos, terminan esta penúltima parte para pasar á la que titula *Insomnios*.

Feliz en la exposición de los sentimientos, el poeta, como hemos venido viendo, ha sabido hacernos sentir plácida y tranquilamente, ha sabido llevar á nuestra alma sus deseos, sus emociones y sus suspiros, ha sabido cautivar nuestros sentidos con su armonía y su fluidez, ha logrado impresionarnos con las magníficas ideas de que sus composiciones están salpica-

das, y como si quisiera probar que todas las cuerdas responden á su pulsación, en la última parte del libro que forma su gloria, ha demostrado que los acerbos dolores que martirizan y punzan, que los dolores que para siempre dejaban llagas en nuestro corazón, al ser experimentados por él, han tenido manifestaciones que en bellezas corren parejas con aquellos que brotaron á impulsos de la satisfacción ó del gozo.

Una de las cosas que más cautivan en esta parte del libro que nos ocupa, es advertir que el poeta, evitando seguir la senda por tantos seguida, no cae en el vacío escepticismo que, casi nunca sentido en lo íntimo de nuestra alma, resulta, si no frío, forzado y violento; escepticismo que en un considerable número de casos, produce en vez de notas acordes que cautivan, punzantes chirridos que lastiman. Viejo ó joven, más tarde ó más temprano, ha de llegarse por desgracia al convencimiento de que en el mundo, la más abundante es lo que nos causa tormento: el antagonismo de las clases, la lucha de los caracteres, la inconstancia de nuestros semejantes, el rara vez justo aprecio de las condiciones, la finalidad de nuestra vida y otras muchas, originarias en su mayor parte de nosotros mismos, son causas de este batallar incesante en que se gastan las fuerzas del espíritu, para dar lugar á la laxitud; pero nunca racionalmente puede producir la decepción que lleva á maldecir de todo y á

dudar de cuanto existe, de cuanto puede y debe existir. Flores ha sabido evitar esto y lo ha evitado; no ha querido formar entre esos poetas vulgares que escriben para impresionar señoritas de tantas al pliego, ni para excitar las revueltas mentes de muchachos que por vivir cuando vivimos, se creen hombres. Sus *Insomnios*, lo son verdaderamente; pero cuando la intranquilidad de su espíritu ahuyenta de sus ojos al hermano de la muerte, ni duda, ni maldice; se lamenta de su pesar, y resultan grandiosos sus trenos, sin que esto sea decir que Flores se parezca al bíblico profeta. El mismo lo dice en su composición *Mis sombras*:

¡Mirad mi corazón! le ha consumido
Esta fiebre de amar nunca saciada.

y un corazón que se ha consumido en la sed más apetecible, siempre perfuma.

Como sólo ha sido nuestro objeto dar una idea de las relevantes condiciones del poeta, y llevados del entusiasmo que en nosotros ha logrado despertar, creemos habernos extendido mucho, limitaremos nuestro examen de esta parte á las composiciones *Mi padre muerto*, *Horas negras* y *Orgia*, pues si una á una las hubiéramos de repasar, sus méritos nos harían detener mucho.

El dolor de un hijo al perder su padre es tal, debe ser tal, que al presentirlo, el hielo corre por nuestras venas, paraliza los movimientos

nuestro cerebro y nuestra alma siente como que desde el infinito á que aspira, cae al lugar de donde por faltarle fuerza no volverá á levantarse. Cuando estamos seguros de que sólo podemos contar en el mundo con un corazón; cuando inocentes ó delincuentes podemos mirar á un sér, convencidos de hallar siempre su indulgencia; cuando sabemos que hay un alma que, aunque superior, acompasa su marcha á la nuestra y abrigamos la íntima convicción de que, aunque bien distantes nuestros sentimientos y los suyos, son gemelos; cuando recordamos que sin quejas, sin reconvenciones, sin que jamás sus deseos se entibien, hay un sér al que debemos la vida, que desde nuestro primer día viene sufriendo y realizando en nuestro favor sacrificios sin número ni nombre, y acude á nuestra mente el recuerdo de la ineludible cuanto fatal ley por la que en un día dejaremos de verle, de oírle, si no es que de nuestra alma evocamos tan sacratísimo recuerdo, no lo queremos; pero involuntariamente acude á nosotros la idea de que la muerte no es un bien, pues si la vida lo es, no se nos debía quitar, y si es un mal, no se debió darnosla; y tal pensamos, porque es el padre para nosotros algo esencial de la vida, algo que nos induce á un más allá de donde estamos, algo digno de veneración conquistada con sus obras, nuestro pensamiento constante, el regulador de nuestras obras, que quedarán sin objeto al perderlo. Pensar que haya quien piense

de distinta manera nos asombra; jamás sobre la tierra, ni el amigo, ni la mujer, ni el hijo que tengamos, harán lo que él hizo; el amigo se cansa de nuestras penas que no comprende, la mujer rara vez se satisface, el hijo... hijos somos y jamás llegaremos por nuestro padre á donde ha llegado él por nosotros. Un día por desgracia comprenderemos esto mejor que hoy, y al sentirlo así no podemos menos de invocar con Flores al desventurado amante de Beatriz y exclamar con él:

Disperato dolor che'l cuor mi preme!

El vate mexicano puso al servicio de tan profundo sentir, su inmenso valer como poeta, y *Mi padre muerto*, es una sentida elegía donde brillan ideas tiernas que parecen lágrimas, dulces conceptos que semejan suspiros. Nada tan triste como las invocaciones por el llanto, nada tan sensible como la carencia de lágrimas en que nuestro corazón henchido por el pesar parece que se ahoga; y esto ha sabido decirlo Flores de tan magistral manera, que no podemos menos que transcribir la primera estrofa.

¡Gracias señor!.... Me has dado el llanto
Y he llorado por fin.... gracias Dios mío.
Un pobre corazón que sufre tanto,
Un pobre corazón que está vacío
De esperanza y de fe necesitaba,
Para no reventar en mil pedazos,
Reventar en el llanto que le ahogaba!....

Podríamos creer que decíamos bastante, añadiendo que en nada desmerece el resto de la composición del magnífico comienzo que dejamos citado; mas justo es que, aunque á la ligera, hagamos notar que en ella respira el poeta toda la grandeza de su alma, que hay en ella ideas que son el tormento de todos cuantos vivimos, por más que su resolución esté prescrita, por más que uno tras otro, mil y mil casos se vengán dando, como prueba inequívoca de la resignación que deberíamos tener, pero que no puede ser tenida. Aunque pueda parecer blasfemia, no lo es cuando el dolor enloquece, la brillante imprecación de Flores al decir:

¿Puede acaso morir quien dá la vida?
¿De un mismo corazón puede una parte
Caer en la tumba mientras otra existe?
Y tú que nos ordenas adorarte
Y padre y justo y bienhechor llamarte,
Dios de inmensa bondad. . . tú lo quisiste.

Es triste, muy triste considerar la amargura que nos aguarda, el tormento que nos está reservado, y esto da lugar á que comprendamos de más perfecto modo la bien expresada angustia del poeta y á que lleguen á nuestra alma sus doloridos acentos, pues, verdadero y grande poeta, lleva el ánimo de sus lectores cuanto siente, y lo mismo activa la circulación con sus imágenes voluptuosas, que paraliza la sangre con sus penas, sus zozobras y sus martirios.

Horas negras, es el título de la segunda composición de esta parte que hemos de examinar, y horas negras como las del poeta pocos serán los que no las hayan tenido en la vida. Nada hay en el mundo moral que revele nuestra identidad de origen como los sentimientos; aspiramos al infinito, y todo lo bueno, lo grande y lo bello, constituye para el ser una aspiración, un ideal en pos del cual corre presuroso; mas plúgole á la sociedad ordenar las cosas de modo que esta aspiración, en muchos, por la clase á que pertenecen, fuera loco anhelo, y en otros cosa natural y corriente; quiso por su mal señalar á los elegidos, y para éstos todo es bueno, para los que no, reserva la decepción y el desengaño. Del santuario de la conciencia, en el que sólo se debe rendir culto al Dios uno y verdadero, hay quien hace el sacrílego templo donde se rinde culto al becerro dorado, por el que fueron rotas las sagradas tablas, y en los tiempos que alcanzamos, triste es decirlo, la mujer es su más fiel devota; podrá en lo externo dar culto á lo que más la naturaleza le prescribe; pero se muestra más sensible que á los suspiros, al crujir de la seda; más sensible que á las caricias de amante mano, al suave roce del terciopelo; y de aquí la prostitución del sentimiento, que frecuentemente la lleva á mentir amor á quien la adora, posesión pasiva á quien la compra.

El mirar tierno, suave de unos ojos brillantes y húmedos, la sonrisa de una boca imper-

ceptible, á no ser por las gracias que atesora, el pié que bien cabe en la corola de un nardo, el cuerpo que cimbra como el juncó de la fuente, el acento tierno que embriaga, el cutis con más blancura que las hojas de la magnolia, y esa serie innumerable de atractivos, con que pródiga la naturaleza ha favorecido al ser que es en la sociedad nuestro complemento, le sirven para fascinarnos; pero ser perfecto sería, si compatible con ellos no le hubiera dado por mira las ambiciones pueriles, que satisfacen su caprichoso amor propio, la inconstancia más veces en el bien, que en el mal, y la veleidosidad que es su distintivo. Esto hace que pocos hombres sean los que más tarde ó más temprano no lamenten una decepción de aquello que más los animaba, de aquello en que más confianza tenían, pues para ciertos seres, el amor es á la vida lo que el sol á las flores, lo que el rocío á las plantas, lo que el movimiento al mar.

Hemos visto como Manuel María Flores se embriaga en el hermoso presente de la pasión de las pasiones, y fácil es comprender lo que sucederá en el triste pasado que le es más horrible, más doloroso, cuanto la causa que lo produce es de las que nunca pudo soñar su alma de poeta, que se ha conmovido hasta lo íntimo al experimentar el desengaño, y que en la violencia ha exclamado:

Escúchame mujer:

Tiembla mi labio

Sin poderte nombrar...;Cuál es el nombre

Bastante infame, sí, para el agravio
De pisotear el corazón de un hombre?

Una mujer que por gozar del lujo y las riquezas abandona al amante, en cuyos brazos le ha formado un paraíso, una mujer en quien el metal apaga el sentimiento, mujer que al retirar los labios deja una llaga, y cruza y pasa alta la cabeza, como si fuera natural lo que hizo, mujer que de los brazos del uno pasa á los del otro, haciéndonos sentir que ya en la vida tal recuerdo será el punzante aguijón que fijo en nuestra alma, nos martirizará hasta la muerte, no merece ciertamente la composición que Flores ha hecho: sin la responsabilidad criminal matarla, y ya que no esto, el profundo desprecio, el odio, el latigazo del ridículo, pero el sentimiento del vate no podía llegar á esto. Flores no pensó, sintió, y su composición *Horas negras*, es una de las páginas por la que más justamente merece los elogios que se le tributen. En *Horas negras* no se ve más que la tempestad; pero lo hermoso de ella, lo que da lugar á que en ella se reconozca á Dios, como Elías lo reconocía en el suave viente-cillo del desierto, es una composición donde el poeta mexicano comprueba que el que sabe querer como quiere él, cuando odia es implacable y terrible, pues cada uno de los versos de *Horas negras* es el candente hierro con que en la frente de la incógnita se imprime el estigma terrible de infame hasta lo sumo. La ana-

tomía al separar músculos, estudiar huesos y examinar vísceras, jamás puede llegar á comprender lo que sintió, pensó ó quiso aquel sér que fué, y que tiene bajo la tajante acción del escarpelo; la crítica ante una obra literaria, ve al hombre, comprende su sentir, y tras cada verso, tras cada frase, ve un movimiento del alma, escucha un latido del corazón, adivina un gesto, percibe un suspiro. En *Horas negras* el alma de Flores se hace transparente y se ve la ira en los versos,

Esta noche tu seno
Que el oro compra y al placer se vende,
Despojarás de las nupciales galas...
Mientras que vela, de sonrojo lleno,
Su faz el ángel del amor, y tiende
De tí muy lejos con rubor sus alas.

La justificada amenaza en

Óyeme: no es amor esta tristeza.
Brotan malezas de la peña rota;
Rompiste el corazón, y la maleza
Hoy de los odios en las quiebras brota.

Y así en toda ella vierte la hiel que su desengaño ha creado; la maldice, la execra, y prueba, como hemos dicho, que en boca de aquel á quien oímos

Bésame con el beso tu boca,
Cariñosa mitad del alma mía,

está muy bien el

Acuérdate mujer... no te desprecio
Porque no te perdono.

Complemento de esta composición citada es la *Orgia*, cuadro hermosísimo, donde en el bullicio del festín y las locuras del vino, procura el poeta olvidar el mal pasado. De la exaltación melancólica á la locura no hay más que un paso, y la verdad de este aserto está comprobada con el rápido y brusco cambio que en la musa de Flores se opera momentáneamente. Que la *Orgia* es hija del cruel desengaño porque vibra en *Horas negras*, lo prueba la siguiente estrofa:

¡El amor... el amor! ¡Ay! hubo un día
En que su llama encandeció mi sér,
En que se alzó dentro del alma mía,
Rival del mismo Dios, una mujer,
Y á Dios negué mi culto, mi creencia,
Y ante ella —miserable!— me postré...
.....
Disfrazada de un ángel de inocencia
Era una meretriz la que adoré...

En ella, como siempre, el poeta se manifiesta á la grande altura á que puede llegar por movimientos propios, y hay imágenes brillantes, giros armoniosos, frases escogidísimas, y bajo esto, tormentos, luchas, agitaciones, martirios que hacen vibrar su alma.

Sentimos con toda nuestra alma haber sido tan pesados y vamos á terminar. Creemos que es Manuel Flores uno de esos poetas que jamás morirán; sus composiciones lo harán vivir al través de los siglos; y si hoy en la vieja Europa aún no se le rinde todo el tributo que

merece, débese únicamente á que hasta hace muy poco tiempo el Gobierno mexicano no tuvo el feliz acuerdo de enviar á nuestra patria á un joven diplomático del claro talento del señor Peza, que tan fuertes lazos ha echado entre las dos naciones, gracias al conocimiento que nos ha hecho adquirir de la sobresaliente literatura mexicana, como Híjar y Haro había probado ya el considerable adelanto que en las ciencias ha conseguido México.

Las sobresalientes bellezas de Flores corren parejas con su perfecta originalidad; ni en las literaturas clásicas, ni en las literaturas modernas, puede decirse que hay un determinado autor que sea su modelo. Nació poeta, es espontáneo y castizo; muchas veces su propio brío le hace cometer incorrecciones que bien se le pueden dispensar en gracias á la brillantez de sus imágenes y á la belleza de sus ideas. El vate mexicano no tiene el ímpetu arrebatado de nuestro Espronceda, no hay en él la profunda melancolía de Musset, ni la sarcástica amargura de Heine, que es de quien más dista, á pesar del poco concienzudo afán de algunos, que ligeramente asientan que es con quien más similitud tiene. No cabe pensar siquiera en un paralelo entre Heine y Flores; no puede creerse que el primero sea un modelo que el segundo se haya propuesto; los términos son contrarios; hay entre ambos la diferencia que existe entre un día del caluroso estío, y un día de la plácida primavera: en los dos el sol bri-

lla, y la naturaleza muestra esplendente sus galas; pero el primero todo lo abrasa, todo lo seca; el segundo hace que todo viva, que todo florezca. Las cuerdas de la lira del poeta mexicano, al ser heridas producen sonidos que encantan; las del autor del *Intermezzo* responden á la pulsación con crugidos y se rompen.



Juan B. Híjar y Haro

El espíritu religioso que excita nuestro sentimiento, elevando nuestra alma hasta las mismas gradas del trono de Dios, baja á la sombría cripta de los panteones, y nos ilumina en ellas; las imágenes incitantes que creamos al recordar bellezas de estos mundos y de otros que forjamos, crecen de cuerpo, toman más vivos tonos, y se destacan sobre fondos más brillantes aun en las tétricas ruinas de monumentos que de siglo en siglo acreditan lo efímero de las grandezas de esta vida, y la inspiración, don divino con que el cielo favorece á pocos elegidos, ha descendido más de una vez á lugares con que parece debía estar reñida. Al pensar en el poeta que ahora

lla, y la naturaleza muestra esplendente sus galas; pero el primero todo lo abrasa, todo lo seca; el segundo hace que todo viva, que todo florezca. Las cuerdas de la lira del poeta mexicano, al ser heridas producen sonidos que encantan; las del autor del *Intermezzo* responden á la pulsación con crugidos y se rompen.



Juan B. Híjar y Haro

El espíritu religioso que excita nuestro sentimiento, elevando nuestra alma hasta las mismas gradas del trono de Dios, baja á la sombría cripta de los panteones, y nos ilumina en ellas; las imágenes incitantes que creamos al recordar bellezas de estos mundos y de otros que forjamos, crecen de cuerpo, toman más vivos tonos, y se destacan sobre fondos más brillantes aun en las tétricas ruinas de monumentos que de siglo en siglo acreditan lo efímero de las grandezas de esta vida, y la inspiración, don divino con que el cielo favorece á pocos elegidos, ha descendido más de una vez á lugares con que parece debía estar reñida. Al pensar en el poeta que ahora

presentamos, nos ha parecido verlo visitado en el anfiteatro anatómico por la más hermosa de las musas que hasta allí bajó para inspirarle dulces acentos y mágicas armonías que le distrajeran de más áridos estudios, cultivados con esmero, gracias á lo que se dan en él juntamente el sentimiento y el saber.

La insignificancia del sér humano no se revela por sus hechos, dignos muchas veces de los clásicos titanes, ni se advierte en el abatimiento que causa el dolor, pues si el mundo todo fuera susceptible de sentir uno de esos dolores cruentos que atenazan el alma, la tierra perdería su centro, y fuera de la elipse se precipitaría en el vacío; donde verdaderamente se comprende lo poco que el hombre vale, es al estudiar sobre la losa del anfiteatro anatómico, donde yace inerte la materia abandonada del *aliquid divinum*, que un día le hizo parecer semejante á Dios, árbitro de lo que bajo su poder tenía, y aun más esta insignificancia se advierte, cuando separados uno á uno todos los tejidos, cuando estudiadas todas las cavidades y analizadas todas las vísceras, no puede sorprenderse nada que atestigüe el placer inmenso que en aquello que fué, causó la sonrisa cariñosa de la madre, la dicha extrema que en ella hizo sentir la mirada de la mujer á quien estaba adorando, y nada tampoco del dolor y martirios que experimentó en la vida, porque nada existe en el inanimado trónc que el cirujano destroza, que pueda hacerle

creer que es aquello la imagen de Dios, cuya grandeza patentizamos.

Allí en el triste considerar que tal contemplación despierta, el necio orgullo, rígido como el hierro antes de ser batido en el yunque y la vanidad ligera como la pelusa inútil que de las hojas levanta el viento, se mesan los cabellos; allí apoyada en uno de los ángulos de la mesa nos parece ver hermosísima matrona, pálida como las hojas del lirio, velando sus divinos ojos con torneada mano, por entre cuyos dedos se escapan lágrimas, plástica representación de la melancolía, que más y más con su actitud tristísima hace sufrir en tanto que del sér no se escapa ni una queja, ni un gemido. En el centro de tal cuadro, aislado del mundo, rodeado de un silencio absoluto, colocad al hombre que siente, piensa y quiere, y veréis cómo al pobre sér se le encallece el corazón, veréis cómo su pensar se hace triste y decae su ánimo, pues irónica sonrisa contraerá sus labios, si la ambición se despierta en su alma y poseer la tierra quiere, pensando que de ella basta una cortísima cantidad para hacerle desaparecer.

Si de una parte se aprecian debidamente tales términos, y de otra consideramos lo que es el poeta, eterno sentimiento y sueño eterno, y por último leemos atentamente las composiciones del vate mexicano que vamos á estudiar, no habrá más remedio que afirmar que sus condiciones son excepcionales. Es necesario creer

que cuando como notable médico estudiaba la materia inerte sobre la losa del anfiteatro, no hallando nada más que miseria humana, tornaba los ojos hacia la muda esfinge de la melancolía, bajo cuyas plegadas alas quería cobijarse, y que extendiendo luego la vista por los demás ámbitos de la triste sala, sus ojos tropezaban con la musa celestial de los amores que la sonreía dulcemente, en tanto que un rayo de sol que filtraba por la ventana, bañándola en luz hacia tomar á sus blondos cabellos las apariencias del oro. Dividido su espíritu entre ambas visiones sublimes, dominada por ellas la imaginación de Híjar y Haro que sentía siempre, se absorbía en el estudio del microcosmos portentoso, y esforzando su creadora imaginación, sorprendía en él latidos de gozo y movimientos de dolor, para traducirlos más tarde en sus composiciones en forma tan magistral que llegará á ser clásica, forma que es complemento de un fondo, más que romántico, idealista, pues inspirado en ideas purísimas, jamás roza con nada que sea de la tierra.

Lo reposado de su actitud y lo noble de su continente, dan lugar á que desde luego se simpatice con el hombre á quien poco después hay que admirar; el tono mesurado que revela la prudencia y la modestia más exquisita, sueña en vuestros oídos mucho tiempo después de oírlo, y encanta ver las naturales manifestaciones de un sentimiento no gastado en las largas vigiliás y trabajos de su penosa profesión,

ni adormecido por los desengaños que revela su cabeza prematuramente cana y su mirar triste. Como hombre constituye el perfecto caballero, ha bebido la savia de la fraternidad en su patria y ha recogido de los labios de su venerado padre el bíblico consejo, con todo lo cual constituye el sér honrado, leal y hospitalario, de pecho abierto siempre para la confianza, de frase de consuelo para todos, porque él como pocos conoce la fisiología del pesar que ha debido estudiar en sí, en los muchos que experimentara. No tenemos aptitud para ser biógrafos de nadie; nos resistimos tenazmente á analizar uno á uno los detalles de la vida de un hombre, donde á cada paso tenemos que tropezar forzosamente con equívocas manifestaciones que nada dicen; no nos gusta seguir á un hombre, nos agrada verlo bajo cualquier aspecto, pero más, sin que quepa dudarle, en sus manifestaciones literarias, donde por fuerza tenemos que advertir revelaciones del sentimiento en que nos esponjemos. Si alguna vez la necesidad nos obligara á escudriñar una vida, en tan terrible tarea, sería un oasis del más triste de los desiertos la de hacerlo con la del que en la actualidad nos ocupa, conociéndola como la conocemos, una tras otra vemos en sus actos pruebas de su poderoso sentir: como médico fiel y exacto en el cumplimiento de su deber á la cabecera del enfermo, con el rostro sereno en tanto que su corazón mana sangre percibiendo el estertor de la agonía, al

que hacen tristísimo coro los ayes de dolor de la madre, de la esposa ó de la hija; como patriota rugiendo ante la pérdida de la libertad, sacrificándose por ella, lamentando la más injusta de las invasiones, para lo que como nadie sirve el hombre de corazón. La bellísima abstracción que se llama patria excita en la razón el argumento, la proposición jurídica, pero nunca hasta que se siente y se siente como Híjar, se levanta el individuo fiero y terrible contra el invasor, en quien necesariamente tiene que ver á un bandido que desea participar sin título de la herencia que le legó su padre, cuya sepultura va á profanar, que viene con su mefítico aliento á emponzoñar la atmósfera siempre embalsamada con las flores de los campos, que respira la mujer que adora y que llevará la discordia y el mal ejemplo hasta la casa donde moran sus hijos; cuando considera esto aquel que en su corazón halla vibraciones para todo lo justo, lo santo y lo bueno, constituye el hombre que puede servir de modelo, é Híjar pertenece á esta clase. Como diplomático ha sabido sostener en difíciles situaciones el puesto que el Gobierno de su patria le confió, ha sabido elevar la representación, y estudioso, digno y prudente, dar cima á los arduos problemas que el derecho internacional presenta á cada paso, sin que una vez sola sus prevenciones en el manejo de estos asuntos fuera desmentida.

Volvemos á decir lo ya manifestado en ante-

riores trabajos; no hacemos biografías de hombres, sino estudios de poetas; queremos gozar en la consideración de las manifestaciones subjetivas de un sér en presencia de la naturaleza, llevado de cualquier sensación; no es nuestro ánimo analizar actos que por ser realizados por quien sólo á su trabajo se debe, nos harían exclamar con el poeta de Mantua: *Sunt lacrimarum et mentem mortalia tangunt*, al recordar una vida en la que pocas veces ha brillado el sol.

Entrando, pues, á ocuparnos del poeta, hallamos en sus composiciones pruebas del fundamento lógico que tiene la clasificación de los géneros literarios en la historia general de las literaturas. Abandonado á sí el hombre después que por culpa propia ó por la ajena hubo salido de aquella época feliz, en que, sin penas ni dolores, su alma se esparcía en la contemplación de la naturaleza soberbia de los primeros días, cuando comenzó á sentir miserias y trabajos de la vida, rugió sobre su frente el trueno y halló á su lado hombres que lo desconocieron y mujeres que no eran como aquella compañera que Dios le llevó, y que por primera vez apareció conmovida á su vista; cuando experimentó las sacudidas violentas de la pasión y se vió grande como los ángeles en el amor, feroz como las bestias en la cólera, no cabe dudar que á cada una de las sensaciones que experimentara dió un tono, que armonizó más tarde en la expresión poética, cuando por

la cultura tal cosa se pudo permitir: de aquí ese sin número de formas que aparecen en todos los pueblos, y en cuyo fondo, como si fueran las aguas limpias y cristalinas de un estanque, se ve al hombre y siempre al hombre. Existe tal inclinación en el sér á la sociedad, que cuando niño permanece al calor de la familia en que recibió vida, joven busca en la amistad la satisfacción de necesidades que la propia naturaleza sugiere, y hombre se prepara á transmigrar, digámoslo así, al alma de una mujer, que fecundada espiritualmente dará á luz de su alma el amor, que es el lazo universal que liga á los seres: si bien se mira, no es sólo con sus semejantes con quienes establece estas relaciones que dan encantos á su vida; la patria, los objetos materiales, el tiempo, todo tiene en él una conexión tan íntima, que la muerte, la destrucción, el desaparecimiento, lo afectan hondamente, le hieren el corazón, y como de los bordes de una herida mana sangre que mueve á compasión, de sus labios brotan palabras que entristecen.

La muerte primero, el desaparecimiento más tarde, dieron lugar á que como manifestación literaria surgiera *La Elegía*, la queja, que así podemos traducir esta palabra; sobre la tumba fría que encierra los despojos del sér querido, sobre el campo de batalla donde como bravos perecieron hermanos luchando por la patria, á orillas del mar, cuyas intranquilas ondas formaran el más grande y pesado sudario á los

intrépidos que se aventuraron por ellas, se alzó la voz del poeta gimiendo, crujió la guzla dorada del venerable bardo, lloraron las musas con ellos, y su llanto llevó al corazón de todos indecible tristeza; pero había de llegar un día en el que la muerte, la pérdida material, fuera reputada como bálsamo bienhechor llamado á hacer desaparecer mayores penas, cosa que fácilmente puede comprenderse. Entre la saña del tiempo que en rápidos torbellinos nos arrebató de la vista á los seres queridos, y los fieros golpes del desengaño que nos privan de las ilusiones, no debemos dudar; se elevan cantos de gloria, á la que hasta el último día nos retendrá dormidos en su seno, y reservamos la elegía, la emisión de acentos de dolor, para las heridas que se nos infieren en el alma, que nos martirizan y que moralmente nos matan, pues un hombre falto de sentimiento, un hombre que nada siente al levantarse la esplendente hermana de Helios, y que no se conmueve al seductor aspecto del valle cuando el sol traspone, un hombre que no goza en las patriarcales delicias de la familia, que no se siente vivificado con la arrebatadora mirada de la mujer que le ilusiona, un hombre para el que sea igual la vida de las vidas en el espíritu ó su confusión material con los demás átomos que flotan en el espacio, al que importen lo mismo los amargos lloros que las encantadoras sonrisas, está muerto, tan muerto, como yacen los que sepultos pueblan las fúnebres necrópo-

lis; al decir esto, abrigamos la íntima convicción de que en tanto aliente, ninguno llegará á este miserable estado, porque falto de todo, al parecer, aun le quedará algo en que su sentimiento se pueda esparcir; Memnon, convertido en pétrea estatua, saludaba aun con gritos de júbilo el aparecimiento de la aurora su madre.

El terrible estado del sér en el momento que siente la negra angustia de la soledad, cualquiera que sea la causa que la provoque, es como ninguno acreedor á la elegía: tanto es así que, cuando la antigua literatura griega pasa de su primer periodo, en que el Elegos ha sido el canto funerario, la composición destinada á lamentar la pérdida de los seres que se amaban, á la época de su mayor desenvolvimiento, Minnermo, poeta sentimental y dulce, que ansiaba el tiempo sólo para dedicarlo á gratos placeres, al sentir su corazón destrozado por desdenes de la bella flautista Nanno, tañe su cítara de la que se desprenden acentos dolorosos que forman la primera elegía engendrada por penas de amor perdido: á Minnermo siguen muchos poetas que lamentan sus dolores y aflicciones en hermosas elegías que imitaron los latinos, haciendo con ello su gloria Gallo, Propercio y Ovidio, composiciones que son trasunto fiel del alma de aquellos esclarecidos vates, ya lloren desvíos de la querida ó expongan deseos por ella, ya lamenten la ausencia de la familia, de los amores y de la patria en las negras orillas

del Ponto donde el destierro les creó su infierno. Género de transición entre la lírica y la épica, sirve perfectamente á los poetas que por igual vierten en sus composiciones el pensar y el sentir, razón porque en los tiempos modernos las hay tan admirables.

Desde el principio se advierte en todas las literaturas, y el género que tan brillante estela deja marcada en la historia, sigue desarrollándose admirablemente; elegíacos son los cantos de los mártires cristianos en las catacumbas, como también los ecos de los bardos en los bosques; acentos de elegía se hallan en la cítara de los trovadores del Mediodía y en las guzlas de los Minnesingeres del Norte; y más tarde, definidos los caracteres literarios de los pueblos, siempre la queja por la pérdida del sér que voló al seno de Dios, el sentimiento por la ilusión deshecha, se halló notablemente expresada, lo mismo en España por Jorge Manrique, Gallego y Espronceda, que en Francia por Milevaye, Lamartine y Chenier; lo mismo en Italia por Petrarca, Castaldi y Leopardi, que en Inglaterra por Young y Gray, que en Alemania por Opitz y Schiller; y al darse á conocer entre nosotros la riquísima literatura mejicana, no podía menos de hallarse en ella, para comienzo de estos pobres trabajos nuestros, un poeta pensador y melancólico, un hombre de saber y sentimiento, un elegíaco de primer orden como es el doctor Híjar y Haro.

Aunque sea grande el temor de equivocarnos,

porque son desgraciadamente muy limitados nuestros conocimientos, nos vemos en la precisión de afirmarlo, es, sin duda, uno de los mejores poetas elegíacos que en las literaturas modernas conocemos, sin que esto sea ignorar que por muchas otras composiciones es esencialmente lírico, y como tal, notable también. Sentada la teoría, y hecho notar que es común á todos los pueblos el género literario que con tanto éxito cultiva el poeta que estudiamos, urge antes que nada determinar su perfecta originalidad, hija de su particular carácter, cosa mucho más fácil en él que en los de la literatura clásica latina, pues éstos, en el afán de imitar á los que fueron sus maestros, se hicieron difusos, oscuros y pesadamente eruditos en buen número de casos. Híjar, como poeta, no ha llevado á sus obras nada que nos lo pueda hacer ver imitador de la escuela alemana, por más que en ellas se adviertan sueños vaporosos con más ó menos gratas visiones, por más que ascienda á nebulosas en las que su potente mirada vea formas que le encanten ó aterroricen no puede determinarse en ellas nada que recuerde las dulzuras de Opitz, ni los fantasmas de Hoffmann, ni los sueños de otro mundo con que Rucker y Bürger se han hecho nombre eterno, ni por ideal que sea nuestro poeta nos trae á la memoria idealidades de Brentano ó Tieck, ni menos entre las gasas de sus encantos, se vislumbra la punzante ironía de Heine, como algunos pudieran creer. Híjar,

en medio de la grata oscuridad en que sueña, no puede evitar el rayo de sol que tan potentemente alumbra las latitudes de la tierra bendita donde vió el día, ni puede evitar que en sus versos trasciendan los particulares aromas de aquellas flores hermosísimas, que con los colores de sus pétalos recrean las errantes miradas del desgraciado que, atento al horizonte donde el azul cielo se toca con el mar azul, espera ver algo que no llega. No hay en ellas nada que recuerde la mórbida forma clásica, y sin embargo, les sobran encantos que las hacen recordar; el poeta tiene los ojos empañados por el llanto, pero sus lágrimas las absorbe el corazón; no las deja correr eternamente como Manrique ó Young, no respira el eterno dolor de los trenos desgarradores del bíblico profeta, tiene más bien el melancólico acento del sublime salmo *Super flumina Babylonum*; con tales condiciones y una imaginación rica y poderosa, con un conocimiento perfecto del habla castellana, un profundo estudio del corazón humano, una grande esperanza y un sentimiento exquisito, el poeta es digno, desde todos puntos de vista, de ocupar en el cuadro general de la literatura el puesto distinguido que en la mejicana ha sabido conquistar.

En la lucha incesante que sostiene el corazón, lucha que cada día se hace más dura por los dolores que causa en el alma y que convencidos debemos estar, terminará sólo con la muerte, sin esperar siquiera el consuelo de

que un día, una hora, un momento brille para nosotros sin nubes el cielo de la dicha, el poeta sobre la arena que lame la ola, dejando vagar su vista por la movible superficie del grandioso espejo de los cielos, fiel imagen con su continua agitación del alma humana, prorrumpe en quejas sin que trascienda en ellas más que el lamento que de todos se escapa al vernos como nos vemos. Del hombre aquel que eternamente sonreía al verse dueño de la creación en el Paraíso, hasta el que por su falta fué lanzado al mundo, hay tanta diferencia como del cielo al infierno; era el primero todo calma y todo paz; fué luego y sigue siendo la eterna agitación y la borrasca, pues sin dejarlo descansar las pasiones, lo impelen violentamente en el mar sin orillas de la vida; Titán que lucha y se queja, el hombre actual en alguna de sus manifestaciones ha levantado su airada vista al cielo y lo ha maldecido muchas veces viéndose maldito, pero no es, por fortuna, de éstos, el hombre que nos ocupa. Atenido á la dura ley por que tal vez sin culpa fuimos condenados, atento al porvenir en la esperanza de que sea compensación de sus dolores en esta vida, se limita á suspirar contentiendo su potente sentimiento, que podría correr parejas con las borrascas del fiero mar ante el que lo vemos, en la composición que el cariño le llevó á dedicar á su distinguido amigo, D. Ramón Miravete.

Junto á la negra tempestad del alma
¡Qué son las tempestades de ese mar!

exclamó un distinguidísimo vate mexicano contemporáneo del poeta, y éste, sin perder de vista la gran verdad de tan oportuna exclamación, lamenta sus penas:

En el misterio de la noche bella
Que convida en su sombra á meditar,
Vengo á decirte adios, pálida estrella,
Ahora que duerme sosegado el mar.

Con acentos subjetivos que brotan de lo íntimo del sér, y discurriendo por la vida de los recuerdos traza un cuadro brillante y seductor, en el que bajo cada toque se ve un desengaño, una herida, una decepción, un deseo no satisfecho, pero todo cubierto con el manto de la dulce conformidad, tan propia de las almas fuertes; manifestando siempre ante los riesgos de la vida, la serenidad que es característica condición de las almas grandes, tras las consideraciones que expone en forma magistral, al ver cómo el cielo pierde la brillantez que le es tan propia y se torna negro como el alma del que ama sin sér correspondido; al ver cómo se encrespa la onda y en sus bordes parecen agitarse serpientes de pardos lomos, que quieren abrazarlo todo, que en sus esfuerzos se rompen y que de sus pedazos brotan más; al ver cómo en montes de espuma el agua salobre se estrella contra la arena que por la sacudida se deprime dejando ver por sus grietas hondo

abismo en cuyo fondo se hallan sepultadas generaciones y generaciones, y que más tarde, recordando Dios la promesa que hizo después que la paloma volvió con la rama de oliva, brilla el iris y se despejan los nublados y el mar se amansa, advirtiéndolo que sólo son eternas las borrascas en este pobre corazón que en nosotros late, exclama justamente:

Mas... todo torna á recobrar la calma,
Torna la blanda brisa á suspirar.
Junto á la negra tempestad del alma,
¡Qué son las tempestades de ese mar!

Una de las composiciones en que más se manifiesta el tierno sentir de Híjar y Haro, que más prueba la delicadeza de su corazón y más atestigua la sencillez de su alma, es la que titula *Recuerdos del Hogar*. En la forma libre que exige la ardiente inspiración, siendo cada verso un suspiro y un modelo de perfección cada estrofa, con una verdad en los símiles que encanta y una sencillez que seduce, el poeta en días azarosos castigado por tristes penas, cuando por caprichos de negra suerte se veía obligado á abandonarse á merced de los mares, recuerda tristemente las dichas del bendito hogar, y al leer tan sentida poesía, vemos con qué exactitud lamenta el bien perdido al notar cómo en la conmoción profunda que revela nos conmovemos todos. El recuerdo de aquellos primeros días que veíamos transcurrir tranquilos sin que un mal recuerdo viniera á

turbar nuestra mente, la memoria de pasados tiempos en que todas fueron venturas, arrancan al alma profundos y terribles ayes, pues es cierto, como ha dicho el gran poeta épico italiano, que no hay dolor mayor que el que causa recordar el tiempo feliz en la desgracia, pero tal vez porque luego la calma sea mayor y de mejor modo gocemos, es lo cierto que parece hay verdadera complacencia en martirizarnos, recordando lo que tanto nos hace sufrir, y esta verdad tan grande, la manifiesta el poeta en los irreprochables términos siguientes:

Pues lo queréis, amiga, y el recuerdo
es una flor que el corazón perfuma,
escuchad una historia, aunque se pierda
de las viajeras olas en la espuma.
Tal vez así con mis suspiros vaya,
mecida en los escollos de los mares,
feliz buscando la remota playa
donde canté con harpa entristecida,
eterno adiós á mis benditos lares.

Y luego en tiernos acentos recorre como isócrona escala los días de su vida y vemos cómo por la soledad que en cada uno aumenta, camina con pasos de gigante hacia el desierto:

Las flores se secaron en el huerto,
los árboles perdieron su verdura,
de las pintadas aves
enmudeció el concierto;
y entre las ondas de la fuente pura,
corriendo ví con lágrimas de sangre
gota á gota la hiel de la amargura.

Poética visión en cuyo fondo late el más grande de los dolores, ocurre al poeta cuando tiene el más grande de los justificativos, porque pobre de aquel que no sienta el alma rota al hallarse sin madre. Es tan intenso, puro y grande el amor que nos inspira el sér que nos llevó en su seno, con su sangre nos dió vida y nos animó con el calor de su alma, que todos nos resistimos á creer que ha de llegar un día en que nos hemos de encontrar sin él; pero como es la realidad desesperante y nada puede el infinito cariño nuestro contra la saña del tiempo y la impasibilidad de la muerte, al encontrarnos en el vacío que nos constituye la falta de su ternura, lo vemos todo triste y negro, no hallamos en nada encanto, ni percibimos sonrisas, ni alcanzan luz nuestros ojos, y estos íntimos sentimientos, que todos perfectamente comprendemos, los manifiestan sólo con aproximativa verdad privilegiados seres como Híjar y Haro, que ha sabido sorprender los ayes de la naturaleza cuando llora, para expresar en sus versos la tristura resignada del Job de la Biblia, que no exclama con tanta energía como él.

¡Qué horrible soledad la de este mundo
de inanimados seres!
¡Qué silencio tan hondo!
Al marcar el reloj cada segundo
se hunde un siglo de llanto y de placeres
allá en la eternidad, sin luz ni fondo.

Los lares bendecidos de todos inspiraron al

poeta notabilísima composición, una de las mejores que contiene *La Lira Mexicana*. Siendo puramente expresiones comunes á todos los seres, no se advierte en ella nada que nos recuerde otra cosa sino la poderosa fantasía y rica imaginación que en el vate lucha, aunque sin obtener ventajas, con su profundo saber.

Donde el verdadero carácter del poeta se ha manifestado, donde brillan las condiciones de su propia naturaleza, deja vagar su alma y se esparce su corazón; donde más se admiran sus sentimientos delicados y más puede comprobarse las tristezas que nos llevaron á calificarlo de elegíaco, es en la composición titulada *Misterios de la noche*, composición que, á nuestro modo de ver, es una de las mejores del poeta cuyo estudio hacemos. En todo tiempo la noche, á la que en la antigüedad llamó Ovidio *Nutrix maxima curarum*, y de la que en los tiempos modernos ha dicho Pelletan que pertenece al pensamiento, como el día á la acción, tuvo encantos indefinibles, causó sorpresas extremas, y en las primitivas teogonías supúsole por unos hijo del cielo y de la tierra, los poetas órficos dijeron que era el principio de que todo ha salido, y Homero afirmó que Júpiter mismo la respetaba. Los poetas, y en general los artistas, se ocuparon en ella: Virgilio, en un pasaje de su inmortal poema, la hace ver en un carro tirado por dos corceles; en otro cubriendo á la tierra con sus extensas alas: concepciones reproducidas

en obras artísticas posteriores, que han sido fuente de las obras maestras del arte pictórico de Rubens, Mignard y Lebrum, ora cubriendo la fuga de María de Médicis en el primero, ora representada con manto azul estrellado, grandes alas, corona de adormideras y dos niños en los brazos, uno blanco y otro negro, como representación de los sueños, en el segundo, ó bien en la notable actitud que Lebrum la concibió, sacudiendo un velo del que se escapan aves nocturnas, rodeada de espectros y fantasmas. Sobre el cenotafio del más grande de los Médicis, el colosal cincel de Miguel Angel esculpió la noche representándola en hermosísima mujer desnuda que pisa la máscara de la tragedia, en tanto que su reposo permite quietud al buho que se encuentra junto á ella. Artista gigante que sabía ingerir su pensamiento en las materias más duras, mereció que renombradísimo poeta le hiciera un soneto del que casi sin podernos contener copiamos una cuarteta:

La notte che tu vedi in si dolci atti
Dormire, fu da un Angelo scolpita
In questo sasso; é perche dorme, ha vita;
Destala se nol crei é parlaratti.

Era la noche, sí; porque dormía tenía vida, mas hay necesidad del sueño, en el que reposamos de las trabajosas luchas que sostenemos sin cesar, y aquel que en secreto dejaba quemar su corazón en la luz de los ojos de Victo-

ria Colonna, aquel que pudo apetecer el eterno reposo de la más larga de las noches para que se calmaran las angustias de su alma, recordó sólo el miserable estado en que se hallaba la patria y contestó:

Grato mi é il sonno, é piu l'esser di sasso,
Mentre che il danno é la vergogna dura;
Non veder, non sentir m'è gran ventura;
Pero non mi destar; deh! parie basso!

y quién sabe si al expresarse así lamentaba algo más que las desgracias de su patria.

El recuerdo que constantemente hacemos de esta composición del distinguido vate mejicano, nos lleva á divagar, tal vez en perjuicio de la paciencia de nuestros lectores; séanos perdonado en gracia á los mil recuerdos que en la mente de todos despertará, pensando en noches venturosas que han pasado ó que se esperan, noches que nos consuelan con su calma y sus misterios. Muchas veces nuestra alma inquieta se ha desahogado contemplando el pálido lucir de las estrellas, y muchas ilusiones nacieron en la sombra, cuando todavía la tímida luna, filtrando sus rayos por entre las hojas de los árboles, dibujaba en el suelo caprichosos fantasmas: cierto que engendra la noche espectros y dolores en la hora en que, como el poeta de Sulmona, decía:

Jamque quiescebant hominumque canumque,
Lunaque nocturnos alta regebat equos,

pero bendita sea aquella en que mirábamos al

cielo con el corazón regocijado, y veíamos ángeles de flotantes gasas en el espacio, mujeres hermosísimas á nuestro lado, y cada sople de aire nos traía un beso, y cada ruido de la naturaleza era un halago. ¿Por qué culpar á la noche? Viene el día, lo aclara todo, y de nuevo volvemos á vernos solos, tristes y en perpetuas congojas.

Más de una vez nos hemos preguntado cuál era la causa de los mágicos efectos que produce la noche, sin haber hallado satisfactoria respuesta, é investigando, encontramos al fin en Diderot una explicación que puede aclarar bastante y que por los términos que más méritos le dan, copiamos íntegra: «No es por el color, ni por los astros que brillan en la noche, por lo que nos admira el firmamento. Si colocados en el fondo de un pozo no vierais más que una pequeña parte, seríais de mi opinión; una mujer que fuera á una tienda de sedas y el dueño le ofreciera una vara ó dos de firmamento, quiero decir, de una tela del más bello azul, con brillantes estrellas, no lo tomaría para hacerse un vestido. ¿De qué nace, pues, el transporte que nos causa una noche estrellada y serena? Es, si mucho no me engaño, del espacio inmenso que nos rodea, del silencio profundo que reina en este espacio, y otras ideas accesorias, referentes unas á la astronomía y las otras á la religión; al decir astronomía, quiero referirme á la popular, que se limita á saber que estos pun-

tos brillantes son masas prodigiosas, relegadas á enormes distancias, donde son el centro de una infinidad de mundos, suspendidos sobre nuestras cabezas, y donde el globo que habitamos se distinguirá apenas. ¡Cuál no ha de ser nuestro estremecimiento cuando imaginemos un creador de toda esta enorme máquina, llenándola, viéndonos, entendiéndonos, rodeándonos y tocándonos! Hé aquí, si mucho no me engaño, las fuentes principales de nuestra sensación á la vista del firmamento; es un efecto, mitad físico, mitad religioso.»

Efecto mitad físico, mitad religioso, es cierto, eleva nuestra alma á la contemplación de la belleza absoluta en Dios, nos deja pensar en los mágicos encantos de la creación y al través de las sombras percibimos la inmensidad de la naturaleza que nos hace exclamar con Goethe:

¡Stünd ich Natur! ; vor dir ein Mann allein!
Da war's der Muhe werth ein Mensch zu seyn,

y entonces, cuando todo yace en la quietud y en el reposo, cuando la vida parece extinguida, cuando parecemos solos en medio del universo, cual si cabalgaran en alados corceles, llegan á nosotros recuerdos de un tiempo que pasó, memorias de placeres y dolores, de goces y aflicciones, ilusiones y desengaños, con lo que nos entretenemos en formar mundos caprichosos y situaciones que, según el estado de nuestra alma, cambian de color como la luz al descomponerse en el prisma; el pensamiento se revuel-

ve en el espacio de que goza, y cuando en tal estado se dispone de una imaginación como la de Híjar y Haro, el resultado es admirable, como admirable es la composición de que hablamos.

En octavas magistralmente hechas, con pensamientos bellísimos al par que verdaderos, el poeta se lanza en el pasado de su vida cuando,

Todo muerto parece y todo vive,
Todo es al alma misterioso y vago;
Cuando suspira el céfiro en el lago
Parece que suspira un corazón.
¿Qué es el rumor que del desierto llega
En fugitivas ondas á mi oído?
¿Es el oscuro genio del olvido
Que borra de una tumba la inscripción?

Sigue sus tiernos recuerdos de perdida ventura, se cree feliz en la ficción que se forja, aumenta su dicha en la ilusión fascinadora que le persiguió un día, y por la reacción que es tan común en la vida, lamenta la calma que perdió, el engaño que ha sufrido, llegando á la magnífica exclamación:

¡Maldita la mujer que miente amores
Del hombre profanando el embelesol
¡Maldita la mujer que deja impreso
En el labio un dolor con un placer!

Imponiéndose luego la violencia tan propia del que ama, se rehace del despecho causado por un recuerdo, prorumpe en quejas, y al sér que le causó tanto martirio debe verlo en dulce

penumbra, como si se hallara en un punto equidistante de dos estrellas, cuando dice:

Era su voz más suave y melodiosa
Que del Zenzontle el matinal arrullo,
Más dulce que del árbol el murmullo,
Que daba sombra á mi paterno hogar.
Era su acento el eco de un suspiro
Que allá en la noche cariñoso suena;
Era el canto fugaz de la sirena
Que cruza solitaria por el mar.
Era un lucero, un ángel vaporoso,
El trasunto ideal del universo;
Era de mi arpa de dolor el verso
En que se alzaba mi plegaria á Dios.

Tras esta notable concepción de la encantadora mujer que por vez primera lo llevó al mundo de las sensaciones, encontrándose en un presente árido y triste, avanza con tardo paso viendo los campos yermos, sin flores las matas, los árboles sin frutos, erizado de espigas el camino; ve sus piés brotando sangre, siente la nieve en su cabeza y experimenta indecible turbación al escuchar el bramido del huracán y el retumbar del trueno que le hacen recordar las

Noches felices que al pasar dejaron
Sin vida el corazón junto á su edén.

Volvemos á repetirlo, subjetivo como ninguno, hay en las composiciones de Híjar el sabor de la originalidad, y en ésta se le ve pensador y hombre de sentimiento; sus ideas, que brotan

sin esfuerzo, aparecen impregnadas de esa melancólica tristeza que se experimenta al caer la tarde; rico en imágenes, no decae jamás, y correcto en su forma, maneja el habla con la seguridad del que la cultivó en prolongado y constante estudio.

Al mismo género que la anterior pertenece la titulada *Suspiros del Arpa*, composición hecha con igual maestría, cuyo fondo podemos expresar diciendo que es la adoración mística de un alma, traducida en el misterioso lenguaje que sin palabras, por medio de expresión, entendemos todos; comprobación de lo que en un principio hemos dicho, es una hermosa elegía en la que el poeta, entre mil imágenes bellas, mil conceptos delicados, hace profesión de fe, y por ella podemos compararlo con cualquiera de aquellos Minnesingers que florecieron en el siglo XIII, espíritus caballerosos que de un país al otro seguían á su dama con el arpa al brazo y que al salir el sol, ó cuando más alto en el zénit se hallaba, ó al caer la tarde, hacíanla vibrar en su honor y las aves canoras del bosque le hacían coro. No queremos decir con esto que, romántico con exceso, se aleje del credo de la sociedad moderna, ó sean tan abstractos sus ideales que nada se vislumbre en ellos, como sucede en los enrevesados párrafos de algún krausista furibundo, afirmamos sólo que sus composiciones son expresión del alma universal que flota en la esencia y de la que nos sentimos parte antes que ninguna

otra idea, extraña á la pureza, bastardee nuestros sentimientos. El cuadro en ella presentado es conmovedor y tierno; el poeta cierra los ojos al pasado duelo, y aunque, como filtra el agua al través de las más compactas sustancias, el pesar se advierte acá y acullá en distintos versos, se cree en otra atmósfera que le permite realizar determinaciones de su voluntad, pues como dice hablando de su corazón,

Cuantos himnos en él han resonado
Los arranqué al olvido por tu amor.

El amor, siempre esta pasión que, según Saint Prosper, es tan difícil definir como la felicidad, sin duda porque se confunde con ella, hé aquí lo que bajo todo late, hé aquí lo que á la poesía sirve de fundamento, pues cualquiera que sea su forma y por velado que aparezca, es indudable, en cuanto se estudia se ve algo del sentimiento por que apareció el mundo, por el que fué redimido, y que es causa de que todos los seres vivan. Híjar y Haro, entendiéndolo perfectamente, ha ascendido hasta él, que equivale á prescindir de la tierra y sus miserias, gracias á lo que, los sueños se hacen realidades y las realidades encantadas; sueños queridos deben serle aquellos que confiesa al decir:

¡Cuántas veces dormido entre las rocas,
En donde cuelga el águila su nido,
Al borde del abismo suspendido
Soñando en tus encantos desperté!

¡Cuántas también perdido en las montañas
Entre arboleda de silvestre aroma,
Al canto gemidor de la paloma
Durmiendo entre las zarzas te soñé!

Procurando deshacerse de importuno recuerdo que proyecta negra sombra, embriagado en inefable dulzura, hace recordar una de las grandes escenas del *Romeo y Julieta* de Shakspeare, exclamando:

¿Qué importa que la noche se eternice,
Ni que en tus brazos me sorprenda el día...

mas, no le lleva á tal expresión el material deseo: de la mujer que se ama se hace un ídolo, y esto será tal vez causa de que en la sucesión del tiempo nos abrume el negro pesar; á las ilusiones de un antropomorfismo tiene que suceder la grandeza de una religión verdadera; ridículo será que nosotros por nuestro gusto queramos para nuestra vida ser el histórico Juliano. Sin anticiparnos, volviendo á lo que podemos llamar paganismo de la existencia, al ídolo querido quemamos perfumes, y sin castigos que nos amenacen, con sin igual esmero cuidamos de que no se extinga el fuego sagrado que brilla en el ara; cuando esto sucede se pide como el poeta:

Deja que amante por tus bellos ojos
Te infunda ardiente mi insaciable anhelo:
estimando tal vez que fué lejos, como arrepentido exclama:

Si en tus labios el néctar apurara,
El cristal del pudor empañaría,
Y el cáliz virginal se rompería
Al soplo de mi aliento abrasador.
¡Entonces, ¡ay! ¡entonces!... ¡qué amargura
Al mirarte ultrajada por mí mismo!
¡Cuán hondo fuera para mí el abismo
De tan culpable y maldecido error!
Ni lo quiero pensar. La nueva aurora
Ilumina risueña mi esperanza,
Y cuanto avaro el corazón alcanza
Es de ilusiones dilatado mar.
Cuando canta la tórtola apacible
De la enramada bajo el toldo espeso,
Su blando arrullo me parece un beso
Que me manda tu pecho al suspirar.

Esta breve muestra puede muy bien por sí sola formar una poesía y ocupar puesto muy preferente en el libro de cualquier poeta á quien guste salir á composición por pensamiento.

Sin que se dé la menor solución de continuidad en las admirables sensaciones que el poeta sabe despertar con su ternura y delicadeza, termina la magistral composición dejando brotar de su alma el sentimiento que sólo por intervalos le abandona.

Si es la verdad mentira, infierno el cielo;
Si es la dicha una forma del delirio,
Acepto la ventura del delirio;
Y en vez de maldecir quiero cantar.
Si eres sombra, mi bien; si eres un sueño
Que caprichosa me forjó la suerte,
Hasta bajar al seno de la muerte
En tu seno de amor quiero soñar.

Lírico en la buena acepción de este calificativo se manifiesta el distinguido poeta en sus composiciones *El ave sola*, *Al son del río* y *A un lucero*; la primera es una sentida comparación entre el ave errante y el hombre errante también; la segunda, hija de su impresión al hallarse en la ciudad cuyos cimientos ciñe el Tajo con la hermosa faja de plata que forma su corriente, es una concepción bellísima, engendrada por la placidez del alma, que con los ojos sigue las aguas, impregnada de los encantos del bosque y de los melodiosos cantos de las aves; en la tercera hay algo de la impresión báquica, con la que, como en rápido cosmorama, pasan atropellándose en sus torbellinos los cuadros que la imaginación forja.

En *Descansa en paz* suenan de nuevo los conmovedores acentos de la elegía, y ésta es de las que más tocan al alma, pues en ella el poeta confiesa que

..... herido el corazón, partido en trizas,
Aprendí en mi delirio
Que el soplo de la vida no se vuelve
A un montón de cenizas.
¡Mi padre ya no existe;
Es la única verdad... verdad muy triste!

El lamentar de las pérdidas irreparables es de los que más daño causan, pues tendrá que ser eterno, y tras la primera queja siguen sin interrupción las que constituyen todas nuestras palabras, pues uno á uno los recuerdos

que despierten en nosotros los pensamientos, las condiciones, las cualidades del ser á quien se llora, son gotas de sangre que brotan de nuestro corazón.

Admirador de lo bello donde quiera que lo encuentre, soñador como el que vive en los armónicos ideales que concibe el que goza de la vida del sentimiento, el poeta, en muchas ocasiones, contemplando los humeantes penachos que los cráteres en ignición forman á las elevadísimas montañas de su tierra natal, habrá visto en el espacio caprichosas formas que dibujó el deseo, fantasmas en que se reflejarían cuadros reales de otros días, y llevado á su antojo en el tiempo, le habrán hecho recorrer enormes distancias, habrá atravesado épocas y épocas, y quién sabe si en ocasiones bajaría á los sombríos claustros de la catedral gótica, después de asustarse en la diabólica fiesta que viera celebrar en la más alta de las cuencas del Harz, quién sabe si sorprendió la veloz carrera de una sombra que furtivamente quiere penetrar donde en vida no le fué permitido; pero es lo cierto que en sus divagaciones propias de los hijos del Norte, iría á la literatura de estos pueblos para encontrar pasto á las necesidades que pudieran crearle distintas situaciones de ánimo. Y ninguna idea más acertada; en pocas como en ellas los espectros, los trasgos, los gnomos, aparecidos y fantasmas, dieron más motivos para obrar ni hicieron surgir más baladas.

Prescindiendo del origen de esta palabra, la aplicación que tuvo en un principio y las rimas distintas que en la sucesión del tiempo ha tenido, en nuestros días se llama balada á la composición tierna y dulce que, sin determinada metrificación, sea por su fondo expresión de sentimientos que se manifiesten en la esfera de la fantasía: fácil es comprender que este género de producciones había de darse, más que en ninguna parte, allí donde todos son sueños y puras abstracciones. Desde las baladas que en el siglo xiii producen en Alemania, Walther von der Vogelwaide y Ulrich de Lichtenstein, hasta las que en el mismo país han producido, en nuestros días, Schiller, Goethe, Sinrok y Bürger, y desde el Boewulf y la batalla de Finnesburg, que aparecen en los comienzos de la literatura inglesa, hasta Byron, en ninguna de estas naciones faltan, en la forma poética que llamamos balada, el cuento y la conseja, la aparición de los muertos y la transformación de los vivos. Entre los autores de baladas pocos habrá que en ningún idioma hayan alcanzado la justísima reputación que Bürger tiene en todo el mundo literario; su espíritu intranquilo le llevaba frecuentemente á las más extrañas fantasías; su alma ardiente le llevaba á la expresión de las pasiones violentas, condiciones ambas que, unidas al estudio especial de la armonía imitativa, de tanto efecto en la lengua alemana, han hecho que sus composiciones adquieran el carácter de verda-

dero modelo. De buen grado nos detendríamos á considerar los raros méritos de tan ilustre poeta; mas temiendo molestar con nuestras divagaciones, nos limitaremos á la que más nombre le ha dado, á la que le ha dado más á conocer, su balada *Leonora*. Una hermosa joven de este nombre ha visto marchar á su amante para la guerra; lo espera inquieta y ansiosa; todos regresan menos él, y la duda de que haya muerto le causa dolor extremo, en el que rehusa los consuelos de su madre, blasfema de Dios y llama á la muerte. En las altas horas de la noche llaman á su puerta, abre y encuentra al hombre adorado, caballero en negro corcel, fuertemente armado, que la invita á montar á la grupa. Salta la joven y el caballo parte rápido como una exhalación: pasado el primer momento de loca alegría, domina á la joven extraña angustia; lo fantástico de la escena acrece; en su rápido correr encuentra un fúnebre cortejo, al que con sarcasmo increpa el guerrero, sin detener su marcha corren todos, y más tarde se les unen también mil espíritus nocturnos que danzaban alrededor de un árbol; el espanto se apodera de la hermosa; llegan al fin á la puerta de un cementerio, que se abre ante ellos, penetran, y caballo y caballero, convertidos en esqueletos, caen en la fosa, á la que arrastran á Leonor, cerrándose la tierra sobre ellos.

La exposición sumaria de este argumento, no puede, en modo alguno, dar idea de lo que

es en sí la balada del poeta germánico; balada intraducible, pues ningún idioma puede dar con sus sonidos equivalentes ni aproximativos de los que en alemán resultan, y que, como hemos dicho, el poeta estudió tan perfectamente. Las oportunas repeticiones de versos, en que se emiten ideas de terror, sirven de extraño modo a sostenerlo, destruyendo la uniformidad de lo inmutable, que a una composición de esta naturaleza haría monótona y pesada. Bürger ha debido ver palpablemente, en su imaginación, el sombrío cuadro que presenta, y parece que hiere cuando de intervalo en intervalo repite la lúgubre estancia:

Graut Liebchen auch?... ¡der Mond scheint hell!
Hurrach! Die Todten reiten schnell!
Graut Liebchen auch vor Todten?
—Ach nein!... Doch lass die Todten.

El vate mejicano, sorprendido por las bellezas de esta composición, no diremos que intentó traducirla, pero ha hecho tan buena imitación, que pocas habrá como ella, obteniendo al propio tiempo una balada castellana de incontestable mérito. Cambió el nombre de la hermosa, sin duda porque Laura servía mejor que Leonor a queridísimos recuerdos suyos; pero en lo demás siguió en un todo al original, excepción hecha de las divisiones con títulos que ha introducido: no nos parece que la idea que el autor alemán expresó en

O Mutter, Mutter! hin ist hin!
Verloren is verloren!

haya perdido nada al hacerlo Híjar en los siguientes términos:

Madre, y el mundo sigue su carrera
Y todo en mi redor vive y se agita;
La vida universal es una sombra,
Sombra de luto y de pesar... ¡maldita!

.....
.....

Perezca yo con mi dolor eterno,
Que en el polvo mortal aniquilada,
No sentiré en el limbo de la nada,
Que sin él la existencia es un infierno.

La llegada del fantasma está valientemente expresada:

Llega, por fin, al atrio del castillo,
Y lanzando el bridón con gallardía
Salva de un salto el puente y el rastrillo,
Y llamando á la puerta
Grita con grave acento:
¡¡Aquí Roberto está; Laura, despierta!!

Lo mismo acontece con la escena entre ambos y la vertiginosa carrera emprendida, así como también con la célebre repetición:

Di Todten reiten schnell!
Graut Liebchen auch vor Todten?
—Ach nein!... Doch lass die Todten.

de la que el poeta mejicano usa también vertiéndola en los siguientes versos:

—Todo me espanta, porque todo yace
En la profunda calma de la muerte.

—Si te espanta la muerte, si el quietismo
De los que duermen en la tumba yertos...
—Deja en paz á los muertos, alma mía,
Deja en paz á los muertos.

En toda esta feliz imitación de uno de los más difíciles poetas que han florecido en la rica literatura alemana de nuestros tiempos, hay ese necesario claro-oscuro de las composiciones de este género, están sostenidos los caracteres de admirable modo, llevada la acción con singular maestría y esmerada la forma, como el poeta que nos ocupa acostumbra.

Tal vez lo escaso de nuestros conocimientos sea causa de que no hayamos podido dar clara idea de los méritos del distinguido poeta cuyo estudio hemos hecho; es cierto que no hemos hallado palabras para la propia expresión de los sentimientos que en nosotros han despertado sus hermosos versos, sus bellas imágenes y profundos pensamientos, y á pesar de todo, sentimos la conciencia tranquila; porque habiendo hecho lo que en nuestras fuerzas cabe, hemos satisfecho una legítima aspiración del alma, rindiendo un tributo de admiración al que, apreciado con justicia en su patria, es digno de ser admirado allí donde quiera que el pensamiento tenga el valor que por su origen merece.

Lástima grande es que hasta ahora el poeta no se haya decidido á publicar en un volumen la preciada colección de sus valiosísimas poesías; las tareas á que diariamente tiene que

atender y la modestia con que procura velar sus actos, se lo han impedido ciertamente, mas al fin las veremos, y el público podrá convencerse de que ninguno de nuestros elogios es exagerado: en su patria podrán convencerse de que sus méritos son reales y grandes, y sus hijos, al par que lo eternamente honrado del nombre que les lega, tendrán en el libro que tanto deseamos, preclaro blasón de más noble grandeza de la que uno crea para encumbrar á otro.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE



Guillermo Prieto

DEBILIDADES de nuestra memoria, nos impiden recordar ahora dónde leímos la desventura de un artista que, cediendo á inspiraciones de su exaltada fantasía, se propuso modelar en blanco yeso la imagen de una mujer atormentada por los celos: uno tras otro ensayó modelos, y alineados sobre una mesa contemplábalos con intensa pena, pues ninguno de ellos lograba que fuera ni aproximado trasunto de la idea que bullía en su cerebro; de este modo, siempre estudiando, cansábase en vano y desesperábase de continuo, sin lograr conseguir que alguno hallara en las imágenes que esculpía lo que alguna vez creyó expresado con sin igual verdad. El despecho puso fin á la atormentada existencia del artista, que aún en sus últimos momentos, sin-

tiendo en el fondo de su alma la verdad artística, quería realizarla; vanos fueron sus esfuerzos, y murió, como morirán sin conseguir su objeto los que se esfuerzan en hacer comprensibles las particulares vibraciones de su alma: esta mariposa intangible é imperecedera que nos anima, mueve sus alas, sacudiendo dorado polvo, se agita ansiosa alrededor de la luz, ó plácida y tranquila se balancea posada sobre aliva rosa ó sobre blanca flor de oloroso azahar; pero los misteriosos ruidos que produce, los acentos que emite ya en esta ó en la otra situación, son tenues, tan tenues, que apenas se perciben, y si se notan son en absoluto intraductibles. La palabra humana expresando el pensamiento en fluída y elegante prosa ó en sonoros y armoniosos versos, los sonidos recogidos en los instrumentos y vertidos luego en torrentes de mágica armonía, la luz que revela el color dándole riquísimos tonos varios, que se multiplican hasta el infinito, no pueden en modo alguno ser bastantes para llegar á expresar lo sentido, por más que el arte moderno haya dado de todo aproximada representación. Queja es ésta á que de continuo nos lleva nuestra insuficiencia; aun esforzándonos nos ha sido imposible conseguir, al menos hasta ahora, que la expresión de nuestro sentimiento al ocuparnos en los vates que honran la hermosa tierra de Nueva España, sea fiel y exacta tal como la experimentamos en el alma; ansiaríamos poder esculpir cuanto soñamos, poder

grabar cuanto pensamos, pues leyendo las hermosas composiciones de ellos nos vemos como el poeta de las meditaciones:

*.....dans ces istans où l'âme fugitive
S'élançe et veut briser le sein qui la captive.*

Al tratar de cada uno de ellos hemos hecho cuanto nos ha sido dable para aquilatar sus méritos, pero nunca la frase respondió á la idea, y esto hemos de tocarlo más hoy, al estudiar á un poeta de carácter tan especial como Guillermo Prieto, personificación absoluta del genio popular mexicano, en lo que de rigurosa tenga ó pueda tener esta calificación.

Hasta hoy en Florez como en Peza, en Riva Palacio como en Híjar, hemos visto siempre poetas para que teníamos término de comparación, en la historia general de las literaturas, que es seguro medio para llegar al conocimiento; siempre tuvimos expresiones hechas, pues para los sentimientos comunes hay en el hombre medios de expresión desde su más tierna infancia. El amor que nos conmueve profundamente, cantado con la valentía que Flores sabe hacerlo, nos hace comprender la excitación de un alma hermana de la nuestra, que se abrasa en el mismo fuego; los pesares llorados por Híjar nos sume en hondo abatimiento, en el que nos damos cuenta de los eternos sufrimientos á que al hombre parece condenado, y las ternuras infinitas de Riva Palacio ó de Peza, nos crean mundos en los

que gozamos, pues soñados ya, faltábanos sólo la revelación que el poeta con su sin igual talento nos hace. Cuanto en el universo entero vive ó se agita, puede ser perfectamente comprendido por el hombre en tanto que se manifieste en sentimientos de los que á todos nos animan; pero cuando se revelan puras abstracciones, cuando se manifiesta una especial idiosincrasia, es menester primero identificarse con ella, analizarla detenidamente hasta llegar á su perfecta comprensión, pues de otra manera es imposible sentirla.

Esto puede comprobarse en todas las esferas del arte, pero más exacta comprobación tiene con la poesía popular. En tanto que el poeta canta sus amores, llora los desdenes que sufre ó lamenta sus celos, lo entienden ó lo aprecian todos, pues pocos serán los que en la vida no hayan cantado los tiernos encantos de la pasión, que todo lo embellece, ó los desvíos que nos martirizan, ó los tormentos terribles de la duda en aquello que con más fe se quiere; pero cuando de estas generales manifestaciones del sentimiento se pasa á lo que es exclusivamente propio y peculiar, cuando confundido con una clase social se la estudia y se la analiza para cantar luego su particular manera de ser, entonces en las composiciones poéticas que se someten al análisis, hay que estudiar necesariamente dos cosas, que debiendo ser correlativas, se hacen muy diferentes: el fondo y la forma, encontrándose las dificultades sólo

en lo primero, por no corresponder á ninguno de los conceptos que previamente se tienen formados.

Es bien claro, por lo que decimos, que en primer lugar, al ocuparnos en Guillermo Prieto, lo vamos á hacer como poeta popular, reservándonos, hacerlo después, como lírico y como satírico, caracteres que le hacen merecer también un señalado lugar en la historia de la literatura mexicana. Mas antes de pasar adelante, es necesario que procuremos decir qué se entiende por literatura popular. Para llegar á la determinación de este concepto hay que establecer una esencialísima diferencia entre lo que en la historia de la literatura se llama poesía popular y lo que cada pueblo aisladamente determina con igual calificativo: lo primero está sujeto á principios fijos, derivados de condiciones especiales que concurren siempre; lo segundo es accidental, se modifica, se altera y varía; en un caso responde á la idea de nación, en otro define perfectamente el pueblo; la literatura popular de la historia es un espejo que lo refleja todo, es una fuente de conocimientos para la historia misma, la literatura del pueblo es un lente al través del que podemos mirar detalles que nos entusiasman más ó menos, según nuestra mayor ó menor disposición para encariñarnos con ellos; la primera es ya culta, la segunda será siempre espontánea.

En un principio, antes de que se iniciaran

las hazañas y proezas guerreras, que más que nada se graban en la mente, y que han dado lugar al apareamiento de la poesía heroica, el ser sensible levantó la voz para manifestar alegrías ó lamentar dolores, expresó sus sensaciones en vista de lo desconocido que se explicaba por fuerzas sobrenaturales, por recónditas causas que no pudiendo determinar le llevaban al terror, que sin que pueda dudarse es una de las causas que más predisponen á la devoción; cantó los sencillos ideales y vió á la naturaleza, no sólo desde distintos puntos de vista, sino que también con ánimo diferente, según el clima, la raza y las condiciones de vida. Estos cantos que de siglo en siglo se vienen repitiendo, estos cantos que como míticas tradiciones nos trae el tiempo en sus alas, nos dan clara idea de los primitivos usos, costumbres y aspiraciones de cada pueblo, razón por que técnicamente han sido llamados populares. No pocas veces en una literatura florecen simultáneamente dos géneros literarios revelando aspiraciones distintas; al par que la parte de sociedad completamente hecha canta sus proezas y celebra sus aventuras, hay otra parte que sin perder en nada la sencillez primitiva, sigue en las dulzuras de una literatura completamente suya, en la que se retrata y con la que goza. Al mismo tiempo que las clases guerreras de la India daban alimento á su entusiasmo con las eslocas del Ramayana y del Mahabarata, el pueblo, que ni aún llegaba á comprenderlos,

tenía tradicionales cantos que forman hoy la base de la poesía brahamínica: antes que Homero, Grecia tuvo muchos elementos de que dispuso el ciego de Kios para forjar su gloria, y antes que los Nibelungos y los demás poemas que forman el ciclo épico germano, la literatura alemana contaba con las dulces composiciones que sirvieron á Archin d'Arnin y Brentano, para formar la admirable colección titulada *Des Knaben Wunderhorn*, porque siempre y en todas las clases sociales hay latente algo bello que merece ser estudiado. Existe una literatura que casi en su totalidad está formada por cantos populares, cual es la del pueblo hebreo: es sumamente curioso hojear el libro sagrado, fondo de las inspiraciones, creencias y esperanzas de aquel pueblo, que sin ser de nuestra raza nos ha impreso carácter, que inspirado siempre en el ideal religioso nos ha transmitido é inculcado lo mismo sus creencias que sus supersticiones, pueblo que como ninguno en la antigüedad ha sostenido la unidad de Dios sin entrar en explicaciones metafísicas como el de la India ó como el griego, y que apreciado siempre desde el punto de vista religioso, que es su sentimiento dominante, recorre como campo de su gloria desde el Sinaí á Jerusalem, desde Jerusalem á la Meca, y este pueblo, en el que tan grande es el proselitismo, este pueblo que pasó cuarenta años en el desierto, canta en masa, tiene sus ideales, y revela sus aspiraciones, y se hace

eco de la revelación que escucha del *Nabi*, pues de la misma manera que un *Avatar* responde á cada una de las grandes revoluciones que se operan en el mundo ario, el mundo semita ve para cada gran acontecimiento un profeta, que en poética forma le expone lo que habrá de suceder, en lenguaje propio para que lo entienda. Y este pueblo, al que siempre consideramos rodeado de una aureola especial, nos ha hecho recordar muchas veces al patriarcal pueblo azteca, que tuvo también su Jerusalem perdida, con la primitiva sencillez de costumbres, engendradora de idilios con las melodías de sus cantos, que han debido existir, con sus ritmos especiales y con sus ideales, elementos que formarían, digámoslo así, el primer elemento de una historia general de la literatura mejicana. Perdidos hoy, ó al menos ignorados de nosotros, los alientos de aquella primera musa, fuerza es que del pueblo mejicano actual tengamos algo para hacer la historia de su movimiento literario, y ciertamente lo tenemos en las composiciones del vate que nos ocupa, que lo ha estudiado, se ha identificado con él y nos lo hace conocer perfectamente. Hijo de una generación próxima ya á la tumba, Prieto ha vivido los azarosos días de la emigración y del destierro, víctima de los rencores políticos y de los violentos cambios de partido que se han dado en su patria; y cuando triste y solo, abandonado y enfermo y sin familia ha recorrido aquellas vas-

tas y accidentadas regiones, ha procurado alivio á su apenado espíritu con el estudio del tipo popular mexicano, que, por lo que vemos en sus composiciones, tiene gran semejanza con el de nuestros queridos andaluces. Frase hiperbólica, acento donde sin cesar vibra la pasión, celos que en fuerza del amor sentido se encienden por nada, promesas de un cielo cuando apenas se tiene suelo, en fin, todo lo que es exaltación y ternura y esperanza, expresado en un lenguaje que no es escogido, pero que es propio, en una forma que no será pura, pero que es adecuada. Esto es lo que vemos desde luego como resultado de una innegable afición del vate que hoy nos atrevemos á juzgar, uno de los primeros que inauguran lo que podemos llamar periodo literario independiente. Con versos fluídos, elegantes y armoniosos, con una soltura en el romance que encanta y una gran perfección en el ritmo, presenta cuadros de gracia inimitable, salpicados de chistes del mejor gusto y ocurrencias que prueban una singular vivacidad de ingenio; pero todos ellos podemos decir que son de allí, responden á los sentimientos de aquellos individuos, por lo que no pocas veces resultan extraños y otras incomprensibles para nosotros.

El pueblo, al apoderarse de un idioma, procura con singular empeño adaptarlo á sus gustos, hacerlo servir á su manera de ser, y sin ley ninguna, obrando á su capricho, inventa

palabras, altera la significación de las creadas, hace traslaciones de sentido que entre ellos son inteligibles por convención, pero que á los distantes que no estamos al corriente de todo esto, parecen imperfecciones censurables, las cuales han de entrar por mucho en composiciones donde se reflejan usos y costumbres de la clase á que se refieren, y que por lo mismo son á nuestro modo de ver uno de sus principales méritos. En esta clase de composiciones no conocemos ningún poeta mexicano que pueda aventajar á Guillermo Prieto; es el poeta del pueblo, por excelencia, y nadie como él ha sabido hacer sensible el sentimiento de la *china* ni la audacia del *lepero*, ni trazar con igual vivacidad cuadros notables por la perfecta realidad que en ellos se advierte.

El poeta popular, el poeta del pueblo, este es justamente su título, que por cierto excluye una idea errónea, generalmente admitida y celebrada: constantemente se oye decir que es poeta este ó aquel pueblo, porque nunca han faltado genios elevados que poetizan los sentimientos populares; el que entre las masas descuelle un poeta, no es razón para que este calificativo se haga extensivo á todas ellas; sería lo mismo que afirmar poeta la aristocracia porque el duque de Rivas, hijo de las musas, pudo disputar la corona que alguna ciñe. Esta rectificación nos ha venido más de una vez á la mente y podemos decir que fué sugerida á nuestra alma en momentos en que no parecían

propicios para ello. Nacido en el pueblo de los cantares, en aquella tierra en que la noche y el día disputan porfiadamente nuestras afecciones, nos embelesábamos al escuchar en cuatro versos de un cantar el pensamiento bastante para llenar un poema ó para hacer un drama, la idea grande que arrebató, el dolor que martiriza, la pasión que abrasa. Hay *coplas*, como dicen, que se quedaron impresas en nuestra mente desde entonces, y al hablar de la concisión de pensamiento que caracteriza el genio, hemos recordado más de una vez la que dice:

De llorar me quedé ciego
Cuando supe que era muerta.
¿Para qué quiero los ojos
Si no he de volver á verla?

Otras veces, escuchando las largas estrofas con que colegial poeta ensalza los ojos de su primer amor, ó endechas que poeta acreditado dedicaba al mismo objeto, sostuvimos que no valían tanto como el sencillo cantar

Tres soles hay que en la vida
Puede ver con calma yo:
El uno es el sol del mundo,
Tus ojos los otros dos

y de estilo semejante nada para ponderar querer como la seguidilla

Fragua, yunque y martillos
rompen metales,
el juramento que yo á tí te echao
no lo rompe nadie.

ni para expresar desengaño nada tan adecuado como aquella

No siento en el mundo más
Que tengas tan mal sonío
Siendo de tan buen metal.

Estos poemas de brevísima extensión, ¿los escribió el pueblo? No por cierto: los escribió un poeta tal vez de grandísima cultura que sentía así, como siente el pueblo; los escribió tal vez quien con numen y sin cultura se hubiera hecho inmortal, sin las desigualdades de este mundo, pero puede afirmarse que ninguno de estos cantares son improvisaciones nacidas al calor de altos hornos de fundición, ni al batir el hierro al rojo, ni entre el monótono crujir de las herramientas que sirven en el mismo día, lo mismo para preparar una cuna que un ataúd.

Podría parecer que dedicado á este género de composiciones no había de realizar manifestaciones en otros géneros; podría creerse que el estudio de lo meramente natural excluía el de cuestiones que implican más atención, ó que el descuido con que este género se cultiva no había de permitir al artista poder llegar al análisis de cuestiones en las que la delicadeza es el todo; mas no sucede así, ó al menos no lo advertimos en el poeta que estudiamos. Antes de analizar otras composiciones, cualquiera de las que, aisladamente y por sí sola puede servir para conquistarle valioso título de poeta,

es justo hacer notar que, si bien la inspiración de Prieto nos eleva á grandes consideraciones y nos revela facultades nada comunes, tal vez esto ha sido no pequeña causa de que en ocasiones haya cuidado poco la forma y se adviertan en sus obras incorrecciones que pueden representar algo para los rigurosos retóricos, pero que nada significan á los ojos del que cree que el genio no debe tener ni trabas ni sujeciones. Poeta por naturaleza, Prieto será siempre una de las grandes figuras literarias de Méjico; ha creado escuela, muchos y muchos han seguido sus huellas, á no pocos ha revelado un horizonte luminoso llevándolos al seno hermoso de la poesía, y todos estos son méritos bastantes para que el estudio de sus obras precediera á los que llevamos hechos, y antes lo hubiéramos realizado si antes las hubiéramos conocido.

Recorriendo el volumen en que están agrupadas como estrellas en el cielo ó como piedras preciosas en hermosa joya, dejan notar cuánta variedad de tonos cabe en la dulce lira, cuyos sonos son inspiraciones de las musas; desde el sentimiento religioso, excitado por lo que todos adoran y veneran, hasta el grito de desesperación que el dolor arranca al hombre, desde el suspiro amoroso que engendra una acariciadora mirada, que nace no sabemos dónde, y muere sin saber por qué, hasta el rugido que nos arranca el demonio de los celos al destrozarnos el alma con los acerados gar-

fios que tiene por garras; desde el pensamiento ligero que brota de los voluptuosos movimientos del espíritu, hasta la concepción profunda, al par que brillante, que forma el eco de lo divino que con nosotros va, todo lo ha recorrido el ilustre vate, y en todo ha podido y ha sabido demostrar cuánto puede y cuánto vale.

El orgullo que, según la *Biblia*, fué en los primeros tiempos una pasión á la que hasta los ángeles estuvieron sujetos, dió lugar á la creación del temido infierno que nos espanta, sin considerar que serán aquellos sufrimientos dulzuras comparados con algunos de los que experimentamos en esta vida. Cayó el ángel rebelde á las profundidades del antro, y su caída, su eterno tormento, su despecho, su rabia, sus dolores, y la constante ambición que jamás lo abandona, han servido de asunto á considerable número de creaciones artísticas con las que han hecho su gloria muchos autores. Bien considerado, el asunto es grande; la eternidad de la pena, la eternidad del dolor, la eternidad del sufrir, ideas en que la mente aterrorizada se agita, haciendo crear cuadros, situaciones y tipos que llaman grandemente la atención. Luzbel, el ángel de luz, que, según Milton, cayó de la altura sobre la superficie de la tierra, sintiendo envidia al contemplarla, tiene, á más de la representación literaria que le dió el ciego ilustre, otras de menor mérito que acreditan también genios superiores; el poeta pensador, de que Alemania se enorgulle-

ce en su obra capital, que formó con la leyenda que de siglo en siglo ha llegado hasta nosotros, nos presentó el Mefistófeles sarcástico de espíritu inquieto en el que parece encarnada la negación; el bardo inglés, genio libre como el aire, que se ahogaba en el positivismo del siglo, que hubiera ambicionado encarnar en un cosaco, y que fué á morir por la libertad de Grecia, nos presentó á Lucifer tan escéptico como él se sentía; lo hizo en el fondo un metafísico, que quiere hallar la quinta esencia de las cosas, y que exige la razón de todo; un poeta ruso, espíritu aventurero é independiente como Pouchkine, que sufrió como él los rigores del destierro en las heladas estepas de la Siberia, y que como él murió en el lance á que fué impelido por su fogoso carácter, el célebre Lermontoff, en fin, en la obra que más nombre le ha dado, y que tituló *El Demonio*, nos presenta al ángel de las tinieblas como un espíritu alejado del bien para siempre, que sufre las angustias del mal que se le hace insoportable, y que de continuo lamenta el bien perdido. En pocas obras literarias se ha sobreexcitado tanto nuestra atención como en la del poeta eslavo, nuestra ignorancia de aquel idioma nos hizo recurrir á la perfecta traducción alemana, hecha por Boltz y grandemente gozamos en aquella lectura, sin saber qué admirar más, si la profundidad del pensamiento ó la brillantez de la forma, pues en todo, así en el conjunto como en los detalles, le

da la mayor belleza relativa que puede desearse, la belleza absoluta que diríamos sin salirnos de los límites de lo humano. *El Demonio* extiende sus miradas por las sonrientes llanuras de la Georgia, habitación de mujeres cuyos retratos nos conmueven el alma, y allá en azotea riquísima, rodeada de joyas y presentes con que por su boda la obsequian, ve á la bella Tamara, reflejo, según el poeta, de los ángeles del cielo. El espíritu del mal se estremece, y en lo íntimo de su ser experimenta agudísimo dolor al recordar las dichas de la virtud; hasta entonces en la realización del mal no ha experimentado ningún obstáculo; desde aquel punto la negación del bien constituye el más atroz de sus martirios: nuestra ilustre doctora Santa Teresa de Jesús, dijo que el desgraciado no ama, pero en el mundo éste sería infortunio superior á las fuerzas de los mortales; nosotros creemos que el desgraciado es el que ama sin ser correspondido; ésta es la desventura del Demonio que tan admirablemente nos presenta el poeta ruso: ama y siente dulzuras infinitas que le recuerdan su origen, pero siente también que aquel amor le es imposible, que será impotente para lograr su fin, por cuanto el que todo lo hizo lo condenó al dolor eterno en el que no cabe ni alivio ni dulzura, y en efecto, aunque asesinado por malas artes del enemigo de los humanos el prometido de Tamara, en la noche él murmuró á oídos de la joven dulces palabras de con-

suelo que la tranquilizan, y promesas de un bien para cuando de nuevo las sombras oculten el blanco sudario que las nieves forman á los elevados picos del Cáucaso, aunque se le aparece en sueños, y con la celestial belleza que no ha perdido, la fascina, aunque hasta dentro del convento la persigue y hondamente la conmueve con la música de su lloro, que con verdad expresa la angustia de su alma, aunque derrote al ángel del bien, que se ve obligado á retirarse, aunque seduzca á la joven, y de ella triunfe, y la vea morir en el delirio de aquel amor que no puede dominar, no consigue arrebatarla para sí; pues, según el Evangelio, es perdonada la que mucho ama, y un ángel la lleva á la mansión de la dicha eterna, dejando condenado al Demonio á la pena que sufre, que nunca tendrá fin. Magnífica concepción ésta, es seguro, dado lo muy poco conocidas que son aún las literaturas de los pueblos eslavos, que no había llegado á conocimiento del vate mejicano; pero, poeta de inspiración y atrevido genio, sintió la profunda idea que se halla implicada en la composición de que hemos hablado, y expúsola con maestría suma en versos hermosos, donde desde luego se advierte la pureza de la rica lengua castellana. Guillermo Prieto, en sueños ve á Satán que

distráido ó que dormido
Del universo el bárbaro verdugo,
Se inclinó para ver un limpio lago
En que un rayo de aurora lució puro

y reflejada en la movable superficie de las cristalinas aguas, se ve el mayor de los réprobos, hermoso como cuando gozaba las dichas del cielo, y mirándose de tal manera en la ilusión que le crea su deseo, se figura aplacada la cólera del Eterno, que le envía al ángel de la esperanza; mas truécase pronto la ilusión en desengaño, y el que tranquilo se creía

Lanzó un horroroso grito:
Es que en su frente vió escrito
Con la sangre del Eterno,
Como al pisar el averno
Maldito, siempre maldito!

Cambia el cuadro totalmente; el poeta que hasta entonces ha encontrado la frase tierna y dulce que cuadra á la esperanza que acaricia; el poeta que ha descrito al ángel de las tinieblas de un modo tal que un querube no le aventajaría, al sentir el cruel dolor que debe experimentar compréndice que todo consuelo ha terminado, al figurarse la desesperación de aquel para quien nada hay sobre la tierra, y para el que nada se guarda en el cielo, opera una bien estudiada transición, su tipo deja de ser ángel para convertirse en demonio, sin que por esto pierda la grandeza con que desde luego lo hace comparecer ante nosotros; por el contrario, los pensamientos se elevan más, las ideas se hacen más profundas, y apenas considerar el dolor del que exclama:

¿No soy presa del quebranto?
¿No ardo en perpetuos enojos?
Pues ¿por qué no hay en mis ojos
Ni los anuncios del llanto?

Y más aún se acentúa este sentimiento cuando en presencia de la absoluta falta del bien, cuando experimentando el eterno vacío que se debe dar en el alma con la completa negación de la dicha, solloza y dice:

Y no de angustia me llena
Lo que tanto padecí;
Lo que me hiere ¡ay de mí!
Y mi suplicio mantiene,
Es ver que todo un Dios tiene,
Y no hay un Dios para mí.

Breve esta composición, no puede comparársela con ninguna otra donde aparezca el personaje tan bien descrito y comprendido; el Mefistófeles de Goethe tiene, para desarrollo de su fin, para la demostración de la frivolidad de su carácter y de su profundo desdén en todo y para todo, la ambición humana representada en Fausto, el sin igual candor de Margarita; el Lucifer de Byron es personaje de una obra en que no está aislado; el Demonio de Lermontoff cuenta con el amor de Tamara y goza en él, el Satán de Prieto está solo, sólo con su dolor, con su pena y su desesperación, la idea se ve más clara, y, raro caso, una vez leída, casi tentado se está de tener lástima al que es causa de nuestro continuo sufrir.

Una creación filosófica que haga pensar, no es por sí sola seguro ni claro indicio de que el poeta se sienta llevado siempre á embellecer pensamientos escabrosos y áridos; revela únicamente que lo mismo la idea pura y abstracta que el sentimiento tierno y sencillo, caen bajo la esfera de acción de su privilegiado cerebro, pues en muchas de las composiciones que tenemos á la vista, rebosa la pasión que más caracteriza al poeta. Nunca sostendremos que la misión exclusiva del vate sea sentir ó fingirlo para que los demás sientan; pero hay que afirmar que el estro poético brilla más cuando es el sentimiento lo que le excita, de aquí que más plácemes merezca Prieto por aquellas composiciones en que, dejándose llevar de los impulsos de su corazón, se revela como hombre que ama, como hombre que abriga en su corazón manantial purísimo de ternura. De entre las muchas que podríamos escoger para comprobar esto que decimos, el temor de ser prolijos hace que nos limitemos á dos solamente, la que titula *Los Besos* y *A mi Maria*.

Ese movimiento de los labios, señal de cariño, aunque alguna vez haya sido todo lo contrario, húmeda y voluptuosísima caricia que tiene muchas veces su inocencia, como el pudor tiene su falsía, movimiento de unión entre dos seres que desde los tiempos más remotos fué símbolo de paz, representación de deseo, ceremonia de sumisión, despierta en nosotros sensaciones extrañas, porque rara vez el hom-

bre se sentirá cerca de una hermosa sin experimentar vehementemente anhelo de unir sus labios con los labios rojos, ó apagar el ardor de la boca en los ojos, que aunque húmedos, abrasan con su mirar. Caricia á que ninguna iguala, es imposible definirla, es imposible llegar á explicarla; besamos porque en nuestro interior se da la exigencia, los besos son suspiros de nuestra alma: esta caricia tan dulce, tan usada y tan querida, ha tenido en todos tiempos quien la cante, ha tenido en todos tiempos quien procure dar idea de la inefable dicha que representa. Juan Everaerts, más conocido por Joanes Secundus, poeta latino del siglo xvi, erótico como Ovidio, dulce como Catullo, pero más casto que ambos, escribió en latín diez y nueve cortas composiciones que tituló *Besos (Basia)*: lo mismo leídas en latín, con lo que pudieran creerse originales de cualquier autor posterior á Horacio y anterior á Casiodoro, que leídas en las traducciones que de ellas han hecho Mirabeau, Tisot y Loraux, se admira el más puro sentimiento, un casto deseo compañero inseparable de la pasión más pura; Guillermo Prieto, en su composición de igual título, no ha imitado al poeta latino moderno, ni empleado la forma clásica de que aquél se dejó llevar; ha hecho una hermosísima poesía en la que brilla igualmente una potente inspiración, cuya originalidad es notable, y un casto erotismo hasta donde puede serlo el choque de dos almas que quieren transmigrar á los cuer-

pos que las ilusionan. En la composición del vate mexicano late el fuego que circula por las venas del joven; después de leída, un anciano creería operada la transfusión á las suyas, pues en composiciones de esta naturaleza es donde se comprende la gran verdad de que el poeta puede crear mundos, engendrar pasiones y extinguir tormentos. En el delirio que precede á la separación de la mujer querida á quien se adora y que nos corresponde, el poeta, comprendiendo la agitación terrible de su alma, le dice:

Te vas inquieta, marchas insegura,
De amor ansiosa, de pasión perdida:
Ocúltame piadosa tu hermosura,
Por tí, mi solo bien, por tí, mi vida,
No tornes ¡ay! tu deliciosa frente,
Evita que tu labio me sonría;
Si ahora volvieras á mi pecho ardiente
Mi frenético amor te mataría.

Más tarde, cuando en pago de esta adoración ella ha premiado el entusiasmo sofocando con sus palpitantes labios un aliento capaz de fundir el bronce, cuando tal vez inconscientemente ha hecho avivar más y más la pasión en que se destroza,

¿Qué hicistes, temeraria? Besos ciento
Mis palabras sentidas apagaron;
Nuestras almas al fin se confundieron
En la llama del mismo sentimiento.

Psíquica demostración de un inapreciable

efecto cuya causa es divina no se define y el poeta se limita á exclamar

¡No más! Tu labio se aplicó á mis ojos,
Angel de amor, y se secó mi llanto;
Que venga el porvenir con sus tormentos;
Yo lo espero en tus brazos sin espanto.

Cuando una vez se ha experimentado el paroxismo de la pasión que acreciendo simula en el fondo del alma un incendio que nos devora, ya no podemos detenernos; ansiamos más y más, no hay vallas que detengan nuestros pasos, ni temores que nos cohiban; atropellamos por todo, y si no en la admirable forma que el poeta, porque á ella sólo llegan los escogidos, exclamaríamos, y comprendemos que se exclame siempre:

¡Otro beso, otros mil! Ven, mi adorada;
Colócate en mi seno, mi delicia;
Vale una perdición esa caricia:
Todo menos tu amor me importa nada.
Amor, amor, mi bien, dulce paloma.
¡Laura! no más, no más, tierno embeleso;
Soy inmortal—soy Dios—dame ese beso
Que es para mí y entre tu labio asoma.

A la tempestad sigue la calma; á los años juveniles la madurez de otra edad, y lo mismo que en el orden físico en el orden moral, tras los arrebatos de una pasión efervescente, llega el amor templado que anida en la calma del hogar. Felices mil veces aquellos que al fin encuentran la mujer que realiza sus ensueños,

dichosos los que logran hallar fiel compañera para toda la vida, de la que hacemos nuestra áncora segura, en la que fundamos toda nuestra esperanza á la que hacemos depositaria de nuestra tranquilidad y nuestro sosiego. No hay una literatura, por rudimentaria que sea, que no haya dedicado ternísimos cantos al hogar, á la familia, á la esposa como representación de uno y otra, y justo es confesarlo, nunca la poesía rompió los límites que la sociedad prescribe y que parece dictó la naturaleza misma: siempre que hemos tenido ocasión nos hemos fijado, el poeta jamás cantó otra cosa que el puro y tierno amor, único lazo con que la mujer puede retenernos; nunca los mayores ó menores conocimientos de la que ha de ser madre de nuestros hijos arrancaron una nota al mágico clave, ni se celebró en ocasión ninguna su altivez, ni su fiereza, ni siquiera su talento, y menos aún la riqueza que pudiera poseer: siempre los acentos del poeta, del literato en general, fueron movidos por los encantos de una sonrisa que anima, por recuerdos que hacen nacer en nuestra alma las esperanzas, por caricias que calman nuestras mortales inquietudes. El poeta que nos ocupa en el duro destierro á que se vió obligado, fijó sus miradas en el hogar donde tantas delicias gozó, echando de menos á la dulce compañera, á la cariñosa madre de sus hijos, vuelve á ella los ojos del alma y le dedica un canto, canto del corazón, sublime por lo sen-

cillo de su recitado, admirable por la vida que en él se advierte, por la propiedad en las imágenes, por lo dulce de los conceptos y muy de notar por lo bien manejado que en él se halla el idioma.

Su composición *A María, mi esposa*, es sin duda de las mejores que se encuentran en el libro; en ella se advierte al verdadero poeta, al hombre de corazón y de elevados sentimientos; nada de abstracciones ni sutilidades, nada afectado ni rebuscado, sino, por el contrario, todo natural y sencillo. En cada estrofa hay un acento que llega hasta las intimidades del sér, dignas todas de ser transcritas, pero de las que sólo copiaremos dos para que nuestra humilde opinión quede un tanto autorizada.

Ven cual zenzontle en la callada noche
Que busca fiel su preferida rama,
Ven ¡oh María! al corazón que te ama
Y que anegado en hiel late por tí.

.....
Mi sombra amiga en el desierto esteril,
Mi astro benigno en el oscuro cielo,
Mi esperanza en las horas de desvelo,
Mi sueño de ventura en la orfandad.
Faro amigo que el bien me prometía
Cuando en las olas zozobraba errante,
Y lo ofuscaba el viento, y el constante
Y puro para mí quiso brillar.

Combatida el alma por mil efectos contrarios, luchando incesantemente con desengaños que por todas partes nos asedian, y dudando

siempre de todo lo que pudiera llevarle siquiera no fuera más que á la tranquilidad de la conciencia, se entrega á vanos y fútiles placeres en que continúa, gracias á la resbaladiza pendiente que constituyen. Las alteraciones de la vida, y no el tiempo, son las que atrofian al espíritu, son las que prematuramente dejan caer sobre nuestra alma pesos inmensos que le impiden sus libres y espontáneos movimientos; pero todo tiene un término, y cuando el hombre en horas tristes se permite descender á las intimidades de su alma y en medio del mundo se encuentra solo, abandonado y sin nadie que le preste apoyo y le dé consuelo; cuando se considera como oscuro grano de arena en el desierto, entre muchos iguales, es verdad, pero sin ninguno que lo sostenga, se le adhiere y marche con él unido hasta donde lo arrojen los violentos arrebatos del Simoun, entonces recuerda algo que lo consuela y vuelve los ojos al innegable Dios, que se revela hasta en las insignificancias del universo. De que esto es cierto pueden hallarse pruebas, lo mismo en el hombre colectivo que en el hombre individual: en los acerbos dolores que nos atenazan el cuerpo hay una exclamación en nuestros labios formada por su nombre; en los reflejos de una sociedad, de un pueblo, en las primeras manifestaciones literarias se advierten sin gran trabajo; los himnos de Apolo Delio y Apolo Píthio, los cantos de los Arbales y de los Salios, los Salmos, no son otra cosa que invocaciones

á la divinidad en demanda de su protección ó de su clemencia; mas ningunos como los Salmos nos pueden servir de claro ejemplo: el *Miserere* y el *Exurget me*, todos los Salmos de la Penitencia son grandes porque en ellos se refleja el alma que en su dolor se queja, y la hermosa forma en que están expuestos, la elegancia de los conceptos, la profundidad de la idea, son encantos que dan lugar á que una y mil veces que se lean caigamos en profunda meditación á que nos lleva el aislamiento real en que nos vemos.

Las tristes exclamaciones del Profeta que á orillas del Eufrates soñó la patria querida, y puso en boca de sus hermanos sentidísimos acentos: el treno desgarrador escapado en presencia de la corrupción del pueblo, que le hace temer una nueva cautividad, todo hecho invocando la omnipotencia de Dios y su nombre sacrosanto, que á tanta fe se presta y que es indefectiblemente nuestro amparo en las perturbaciones terribles de la vida, son siempre composiciones admirables, en que rebosa unción mística revelada en majestuosa forma, y estas condiciones no faltan en el *Salmo á Dios* del poeta á quien estudiamos. Hubo un tiempo, él mismo lo dice, en que el placer fué su constante sueño; esto nada tiene de extraño, la vida tiene, como la naturaleza, su primavera, y en ella, cual las flores en los prados, se desarrollan las ilusiones, para lo cual todo campo es á propósito; al hombre que nos tiende la

mano llamamos amigo, amada á la mujer que nos halaga; en ninguna mirada vemos fingimiento, ni falsía en las sonrisas, ni veneno en los abrazos, y locos y embriagados, olvidamos ó no hemos aprendido como es el aliento de Judas que vaga en los labios: entonces todas son acariciadoras ideas; tallamos mujeres en las blancas espumas, hacemos dorados palacios con rotos crespones de flotantes nubes á los que damos atmósfera con el perfume de las flores y ruidos con los misteriosos que en la naturaleza encantan. El poeta lo ha dicho admirablemente:

Feliz la vida
Si en ilusiones vierte su tesoro
Que ardiente agota la sensual querida.

Mas en la casi segura desgracia que forma el patrimonio del sér humano, llega un día en que se licúa la espuma de los mares y las nubes se oscurecen; se ven gestos en las sonrisas y se gustan tóxicos en los besos; forman los brazos cuerdas que se aprietan, y esta situación, tristísima como ninguna, la ha pintado Prieto admirablemente.

¡Vino el dolor! cual de marchita rosa
Las mustias hojas al vaiven del viento
Riegan la tierra,—arranca mis placeres
Y me entrega desnudo á mi tormento.

Como inútil despojo de un naufragio
Así me vieron las extrañas gentes:

¿En dónde está el amor? ¡Ay los amores!
Huyen su labio á la miseria fria...
¿En dónde está el placer? ¡Ay los placeres!
Se agolpan en bullicio y torbellino
Donde en rauda corriente salta el vino,
Y venden sus encantos las mujeres.
¿Dónde está la amistad? ¡Ay! los que lloran
Piedad encuentran, hallarán abrigo,
Otro hombre acaso les dará un consuelo
Cual moneda que damos á un mendigo:
¿Mas dónde está el amigo?...
¿En dónde? ¿á quién volverme? La blasfemia
A mi labio en secreto aparecía
Cual flecha envenenada,
En la cuerda del arco reclinada
Palpitando en la mano del salvaje
Que no encuentra en el árido desierto
Un objeto en que bebe su coraje.

Entonces, cuando nos abrumen los horrores de la soledad y nos mortifica el cansancio de todo cuanto existe, se vuelven los ojos á la inextinguible fuente de consuelo que para nosotros es el Hacedor Supremo, y lo invocamos reclamando su misericordia infinita, pues sólo en lo superior y eterno á que nos sentimos llamados, podemos hallar alguna satisfacción.

Este es, á nuestro modo de ver, el nacimiento del salmo en el general sentido que esta palabra tiene, y por esto el poeta, lamentando los males que de demasiado cerca le tocan, recurre al consolador extremo que siempre nos queda, se repliega dentro de su sér y no puede menos de exclamar:

¡Bendigo mi dolor! ¿Cuál es el canto
Digno de tí, Señor?... Tú con un soplo

Diste vida á la mágica armonía;
Tú, música del orbe, tú la fuente
Del alma melodía...
¡Oh! ¡quién pudiera con la luz hablarte!
¡Quién pudiera cantarte en los perfumes!
Bastarda encarnación del pensamiento,
Palabra del mortal, tú no eres digna
De volar á mí Dios! Por esto abriendo
Mi corazón á tí bañado en lloro
Y en éxtasis sublime enmudeciendo,
De tí me lleno y en tu esencia adoro.

Poeta inspiradísimo, ha recorrido todos los tonos y ha herido las cuerdas con sin igual maestría, probando superiores talentos y una inspiración nada común. No sabemos que es más de admirar en él, si la profundidad de la idea ó la espontaneidad y fluidez de la forma; mas es lo cierto que constituyen ambas condiciones un todo que forma su gloria. Muy largo tendría que ser nuestro trabajo si quisiéramos dar, aunque no fuera más que una somera idea de cada una de sus composiciones: en todos los trabajos anteriores, semejantes á éste, hemos dicho y repetimos que es sólo nuestro designio dar una general idea del carácter de cada poeta; por esto, ya que nuestros conocimientos no son bastantes á dar amenidad á la extensión, procuramos siempre ser breves; pero por el mismo motivo, no podemos terminar sin ocuparnos de Guillermo Prieto como poeta satírico, pues en este género debe ocupar también un puesto importante entre los de su país.

Taine, el reputado cuanto elegante crítico, ha dicho muy acertadamente, que la sátira es hermana de la elegía, y efectivamente, no podemos desconocer la verdad de tal aserto; el dolor muchas veces se manifiesta en risas, mas estas carcajadas tienen un sello especial, gracias al que las composiciones en que brillan, han sido llamadas sátiras. Cuanto choca como cuanto duele, cuanto excede de los límites justos y racionales, cuanto afecta al buen sentido y gusto, cuanto puede ser causa de peligroso ejemplo y se haga temer, cae bajo el dominio de esta clase de composiciones, que, dicho se está, ha brillado en todas las literaturas: el *Satira tota nostra est*, de Quintiliano, puede ser cierto en cuanto al género independiente que forma en la literatura latina, pero no debemos olvidar que los griegos tuvieron sus *Yambos* y que aun se llaman *Menipeas* cierta clase de sátiras. Los romanos entendieronlo mejor, y de ellos son los más notables modelos que en el género se pueden presentar; aquella sociedad, á partir desde el momento en que languideció la severidad republicana, para dar lugar á la inmundicia corrupción de los Césares, causa primera del éxito de los bárbaros, presenta una serie de desventurados cuadros, manifiesta tales vicios y con tales desmanes se enorgullece, que, faltos de lágrimas los ojos de los pocos hombres puros, cuando cuentan con dotes para ello, flagelan á la sociedad con el látigo del ridículo, la malicia y la burla finísi-

ma del cortesano Horacio, la indignación que el mismo Juvenal confiesa *Facit indignatio versum*, la severidad y estoicismo del oscuro Persio, el notable discípulo de Annæus Cornutus, que hace con sus sátiras el complemento de la obra del adusto Tácito, pues este escribe la historia pública de su tiempo y aquél la privada; posteriores todos á Ennio, que se cree fundador del género, por ser suyos los primeros fragmentos que se conservan, se ejercitaron en satirizar los vicios de su siglo, y como legado, transmitieron el ejemplo á los que habían de sucederle, y en la Edad Media Gringoire, Ulrich de Hutten, Rutebeuf, Rabelais, preceden á los que en épocas posteriores hacen lo mismo y de los que cada nación puede presentar ejemplos valiosísimos; Quevedo, Jovellanos, Moratín entre nosotros, Hall-Rochester, Pope y Byron entre los ingleses, Murne y Hagedorn en Alemania; Bentivoglio, Arettino y Rosa en Italia, han procurado siempre ridiculizar con sus composiciones los vicios que más perjudiciales parecían en sociedad, y leídas sus obras, podemos asegurar que es grande el ensañamiento con que se calumnió al siglo en que vivimos. El moralista más severo no podría señalar un vicio, un defecto, una corrupción social, que antes no se conociera y hubiera sido objeto de censura y ridículo. Las bastardas pasiones, por las que dominado el corazón se niega á responder á nada bueno, la hipocresía y falsedad de ciertos

seres, la necia vanidad y el insoportable pedantismo, el fanatismo religioso y la superstición, el ansia de riquezas, todo, absolutamente todo, ha sido objeto de durísimos ataques en la forma que más los hiere, por el gusto con que cada uno lee el mal que á los demás se refiere. Repasados, aunque ligeramente, algunos de los mencionados satíricos, puede comprobarse lo que decimos; el mentido moralista que en todo encuentra motivo de escándalo, cuando nada hay más escandaloso que su conducta, la torpeza de los jueces hacen el objeto de la segunda sátira de Juvenal, en otra de las suyas hace alusión á los graves riesgos de la corte, en la sexta ha dicho del adulterio, enumerando los vicios de las mujeres,

Antiquum et vetus est alienum, Posthume, lectum
Concutere, atque sacri genium contemnere fulcri;

y más adelante, en la octava, censura duramente á los que se creen nobles porque lo fueron sus ascendientes. En todo tiempo la sociedad, obrando con poca cordura, ha seguido el procedimiento contrario al que lógicamente emplea la Iglesia cristiana: esta aplica á los difuntos los méritos de los vivos; aquella deja para los vivos los méritos de los que fallecieron. Ya en los tiempos de la soberbia Roma se acostumbraba esto, y ya acerbamente lo satiriza el célebre autor que nos encanta, cuando dice

Tota licet veteres exornent undique ceræ
Atria, nobilitas sola es atque unca virtus.

Demasiado lejos nos llevaría querer analizar cada una de las composiciones en que se han censurado los vicios que aún nos afligen; á una civilización ha sucedido otra, y en pos de sí ha traído sus defectos; desde los siglos XIII y XIV la piedad fingida de los frailes, la ambición del clero, todo el orgullo de los cardenales, fué asunto en que se emplearon los satíricos, distinguiéndose Rutebeuf, Rabelais y el Arcipreste de Hita. *El satiricón de la corte*, compilación francesa anónima del siglo XVI, es una obra que hace comprender cuán incompletos son hoy los códigos penales, y no es poco que ya en aquellos tiempos, hablando de la beata gazmoña, que gasta el suelo de las iglesias, que jamás se olvida del hábito de San Francisco, y que de continuo charla con su confesor, ante su amante dijera

Se coiffe á la culbute,
Relevant ses tetons en butte,
Encore qu'il fussent pendants
Par l'usage ou les accidents.

En los tiempos modernos, Voltaire ha hecho más daño con sus sátiras que un filósofo con sus argumentaciones, Jovellanos se ha elevado á la altura de Persio, Byron no ha tenido piedad para los críticos impertinentes; mas justo es confesarlo, los unos tras los otros han hecho lo mismo y un satírico de nuestros días puede hacer más. Leyendo las sátiras y letri-llas del poeta Guillermo Prieto, hay que ad-

mirar su vis cómica, su gracia, su facilidad en el manejo del verso; pero se echa de menos originalidad en los asuntos. Disculpa muy de tener en cuenta es, si bien se atiende, la falta de libertad de que en su patria ha gozado, y bien sabido cuánto las alas corta al numen poético, un régimen político retrógrado: en esto hemos de ver la principal razón por que es corto el número de composiciones satíricas de un hombre que tanta aptitud revela para el cultivo de este género, pues de lo contrario, muchas serían, dado que en países como el suyo y el nuestro, minado por bastardas ambiciones, abundan los soldados hijos más de la fortuna que de sus hechos, los políticos que sin capacidad montaron en la rueda de la suerte y al verse en alto no recuerdan lo humilde de su origen, y tanto y tanto tipo como puede constituir el fondo de una composición encaminada á corregir.

Hemos procurado presentar con entera justicia á un distinguido vate, é ignoramos si lo hemos conseguido: nuestra voluntad ha sido grande y no han sido otros nuestros deseos: sólo hemos tenido presente sus obras, sus obras que acreditan ser uno de los favoritos de las musas, al que con liberalidad suma han otorgado todos sus favores.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Vicente Riva Palacio

Como si bajo la acción de la misteriosa flor del beleño un hada bienhechora nos hubiera arrebatado del mundo en que vivimos, un día nuestra alma se sintió colmada de dicha: nuestros sentidos gozaron como hasta entonces nunca habían gozado. Bajo el *ahuehuate* secular, que parece haber sacudido su frondosa copa por encima de las aguas del diluvio, sobre un suelo tapizado de brillante verdura, esmaltado de mil pintadas florecillas, percibíamos los particulares aromas de la gardenia y de la azalia, de la magnolia y de la verbena, la luz se irisaba en el variado y rico plumaje de los colibríes y llegaban a nuestros oídos las dulcísimas armonías del parlero *huillacoche*; veíamos como en el azul brillante del firmamento formaban caprichosos dibujos

las columnas de humo que se escapaban del seno de la tierra, por los ígneos cráteres; acá y allá, entre escabrosas rocas, nos parecía ver saltar gotas de preciosos metales; á veces sentíamos sobre nuestra frente el abrasador y perfumado hálito de una mujer hermosísima, que nos contemplaba con sus ojos negros como el fondo de un volcán, como él ardiente, y sobre todo esto el majestuoso rumor de las azules ondas en que se retrata el cielo.

En la realidad no habíamos visto nunca el hermoso país en que tantas bellezas se reúnen, y nuestra sorpresa fué grande, pues al sacudir la cabeza notamos que no dormíamos; no había, pues, hada bienhechora, ni encantos, ni prodigios, y sin embargo la halagadora ficción existía, veíamos todo lo expuesto, pues á hacerlo ver y á mucho más alcanza la prodigiosa musa de un poeta mexicano que se llama Vicente Riva Palacio.

Perdone al improvisado cuanto audaz crítico, que sólo así podemos llamarnos, la llaneza con que tan respetable nombre enuncia. Añeja costumbre fué tratar así á los poetas sin fijarse en que ellos merecen los más elevados tratamientos; y cuando con esta audacia, propia de nuestra ignorancia, nos atrevemos á presentar en nuestra patria al que es ya gloria de la suya, sólo como poeta lo hacemos, pues lejos, muy lejos nos llevaría el quererlo presentar al par que como eminente vate, como distinguido general, que en la región de Oriente luchó

valeroso por la independencia de su patria y como importante hombre público que, encargado de la cartera de Fomento, tantas mejoras ha sabido introducir y tantas ventajas ha reportado á su país. No puede ser nuestro ánimo presentar á Riva Palacio en el esplendente conjunto que sus condiciones forman, pues de éstas unas con otras se excluyen; apenas se concibe que el soldado poëta, y si rara vez lo hace, son sus composiciones hijas de los campos de batalla, concebidas en los aprestos militares, dadas á luz en medio del zumbido de los cañonazos, al rojizo resplandor de los disparos; casi siempre huelen á pólvora y pocas veces, mejor ninguna, encierran la dulce sencillez, la plácida ternura que son, á nuestro modo de ver, los dos imprescindibles elementos de la poesía en que se goza.

El sentimiento del poeta que ahora presentamos, no se ha estrangulado con la faja de general que tan dignamente ciñe, su musa parece haber surcado siempre los ámbitos de la región serena donde no hay espinas que destrocen su ropaje; virgen del amor, no ha cruzado por campos yermos, donde los hombres se destrozan en fratricida lucha, sino que por el contrario parece que jamás pisó otra cosa que rosas; sus manos son suaves, su aliento delicado y en el mirar de sus ojos hay un algo que convida á la paz y hace olvidar la guerra. Riva Palacio, hijo de la Nueva España, nació en el mediodía de ella, y aquel mediodía, por lo que

hemos leído y oído de los que de allá vienen, á juzgar por los que de allí hemos tratado, tiene gran semejanza con nuestra querida Andalucía, tierra por la que de continuo el corazón solloza y que de pertenecer á ella estamos orgullosos. De ella tal vez fueron los primeros que con Cortés llegaron á las inhospitalarias playas de Veracruz; allí dejaron sus hábitos, sus costumbres, su lenguaje, sus gustos y sus aficiones, y al circular en nuevos seres sangre por mitad árabe, por mitad india, sintieron en Homeyas sin perder nada de los Aztecas; sacudieron la cabeza y sintiendo dentro del pecho más que corazón, un volcán que á su cuerpo lleva la lava que de él rebosa, admirando con el mayor número de elementos de que ya podían disponer aquella naturaleza con toda la hermosura de su salvajismo, con todas las galas de su espontaneidad, constituyeron una clase en la que se advierten condiciones tan contradictorias como las que constituirían al híbrido personaje que por igual fuera mujer para el sentimiento, hombre para la lucha, tigre para los odios, paloma para el querer.

Con estas condiciones, Riva Palacio habrá guardado para sus cargos militares lo que no es sentimiento, ternura, pura idealidad, pues todo esto lo tiene exclusivamente como poeta.

No sabemos por qué, mas es lo cierto que el mayor número de los poetas de aquel continente con que Colón al descubrirlo probara la grandeza de Dios, se han cuidado muy poco de

difundir el conocimiento de sus obras; parece que están convencidos de que llegará un día en que mecidas en las ondas del Océano, lleguen á nosotros sus armonías para cautivarlos, por lo que dichosa y felicísima casualidad podemos calificar á la que nos da á conocer á cada uno de los vates que allá florecen. Años hace que Riva Palacio ocupa un puesto distinguido entre los literatos de México y sólo hace muy poco que tan feliz nueva llegó á nosotros, pues si más de una vez antes su nombre llegó á nuestro oído, débese al importantísimo papel que representó en la tenaz lucha que sostuvieron aquellos dignos republicanos contra la invasión francesa, que tan valientemente supieron rechazar. Al decir esto conviene establecer una esencialísima diferencia, pues no pertenece el distinguido repúblico que estudiamos al grupo de los guerrilleros sin ley y sin conciencia que, procurando más que nada el medro personal, se lanzaron al campo creyendo que lo único que debía hacerse era verter sangre á torrentes, llevar el fuego y la desolación á todas partes imponiéndose por el terror y dignos sólo de figurar entre malhechores fuera de la ley. No, Riva Palacio, lo mismo en la guerra que en la paz, ha sido siempre un perfecto caballero; hombre de pingüe fortuna no se lanzó á la pelea haciendo el papel de pescador y revolviendo el río; fué porque á ello lo llamaban venerandas tradiciones de familia: nieto de aquel que murió por la

independencia de su patria, no podía permanecer inactivo cuando el extranjero procuraba robarles de nuevo la independencia, y el que tan vivo debía mantener los recuerdos de aquel ascendiente suyo á quien en Méjico se debe la abolición de la esclavitud, no podía ver indiferente que poco á poco se iba sacrificando de nuevo las libertades, cima de pesarosos días para la patria. La toga que podía vestir dignamente por haberla ganado en regulares estudios universitarios, la dejó para vestir el uniforme de soldado, y gracias á su pericia y á su valor consiguió en el ejército lo que gracias á su talento é ilustración ha conseguido en el terreno literario, llegar á los primeros puestos.

Cuando por primera vez publicamos estos estudios, conocíamos sólo un reducido número de composiciones, hijas del numen de Riva Palacio, insertas las más en la *Lira Mejicana*, publicada por el distinguido joven diplomático Juan de Dios Peza, sabiendo, sin embargo, que con igual facilidad cultivaba todos los géneros literarios.

Poeta dramático, ha recibido en la escena coronas de gloria que eternizarán su nombre; como novelista, ocupa un puesto entre los más distinguidos de su país, y al servicio de la novela ha puesto ciertamente sus buenas cualidades como prosista, los conocimientos adquiridos de remotas edades y civilizaciones pasadas, así como también lo mucho que aprendió en las campañas que ha servido. Lle-

nas de vida sus novelas, comenzadas á leer no se dejan de la mano, y una vez terminadas, no se sabe qué apreciar más, si la paciencia del investigador que domina en unas ó la invectiva del novelista propiamente hablando que campea en otras. Con algunos de sus personajes sabe hacer querer, con otros lleva al más refinado odio, los cuadros en unos sonrientes y seductores, impregnados de los encantos de aquella naturaleza que tan perfectamente descrita está en algunos pasajes de *Calvario* y *Tabor*; en otras las escenas son lúgubres, tétricas, alumbradas, en fin, con hachones de la Inquisición como en *Memorias de un impostor*. Es lástima que en algunas de ellas se haya hecho eco de pasados odios y rencores que aun deben avivarse con su lectura. Que los españoles como dominadores fuimos malos, lo sabemos, ¿pero hubo algunos mejores?... Cuentan que Guatimozín en el tormento al escuchar las lamentaciones de los que sufrían con él, les dijo con serena calma: «¿Creéis que me hallo en las delicias del baño?» y es bien seguro que imitando al desgraciado monarca, nuestros antepasados, al escuchar los quejidos que las torturas inquisitoriales arrancaba á los del poeta, les hubieran podido decir tristemente: «El santo tribunal no nos baña en agua de rosas.»

Estudiado Riva Palacio en sus poesías, espejo en que el autor se revela, se comprende que es, ó mejor dicho debe ser de los hombres que se transparentan; alma grande,

corazón gigante que siente lo más ligero, que responde á lo más grande, del mismo modo que el flexible junco besa las aguas del torrente cuando orea ligero vientecillo, ó las azota si es impelido por el fuerte vendaval que todo lo barre. El sentimiento, como condición del sér no se educa, nace con nosotros, y superior á nosotros mismos, nos caracteriza de una manera inequívoca, de un modo tal, que iguala á las demás facultades, y se nos califica por él; de aquí que cuando de México se escriba una historia militar, el puesto que en ella ocupe Riva Palacio como distinguido general que es, será tan elevado como el que le toque sin que quepa dudarlo, en la historia de aquella literatura, grande como el cielo, brillante como el sol que alumbra, riquísima como el deseo. La poesía lírica fué siempre patrimonio de los hombres, que con exquisito sentimiento pueden apreciar los menores movimientos del alma, y que disponen de facultades bastantes para expresarlos en bella forma. A nosotros siempre, por esta razón, nos pareció digno de mayor preeminencia el poeta lírico, y entre éstos los que pueden por sí sólo hacernos sentir y pensar. Las grandes proezas de la humanidad registradas en la historia, que más tarde han servido de fondo á composiciones poéticas, llaman la atención por los mil elementos que las componen, y nos entusiasman y nos agitan por la misma razón que nos conmueve y nos anima la lucha de los pueblos en medio de los que

vivimos, y de los que en suma formamos parte. Pero la sensación anímica de un individuo al que muchas veces ni conocemos siquiera, tiene que ser de una expresión grandiosa para que halle eco en las concavidades de nuestro espíritu.

En más de una ocasión lo hemos afirmado en nuestros trabajos; á la espontaneidad de la naturaleza acompaña la espontaneidad del espíritu, y nunca como cuando aparece un pueblo hay tantos elementos que exciten el ánimo y hagan bullir el alma. La criatura, en cuyo cerebro aun no puede sorprenderse rastro de idea, la criatura que acaba de abandonar el claustro materno, no abre los ojos á la luz por la fuerte impresión que le produce, y del mismo modo el sér, al abrir su alma á la sociedad, al encontrarse en presencia del mundo, ha de experimentar especiales sentimientos que, traducidos al lenguaje común, forman el número incalculable de composiciones á cuyo género pertenecen las del distinguido general Riva Palacio. Aquel país que en la tradición cuenta como primera gloria literaria á Nezahualcoyolt, parece que por sus especiales condiciones está llamado á ser el punto á que se acuda en épocas posteriores cuando se quieran estudiar grandes líricos: tal vez esta afirmación no encuentre fundamento en el transcurso del tiempo, pues éste, modificándolo todo, sugiere las expansiones, nutre el cerebro á expensas del corazón, y el artista, en vez de perma-

necer admirando la casa de locos que constituye el hombre como microcosmos, canta el universo haciéndose épico, ó pone en relación sus sentimientos con los ajenos, formando el compuesto literario que se llama poesía dramática, pero hoy, que es á lo que debemos atenernos, apenas si se encuentran más que líricos, y quiera quien todo lo puede que nuestra opinión no ofenda, pero nos parece que si algunos hicieron manifestaciones en otros géneros, fué más que porque para ello se sintieron aptos, por no seguir la tan trillada senda que los demás siguen.

Debemos arrepentirnos de haber dicho la tan trillada senda, pues nuevo nos debe parecer siempre un camino, si en él hallamos algo que constantemente llame nuestra atención, que nos consuele y que deleite; novedad hallaremos siempre en las investigaciones comenzadas desde el principio si poco á poco se va descubriendo la que parece su complemento, pues á pesar de la existencia que el mundo cuenta, diariamente encontramos algo que nos sorprenda, todos los días percibimos algo que ignorábamos.

Todas las rosas se parecen, y sin embargo, dos rosas no son iguales; todos los hombres sentimos, y varios son en sus manifestaciones; aman todas las mujeres, y unas causan alegrías infinitas, y otras dolores eternos; porque tal variedad cabe dentro de la unidad del sentir, que ni siquiera es posible enumerarlas. En

esto nos afirmarían si alguna duda tuviéramos las composiciones de Riva Palacio, pues tal es su originalidad, que bien puede correr parejas con flores riquísimas de aquel país, que es hoy para nosotros edén perdido; nos sirve de consuelo, sin embargo, el que á sus puertas no hay ángel con flamígera espada que nos vede la entrada, sino brazos cariñosos que tal vez nos estrecharán cuando lleguemos. El romance, el apólogo y el soneto: hé aquí las variedades de la lírica, con cuyo cultivo hará eterno su nombre el poeta que estudiamos, y en cada una de estas manifestaciones lo examinaremos detenidamente por lo mucho que merece.

En aquellos tiempos en que ya para el mundo todo, eran fulgurantes los destellos de una nueva edad, en la que el espíritu podría sacudir las terribles trabas que hasta entonces lo habían contenido, porque la humanidad con nuevas fuerzas se disponía á ganar lo perdido; cuando dorados dedos comenzaban á descorrer el velo tupido que casi en absoluto había privado de luz, España aun no entraba en el general consorcio; la losa que comprimía al espíritu pesaba fuertemente, y aunque en nuestros dominios jamás se ponía el sol, era un sol filtrado al través de cienientas nubes, semejante al frío y opaco que luce á intervalos en lluviosos días. Moralmente hablando las condiciones de nuestro país, durante el reinado del segundo monarca de la casa de Austria, son de todos bien conocidas; las notas de su

carácter influían en todo de tal manera, que donde quiera que se miraba, se advertían sombras y tenebrosidades; los misterios de su política eran tan impenetrables como los misterios de su alma, y ésta, aunque grande, inmensa y poderosa, gustaba replegarse donde todo con ella guardara relación. El artista, el literato, el legislador, el prudente, el justiciero, el cruel y muchos más calificativos pueden buscarse para darlos á los que sucesivamente en el tiempo han regido los destinos de un país; mas para calificar á Felipe II no basta ninguno de estos, no habría propiedad aplicándole ninguno de ellos: en aquel hombre residía algo superior, pero tétrico, cuya traducción no nos da ningún idioma. Si del citado monarca se hubiera perdido la memoria, y sólo quedará en yermo, montañoso y frío terreno la mole artística que se llama el Escorial, bastaría para darnos conocimiento de aquella época, y por deducción del que á su costa lo levantó, que rey y rey de España tenía que ser. Aquel edificio revela toda la grandeza de alma de quien lo dirigió, toda la tenebrosidad de la del que lo costeó; mas esto domina á aquello, y resulta que tarde, muy tarde es cuando puede llegarse á la contemplación; absortos nuestros sentidos, considerando la idea que allí domina, son sus columnas fríos gigantes que os contemplan; el pavimento parece exhalar lamentos, como si bajo cada una de aquellas losas hubiera sepultado un corazón, que con nuestro

pisar se oprimiera; la atmósfera es allí fría como en los sótanos, y la luz que filtra al través de sus muchas ventanas, parece velada dentro, pues sin querer el alma goza, es cierto, pero sufre más que goza. Acompasado, frío y severo hay en aquel monumento algo que despierta la idea del infinito por la religión. Convertid al Escorial en lo que queráis, y siempre resultará monasterio; revela una severidad é inflexibilidad de carácter que asombra, y el aire al chocar en su paredes haría resonar el *Dix iræ* ó el *Miserere*, aunque de los instrumentos heridos resultaran las dulces melodías de Pergolesso, ó del cisne de Pessaro, del mismo modo que aunque lo hicierais habitar por huríes, ondinas, peris, formas seductoras del sueño de nuestros deseos, perderían sus encantos, y aparecerían mudas esfinges, solitarios monjes, buscando la muerte dentro de la vida, negando á sus sentidos la delectación para que parecen haber sido creados.

Establecido en el presente, nada anterior revela. Una sombra, un espectro vemos siempre, ve siempre sea el que quiera, y Riva Palacio, poeta nacido bajo aquel sol, respirando aquellos perfumes, al llegar á la patria de sus antepasados, debió sentir frío en el alma visitando el famoso monasterio. Cada uno en él recogerá impresiones diferentes que más tarde le habrán de servir para la revelación de un sentir determinado, pero no conocíamos hasta después de leído el soneto del eminente poeta

mexicano, quien con más verdad hubiera expuesto la impresión que produce, el edificio y la sombra que evoca, y esto como hemos dicho, en un soneto. Catorce versos de una metrificación determinada y rigurosa, dos cuartetos y dos tercetos combinados entre sí por una rima prescrita: hé aquí la forma que el poeta escogió para darla á la gran idea que encierra su composición. Propio de las literaturas modernas, debido según uno á los poetas de Sicilia, según otros á los trovadores y según los más á Petrarca, el soneto por lo difícil de su forma, hizo decir á Boileau que había sido inventado por Apolo para mortificar á los poetas. Esta bella opinión, que sólo puede ser bella, hay que admitirla para los que antes piensan la forma que el fondo, artistas que desde luego forjan un molde que en muchos casos viene estrecho á la idea, resultando por tanto oscura y otras ancho en demasia, por lo que es un continuo volver y girar que da motivo á que careciendo de nervio, resulte fría y monótona. Si pudiéramos admitir, como muchos quieren, que cada inspiración se da en forma propia, la cuestión sería más sencilla; pero inadmisibile tal idea, no podemos sentar otra cosa sino que el genio superior de un hombre, al sentir una sensación, puede, merced á la potencia de su espíritu, llevarla al ánimo de todos, en la forma que como más hábil excogite.

Esto hizo Riva Palacio, con tal acierto que creemos que nunca nos habremos de arpen-

tir de tal afirmación. El viajero ante la obra de Herrera, ante el sepulcro de aquel alma gigante que puso á su servicio toda la Europa, siente deseos de penetrar y llegar hasta lo último, pues creemos que sólo allí como en las Pirámides no asusta la imponente realidad de las tumbas, los recuerdos le agujonean y traspuesto el dintel

Resuena en el mármoleo pavimento
Del medroso viajero la pisada,
Y repite la bóveda elevada
El quejido tristísimo del viento.

Cuadro exactísimo de la primera impresión, hay en él tal verdad, que sin querer recordamos la bella expresión de Marmontel, según el cual, la poesía es una pintura que habla, ó si se quiere un lenguaje que pinta; la citada cuarteta, aunque reflejo sólo de impresiones materiales, parece que las fotografía, que las copia del natural, de tal manera que nos parecen tangibles. En íntima relación con el primer pensamiento, trasunto de la impresión que el ilustrado viajero experimentó, sigue el soneto diciendo:

En la historia se lanza el pensamiento,
Vive la vida de la edad pasada,
Y se agita en el alma conturbada
Supersticioso y vago sentimiento.

Cuando adquirido el conocimiento histórico se visita el frío edificio del que aludiendo á

su bella iglesia dijo un autor inglés que era caja de piedra para guardar una joya, y del que atendiendo á su panteón puede decirse es un sarcófago gigantesco; cuando discurrimos por aquellos claustros y oímos resonar en la alta bóveda el acompasado ruido de nuestros pasos, involuntariamente acuden á nuestra imaginación recuerdos de otra edad, otras costumbres, otras instituciones y sobre esto un hombre, que nombrarlo sólo es causa de que sintamos extrañas conmociones; hay allí, aunque muchos no lo quieran, algo que hace pensar en el Dios duro é inflexible de las penas eternas, en el Dios que se revela en el rayo, algo que deja de sugerirnos el sentimiento religioso para dar lugar á la superstición, pues no hay nada que lleve tanto á la blasfemia que se llama *cólera celeste*, como la opacidad del templo, su enfermiza atmósfera y tantas y tantas cosas como le hacen diferir de la calma, de la exuberante hermosura de la naturaleza brillante, donde se manifiesta Dios y donde debemos adorarle. Para realizar poesía que no sea ascética dentro de aquellos graníticos muros, que parecen haber sido levantados para cautiverios de almas, es necesario contar con el inspirado numen de un poeta como el que estudiamos, es menester que sea un hombre superior como con sus obras acredita, y que lo vea todo con la segura mirada del águila que posada en el cimborrio, á todo alcanza y penetra hasta más allá de la superficie de la

tierra. La Edad Media tiene glorias, pero son de tal naturaleza que se funden al sol que alumbra la Edad Moderna. El Escorial, suntuoso monasterio de otro tiempo, maravilla arquitectónica de aquella edad, es hoy la esfinge de la superstición que, fría, severa y pesada, casi no puede resistir las amargas frases que involuntariamente brotan á su vista, pues como el poeta ha dicho

Palpita allí el recuerdo, que allí en vano
Contra su propia hiel, buscó un abrigo,
Esclavo de sí mismo, un soberano
Que la vida cruzó sin un amigo;
Águila que vivió como un gusano;
Monarca que murió como un mendigo.

La maestría con que estos tercetos están hechos, la profundidad que alcanza el pensamiento expresado en ellos, bastan para revelar al hombre que de su valer tiene ya dadas tantas pruebas, pues acredita un conocimiento perfecto de la historia, una impresión propia y subjetiva en vista de ella, y un talento superior para apreciar los mil detalles que implica el magnífico concepto que del hijo de Carlos I ha sabido dar en sus dos últimos versos.

A sonetos de esta naturaleza debía aludir Boileau cuando dijo:

Un sonnet sans défaut vaut un long poème

y de estos extensos poemas Riva Palacio tiene

muchos, pues maestro de maestros se le puede llamar en el arte de hacer sonetos. Al publicar por primera vez este estudio conocíamos de su género únicamente la composición que acabamos de citar, mas hoy es mayor nuestra fortuna, podemos presentar mayor número de pruebas en apoyo de la afirmación que hemos hecho. En el precioso libro *Páginas en Verso* que ha publicado este año los hay dignos de ser impresos en letras de oro: en *El Escorial* hemos visto al poeta pensador; al hombre que merced á sus poderosos medios reconstruye un pasado, al crítico profundo que, definiendo, fotografía. El poeta tierno puede adivinarse en la sentida composición que dedica á su madre, soneto que dice:

¡Oh cuán lejos están aquellos días
En que cantando alegre y placentera,
Jugando con mi negra cabellera
En tu blando regazo me dormías!
¡Con qué grato embeleso recogías
La balbuciente frase pasajera
Que por ser de mis labios la primera
Con maternal orgullo repetías!
Hoy que de la vejez con el quebranto
Mi barba se desata en blanco armiño
Y contemplo la vida sin encanto,
Al recordar tu celestial cariño
De mis cansados ojos brota llanto
Por que pensando en tí me siento niño.

No puede decirse más y como hijos sentimos
no poder dedicar á nuestra madre una com-

posición así; sería inmortalizarla, inmortalizándonos.

Dos fases de su vida tan pródiga en buenos servicios ha sabido pintarlas fielmente en dos sonetos; hay otro en el que se excede para apreciar una situación de ánimo de las más tristes, de las que más agobian. El hombre que cien veces ha expuesto su vida por la patria en el campo de batalla; el ex-ministro de fomento que tan buenas obras realizó en el tiempo en que desempeñó esta cartera, el literato notable, el historiador que con su *Méjico á través de los Siglos* ha levantado un monumento á la nación en que ha nacido, el fiel representante del pueblo cuya voz autorizada resuena en las cámaras siempre que se trata de defender sacrosantos derechos ó de impugnar violentas infracciones de la ley, no há mucho tiempo fué reducido á prisión sin que puedan determinarse los motivos, pero dejando adivinar la sombra que hacía á los que como gobernantes no tenían la conciencia tranquila. ¡Qué triste debe ser la prisión para el que siempre defendió la libertad! ¡Cuántas cosas pensaría Riva Palacio de las monarquías absolutas, viéndose atropellado en la más libre de las repúblicas! y el poeta también, al verse triste y sólo entre cuatro muros, ausente de los cariños de su familia, sin más voz para halagarle que el monótono alerta del centinela, sin más sonos que el crujir del viento, llamó en su ayuda la inspiración potentísima que lo anima, y dirigiéndose

al viento que distintas sensaciones le ha causado en diferentes períodos de su vida le dice:

Cuando era niño, con pavor te oía
En las puertas gemir de mi aposento;
Doloroso, tristísimo lamento
De misteriosos seres te creía,
Cuando era joven tu rumor decía
Frasas que adivinó mi pensamiento,
Y cruzando después el campamento
«Patria,» tu ronca voz me repetía;
Hoy te siento azotando en las oscuras
Noches, de mi prisión las fuertes rejas;
Pero hanme dicho ya mis desventuras
Que eres viento, no más, cuando te quejas,
Eres viento si ruges y murmuras,
Viento si llegas, viento si te alejas.

Hay en la vida literaria de Riva Palacio un período, mejor dicho una manifestación, que da clara idea del carácter de su poesía. Un día los literatos de México se vieron agradablemente sorprendidos: había saltado al palenque literario una mujer, que bien á las claras se veía, contaba con fuerzas bastantes para luchar con ventaja al par que los demás hijos de las musas, pero nadie la conocía, nadie sabía quién era la incógnita que desde luego daba tan clara idea de su talento, por la perfección de las composiciones que presentaba: principiaron los cálculos y las conjeturas y no faltaron críticos que negaron aquella musa femenina, que podía serlo en cuanto á la delicadeza de la forma, mas nunca por el alcance profundo de

sus ideas. No queremos decir con esto que falten mujeres cuyo talento deje de alcanzar al indicado punto, mas sabido es desde el principio, que nunca las metrificadoras se ocuparon de otra cosa que de lo que es puramente bello, y hacen bien. Como nada puede estar oculto mucho tiempo, resultó al fin que aquella Rosa Espino, no era otra que el general Vicente Riva Palacio, que por un capricho de genio tomó el nombre de mujer, del mismo modo que á sus robustas y profundas ideas, cubría con la flotante túnica que mórbidas formas dibujó, ó el rígido brial de púrpura, señal de distinción y alta prosapia.

Dejóse de amar á la ignota Rosa Espino y se admiró al punzante satírico del *Ahuizonte* (1), dejóse de ensalzar á la mujer y se criticó al hombre, que es también lo que nosotros vamos á hacer, esto es, á emitir el juicio que sus bellas composiciones nos merecen. *Los Apólogos, Romances y Cantares* que nos presenta en el precioso libro titulado *Flores del Alma*, son todos modelos de buen decir, gracias, ternura y encantos; pero distintos por los géneros á que pertenecen, vamos á estudiarlos separadamente.

El apólogo es hasta ahora una composición con respecto á la cual se duda si es clase del género fábula ó es género del cual la fábula es

(1) Periódico satírico del cual fué director el señor general D. Vicente Riva Palacio.

una clase, pero cuestión es esta que en los momentos actuales nos debe preocupar muy poco, por lo que nos contentaremos con afirmar lo que es á todas luces cierto, que el apólogo es ó al menos debe ser siempre, más fino, más moral, más delicado que la composición en que Esopo y Fedro, Lafontaine é Iriarte alcanzaron tanto nombre. Género literario nacido en los albores de la vida del más antiguo de los pueblos, podríamos admitir sin esfuerzo que surgió en la mente de los oprimidos, para hacer sin riesgo pública manifestación de sus deseos y dolores, ó que fué hijo de un sentimiento delicado que impedía manifestar á los hombres franca y decididamente sus defectos. Ambas opiniones son verosímiles y ambas coadyuvarían, si no fuera evidentemente cierto, á hacer creer que esa sencilla composición apareció primero en la India, que es la patria de la imaginación, gracias á lo que siempre se advierte la metáfora en la palabra, el geroglífico en la escritura, el misterio en las súplicas, el avatar en la forma, la metempsicosis en las almas. Los monumentos literarios más antiguos que se conocen de aquel pueblo son apólogos, del mismo modo que ideas apologeticas son las que, ayudados por los estudios propios de la investigación, pueden descubrirse en las criptas de Elora, ó en los arruinados muros de los templos que existieron en la cima del Merú. Hay que admitir que el apólogo es oriental, que el apólogo es indio; se advierte en él la

exuberante belleza de formas que es tan natural en aquellas literaturas, tiene el misterioso velo que exige la idea, dada aquella organización política, cuyas disposiciones parecen trazadas con la fría punta de un acerado estilete, en el ténpano de hielo que en aquella cálida temperatura obtuviera por conjuro un brama ó un yoghi. Sí, no puede ser de otra manera; cuando los menos son privilegiados hasta el punto de ser considerados como dioses, siendo hombres y como tales con defectos, estos no pueden señalárseles, ni serles censurados sino en la forma vaga y misteriosa que es tan común á todo lo que les pertenece, y más triste es aún tenerlos que conceder al recordar que el amor ó se manifiesta ó mata; pobre de la joven paria que se enamorara de un brahman, no teniendo á su disposición el geroglífico que trace para su desahogo, la súplica que haga en el apólogo, el recuerdo que deposite en el fondo de la misteriosa flor del loto, que, nacida en medio de las aguas y por ellas alimentada, morirá en ellas y como escoria sus ondas la dejarán en la orilla, para que, secas, luego las barra el viento.

Venturosa fué la idea, bien haya quien primero la manifestó, y pluguiera á Dios que de facultades nos dotara, pues muchos apólogos haríamos; mas volviendo al asunto que únicamente debe preocuparnos, justo es decir que en los tiempos que alcanzamos, perdido para esta clase de composiciones el carácter de ne-

cesarias que tuvieron un día, quedaron sólo para ser intentadas por quien á la profundidad del genio uniera brillantez potente de imaginación, condiciones ambas que en el poeta que estudiamos son constitutivas. El, como ninguno, ha sabido hallar acentos en la brisa que orea las tranquilas ondas del lago haciéndolas sonreír, él ha dado expresión al perfume, quejas al viento, suspiros al ave, lamentos á la flor, idea á la nube. De buen grado, en comprobación de lo que decimos, copiaríamos algunos de ellos, mas nos lo vedan los estrechos límites de un artículo, por lo que grande es nuestro sentimiento. Esto no obstante, no nos podemos contener y séanos permitido hacer mención de los que titula *La concha, El poeta y el ave, La flor y el aroma, El agua y la flor, El rocío y el llanto.*

Cada sér, en el grado de la escala que le toca, cree valer más que los demás, y esto porque los compara sólo con sus inherentes cualidades: este pensamiento lo ha expuesto con inimitable gracia y exquisita delicadeza en el primero que comienza

Serena está la tarde,
La parda bruma
A levantarse empieza
Sobre la espuma.
La brisa leve
Apenas con sus alas
Las ondas mueve.

Un poeta contempla la concha que la ola ha

dejado á sus piés y lamenta la triste vida del sér que encierra, un ave mira al poeta y se cree superior porque hiende el espacio, y la consideración de este distinto sentir hace exclamar al poeta:

Sobre el tranquilo espacio
Como un encaje,
Volaba en esa hora
Blanco celaje...
.....
Seres del suelo,
Poeta, concha y ave,
Mirad al cielo.

En *La flor y el aroma* hay el profundo pensamiento que afirma el cierto más allá; la palidez de la flor que, lánguida, se queja de su fin, hace exclamar al aroma:

No se consume tu sér,
Que yo me lo llevo al cielo;

y decir al poeta:

Mirad la muerte con calma
Y del pesar la miseria,
Que la flor es la materia
Y el dulce amor es el alma.

Prolijo sería enumerarlos todos, y esta tarea haría por demás largo nuestro trabajo; creemos haber dicho bastante y séanos permitido añadir que jamás habíamos visto hasta ahora tan galanamente vestida á la austera filosofía.

Fuéle necesaria á Dios para la conservación

de su obra la distinción de los sexos; mas uno el sér, aun dentro de la variedad, tiene condiciones que lo unifican por decirlo así, y una de éstas es, á nuestro modo de ver, el sentimiento. Cuando en nuestra alma se da el placer, ó la sentimos lacerada por el dolor, según que la ilusión con sus rosadas alas nos acaricie, ó el desengaño con su punzante aguijón nos mortifique, hombre ó mujer sienten lo mismo y sólo nos diferenciamos en las externas manifestaciones, porque á ello nos lleva la educación. Cuando se es sensible, las quejas tienen un no sé qué de femenino, un no sé qué de suave y delicado, sensible por igual en ambos sexos, que llega á lo íntimo del alma, y sólo difiere en la frase con que lo revelamos. Hay entre las composiciones de Riva Palacio, una cuyo título es *Quejas*, y quejas comunes son á todos los corazones que sufrieron decepciones, sólo que del mismo modo que existen diferencias por lo dicho, se dan también porque el poeta dispone de medios de expresión que no poseemos los que estamos faltos de las sobresalientes condiciones con que la naturaleza le ha favorecido. El poeta también ha sufrido; poco importa que su imaginación lo remonte al cielo, si su planta reposa en este valle de lágrimas, en este desierto, más terrible que ninguno, á pesar de los muchos seres que con nosotros viven en compañía.

A la felicidad llegamos en sueños, aunque estemos despiertos; esto es lo verdadero, y el

volver á la realidad cuando otro sér nos sacó de ella con sus sonrisas, sus palabras y sus caricias, es más terrible que lo más horroroso del infierno. Sentir nueva vida en nuestra vida, nuevo calor en nuestro sér, más hierro en la sangre, más fósforo en el cerebro y caer tan súbitamente de tan grande dicha, es un tormento que el Dante no vió en el infierno, pero que allí debe existir; este tormento nos hace prorumpir siempre en quejas, ora sean manifestadas en hórridos bramidos, que no nos gustan, ó en tiernos acentos como Riva Palacio hace, que es lo que nos seduce. También en la manera de quejarse puede haber elegancia que se debe procurar, sin que por ello falte naturalidad, y elegantes y naturales son las *Quejas* del vate mexicano, que ha hecho de su composición plantel de brillantes pensamientos.

Ella... siempre ella en el fondo de nuestro martirio... ella que voluble y caprichosa hace decir al poeta:

Si eran mucho para mí
Tanto amor, tanta ventura,
¿Por qué me engañaste así?
¿Por qué entonces no morí
Feliz con tanta ternura?

Estos son pensamientos de todos los seres, en idénticas situaciones, pues de la vida del sentimiento como de la vida real, nadie quiere hallarse falto; para esto valía más no haber nacido. Pero aun presabida esta falta

ley, á la primera, á la vida del alma que más robustece el amor, no se nos debía dar á luz, por la sonrisa de unos bellos labios que mañana fruncirá el disgusto ó el desvío, por la sonora frase de una boca que nos execrará más tarde, ni por la ardiente mirada de unos ojos hermosos que se cerrarán un día, sólo porque en ellos no nos miremos. Fundadas, fundadísimas son las quejas que penas de amor nos arrancan; tales son que á nuestra vista la naturaleza toda cambia, se apagan nuestros deseos y mueren las ilusiones, que el amor, como la varilla milagrosa del mago, hace pasar ante nuestra vista cuadros brillantes que nos regocijan, y esta verdad la ha expuesto el poeta del magistral modo que sigue, al lamentarse de lo que ya no tiene.

Y con ese amor ardiente
Miré las flores más bellas,
Más espumoso el torrente,
Más apacible la fuente,
Más brillantes las estrellas.

Y no halló mi abnegación
Sin tí la vida un momento,
Ni un latido el corazón,
Ni el alma una inspiración,
Ni el cerebro un pensamiento.

En medio de tales dolores, cuando se siente y se ha amado de tal manera que ya no se podrá dejar de amar, cuando aunque no sea más que en ruina, queda en el corazón un tem-

plo, y fervoroso y creyente se rinde culto en él, hay en la queja la delicadeza que se advierte en el ruido del aire entre las hojas, y este detalle que acrece el valor de una acción, el valor de un sentimiento y que había de acrecer el de una composición poética, no lo olvidó el poeta y terminó diciendo:

A veces quiero morir,
Pero es perder tu recuerdo;
Mas, si olvido he de sufrir:
Entre la muerte ó vivir
No sé como más te pierdo.

En mi dolor te bendigo
Y corre amargo mi llanto,
Que ni una esperanza abrigo.
¡Por qué fuiste así conmigo
Cuando yo te amaba tanto?

Adios, mi triste querella
No turbará tu memoria;
Alumbre pura tu estrella
Y no dejen ni una huella
Mis lágrimas en tu historia.

A poco que se observe, se ve claramente; este es el verdadero sentir, el de las almas apasionadas que jamás vuelven atrás, sino que se consumen en su martirio y se consumen gustosas. El poeta, siempre á la altura en que desde el principio se colocó, deja percibir claramente los movimientos de su alma, hace escuchar los latidos de su corazón, y parece que de glóbulo en glóbulo, de sinuosidad en sinuo-

sidad, vemos discurrir la idea en su cerebro, como vemos los brillantes meteoros que en las tranquilas noches de estío, cruzan en vertiginosa carrera de un punto á otro del cielo, sin más luz entonces que la de las melancólicas estrellas.

Donde más se ha reflejado el propio y particular carácter del pueblo español, donde pueden estudiarse mejor las grandezas que tanto realce le dan en la historia, es en ese número portentoso de composiciones que constituyen el Romancero. Podrán, como dice Masden, no tener ningún valor como fuentes de conocimiento histórico, pero el alma del pueblo se refleja en ellas como se refleja el ave que vuela en las tranquilas aguas de un estanque, y de todas ellas, los que más realizan esta idea, son las moriscas y caballerescas. Unas y otras serán tal vez imitaciones de la antigua poesía árabi-ga, tan rica en descripciones, tan llena de imágenes, tan galante y tan florida; en ellas estarán vertidas las casidas y musvachajas que hicieron la gloria de muchos poetas árabes españoles, y tal vez muchas sean traducciones de ellas; tal vez en absoluto debamos la forma á los que fueron un tiempo dominadores de las fértiles regiones andaluzas, mas el fondo lo han hecho poetas castellanos cuyos nombres se ignoran, testimonio de grandeza, pues, casi siempre, de las obras más notables no se sabe más que su existencia. Unido lo heredado con lo que se adicionó más tarde, resultó un

género literario que tiene muchos y buenos cultivadores en España: necesariamente habíalos de tener también en México, y entre ellos descuellan Guillermo Prieto y Riva Palacio. El primero, á fuerza de ser popular, se hizo vulgar; el segundo en el romance es tan maestro que, muchos de los suyos, harían acrecer aún, el valor del romancero castellano. En este género de composiciones, que son de las que más esmero exigen, es en el que Riva Palacio se ha manifestado como poeta nacional. Si con buen número de ellos formara un tomo, el romancero mexicano llevaría al español la ventaja de que su autor es conocido, y que por su naturaleza misma, no podría dar lugar al sinnúmero de cuestiones que ha motivado el modelo al que los más procuran atenerse. Aquellos paisajes encantadores, aquella exuberante naturaleza, lo mismo que el carácter peculiar de aquellos individuos, su manera de ser, sus pasiones, sus rencores y sus querereres, están reflejados admirablemente en los romances á que nos referimos. Como romances descriptivos los que más llaman la atención son *El Alba*, *El Mediodía*, *La Tarde* y *La Noche*: gracias á ellos pasan ante nuestros ojos vistas que ansiamos contemplar, percibimos trinos que aun por desgracia no hemos escuchado, y hasta parece que la atmósfera en que los leemos se perfuma con un no sé qué de vago y misterioso, propio de las inéultas selvas americanas. Riva Palacio, por las composiciones

que llevamos enumeradas, sería siempre un gran poeta en cualquiera de las regiones en que se hable la hermosa lengua de Cervantes; pero luego que cualquiera conozca sus romances, comprenderá que nació en la patria de Motezuma; las bellezas de aquella tierra y las cosas que le son tan propias, artísticamente hablando, las ha sabido trasladar de tal manera, que creemos no haya ninguno que le iguale. Aun podemos decir que se excede á sí mismo al escribir cuadros de costumbre ó al presentar tipos de aquella privilegiada nación, y como ejemplo de una y otra cosa citaremos los que titula *El Chinaco*, *El amor del Chinaco*, y *La fiesta de Chepetlan*. Chinaco en México es lo mismo que chulo en Madrid, aunque sin el lado repugnante que á esta palabra ha hecho tomar la degradación del vicio, si es que en el vicio cabe aún algo más bajo. Chinaco es el jactancioso que, con exceso de corazón, lo mismo mata á uno que se sacrifica por otro, tipo popular, del que en Andalucía es molde Diego Corriente, y del que molde será en México Encarnación Torreblanca, tan admirablemente descrito por Riva Palacio. Recordando los méritos del romance *Los amores de un Chinaco*, han acudido á nuestra mente descripciones de primer orden, mas al mismo nivel asciende la del protagonista, de quien ha dicho el poeta:

Encarnación Torreblanca,
Valiente y afortunado,

Espuma y flor de jinetes
Y espejo de los chinacos,
Que planta dos banderillas
En menos que canta un gallo,
Y es en Puruandiro antojo
De las muchachas del barrio,
Y nadie con más destreza
Despide y amarra un lazo,
Y hace como rehilete
Al más soberbio caballo
Y se alza la lorezana
Y grita que «salga un guapo»
Sin haber quien le responda
Por que saben que es planchado.

Píntalo después triste y pensativo porque el amor se le muestra adverso, y en verdad que sintió bien el poeta al describir el sér amado: parece que se anima y entusiasma la mujer hermosa que pinta diciendo:

Flor del vecino cercado,
Más pura que una azucena
Y más fragante que un nardo.
Con dos ojos como soles,
Trigueña, cutis de raso,
Tan garbosa, tan flexible
Que más que cuerpo es el tallo
En que á la roja amapola
Columpia céfiro blando;
Más negro tiene el cabello
Que tiene la noche el manto,
Y si en los hombros lo suelta
El sol sale por besarlo.

Esta beldad, tan digna de envidia por las hermosas, ama también al que por ella está hechizado; mas su padre, que sabe á qué atener-

se, no cede en la negativa hasta que sepa del que quiere ser su yerno

Que ni precia de valiente
Ni es en amores un rayo
Ni le le gustan los amigos
Ni tiene horror al trabajo,
Y que hasta las esperanzas
Perdió ya de ser chinaco.

Las condiciones no pueden ser más duras, y aquel *lepero* fluctúa y duda y no se resuelve, pues, como dice con suma gracia,

Tan *picuda* me la pone,
Que de seguro no alcanzo:
Pues pide más imposibles
Que una vieja en el rosario.

Con lo presentado, creemos que basta para probar la verdad de cuanto dejamos sentado: poeta igualmente sobresaliente en todas las manifestaciones de la lírica, merece la alta consideración que con sus méritos ha sabido conquistarse.

De intento hemos dejado para lo último los *Cantares* de tan esclarecido vate. Estos, aunque parezca manifiesta contradicción con lo que del poeta en general llevamos dicho, nos eran bien conocidos, porque el cantar, entendiéndolo por él la sencillísima composición en que se deja suspirar el alma, es siempre igual en su fondo, es parecido en su forma. Nunca hicimos cantares porque para ello nos faltan

condiciones; pero entendemos que jamás puede ser una composición pensada, tiene que ser un relámpago de la imaginación al chocar con lo que la excita, del mismo modo que el que envuelve el rayo, es hijo del choque de dos nubes, y para esto ningún clima, ningún ser tan apto como el del Mediodía. Bajo aquel sol ardiente que desde donde luce lleva su fuego al seno de la tierra y caldea el fondo de los mares, en aquella atmósfera formada por igneos átomos, en los que sútiles perfumes de hermosas flores se disuelven, á orillas de aquel mar que se mueve blandamente como una mujer hermosa en su lecho, bajo aquel cielo fulgurante siempre, donde más brillan las estrellas, en presencia de los ojos de aquellas mujeres, ojos que enamoran siempre y que cuando enamoran matan, el alma casi siempre se siente estremecida, en cada uno de estos estremecimientos lanza un suspiro, y al recogerlos las ondas sonoras, los convierten en cantar que, triste y lánguido, murmurando siempre, resbala sobre las transparentes ondas, cruza por las celosías, atraviesa los muros ó surca regiones y regiones para elevar quejas del que lo emite, cayendo á los piés de quien lo inspira, ó entrando hasta el corazón de quien lo excita.

Suspiro del alma, antes de salir al exterior pasa por el corazón y de él recoge el tierno afecto ó el profundo odio, la calma ó la agitación, y una vez hecho sensible, muchas veces parece impelido por el aire candente del de-

sierto, otras por la suave brisa impregnada del jazmín y del azahar; son en suma, poemas, pero poemas geroglíficos, pues en breve encierran cuanto un gran poema puede contener. Más de una vez, en tranquila noche, cuando nada turbaba el reposo, allá en los primeros años de una vida que se acaba por el sufrimiento, lo recordamos y nos conmovemos, llegó á nuestro oído el acento de una voz varonil, que acompañada del lánguido son de la guitarra, entonaba tierna endecha á la prenda querida de sus amores; á la vista de nuestra alma, se rasgaba entonces la oscuridad, y en iluminado fondo percibíamos una mujer hermosísima que tras los hierros de la ventana sonreía dulcemente, un hombre que en el cielo de aquellos ojos se miraba, y entre ambos un mundo, en la atmósfera del que flotaban tantas sensaciones, deseos, caricias y dulzuras que ofuscaban la vista y no permitían ver el mísero mundo real en que vivimos; no pocas, estos acentos dejaban ver una pasión mal correspondida ó mal pagada, unos celos que destrozaban el corazón, ó un deseo que se agitaba en la nada, porque de ella no podía salir.

Aquellos acentos, de los que Rossini ha dicho son los de más subjetivismo que conocía y que tiempo há que por nuestro mal no escuchamos, han acudido en tropel á nuestra imaginación, ó mejor dicho, se han despertado del rincón donde el frío de los años los habían hecho refugiarse, al leer los pocos que Riva Pa-

lacio nos presenta en su libro, y ha dado lugar á que con ellos nuestra alma experimente dulces sensaciones, muy gratos recuerdos. Aquellos mexicanos que tanto valen, que hablan nuestro idioma, que tienen nuestros vicios y nuestras virtudes, que poseen nuestras combinaciones métricas, tienen también nuestros cantares, esto es, la apasionada expresión de nuestras almas; y bien se explica; al partir los primeros navegantes de la vieja España para la nueva, con un cantar se despedirían de sus lares queridos, y en las lejanas playas, fija su vista en el horizonte que en el derrotero para la patria se cierra, con cantares enviarían sus súplicas y sus ruegos, sus celos y sus temores, sus deseos, sus penas, y mil veces la renovación de aquel amor que al partir juraran, pues en aquellos hijos de los Abencerrajes ó de los Zegríes, más con la ausencia aumenta y crece más cada día. De la musa popular el distinguido vate mexicano recogería la idea y con ella ha hecho bellísimos cantares, de los que uno sólo citamos, para que al ser leído en la terminación de este trabajo destruya la mala impresión que haya podido causar.

Cambiaremos corazones,
Para que el tuyo me lleve;
Crecerán sus ilusiones
Pues yo le daré lecciones
De quererte como debe.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE



Juan de Dios Peza

Los purpúreos labios del hada bienhechora que preside al nacimiento de los mortales, debieron sonreír dulcemente un momento, momento feliz en el que vino al mundo el poeta cuyo nombre encabeza estas líneas; la fortuna esquiva y desdeñosa huyó de los bordes de su cuna, pero al nacer se halló rodeado de una atmósfera embalsamada con perfumes de hermosas flores, con las que por su mal los orientales no cuentan; lo cobijaba un cielo azul eternamente sobre el que los astros brillan siempre, los encantos de aquella naturaleza prodigiosa pudieron recrearle todos los días, y desde el primero un padre cariñoso y amante veló sus pasos y supo conducirlo al través de los mil escollos, por el áspero camino de la vida.

El día en que se publique la historia general de la literatura mexicana, el xix será su siglo de oro, pues para que ninguna grandeza falte á la centuria de la electricidad y del vapor, hale tocado en suerte ser el en que se realice la emancipación, desarrollo y engrandecimiento de aquel continente, que bien podemos llamarle heredero forzoso del nuestro, como éste lo fué del antiguo mundo Asiático. Los elementos al transmigrar no se pierden, se ingieren digámoslo así, allí donde son llevados, y forman primero un compuesto heterogéneo que se armoniza luego, resultado que vemos palpable en el arte y en la literatura. Llegaron hasta nosotros las claras luces del Oriente, dulcificadas en el esplendente panteón helénico, y de nosotros surcando los procelosos mares han sido importadas á aquellas tierras vírgenes, que tantos encantos atesoran. El estado de ánimo determina al sentimiento poético, y á éste lo excita en primer término la grandeza de la naturaleza. Figuraos valles y sierras donde jamás las tintas se hacen monótonas, picos graníticos que se pierden en las nubes, bocas de fuego que forman con su humo caprichosos dibujos en el espacio, flores hermosísimas que aventajan al iris con sus colores, y que es cada una un delicioso pebetero como jamás lo tuvo sultana, y mujeres de tez blanca como las hojas del lirio, que crece en la nieve virgen de los Andes, de ojos negros como las penas, pero suaves como el terciopelo, y no tendréis más remedio que

admitir una generación de poetas como la que actualmente florece en México y en la que Juan de Dios Peza ocupa tan preferente lugar.

Medir sílabas y ajustar palabras, torturar el pensamiento hasta hacerle encajar siquier sea confusamente en un número determinado de versos, es trabajo que la paciencia realiza y que no tiene más mérito que la laboriosidad, muchas veces disminuido por el fin que se propusiera aquel que lo realiza; pero sentir las bellezas y darse cuenta de ellas, traducir las excitaciones del propio espíritu de un modo tal que conmueva á los demás, ascender por movimientos propios á la región donde todo es luz para alumbrarlo todo, y todo color para dar ricos matices, dar forma plástica por medio del lenguaje al amoroso suspiro que se escapa del pecho de la virgen enamorada, al sollozo que brota del corazón herido, dejar á los mortales el eco de los ángeles y traducirles los apasionados trinos de las canoras aves, llevar al alma por medio de la palabra como á la vista los lleva un cuadro, todos los encantos de la naturaleza, es tarea que sólo puede realizar el sér privilegiado á quien con verdad puede llamarse poeta, al que como partos de su ingenio tiene composiciones que harán eterno su nombre.

En más de una ocasión lo hemos dicho y volvemos á repetirlo: México tiene grandes poetas, pero poetas líricos no más; y de algún peso podría ser esta particularidad á la fundada creencia de que el género lírico precede en to-

dos los pueblos á los demás géneros literarios. Las naciones de la América moderna tendrían historia literaria en sus aborígenes: existen restos de ellas que comprueban tal aserción, pero sepultadas en el tiempo no bastan á dar idea de aquella cultura primitiva. Llamadas por superior destino á formar parte del breve mundo conocido antes que Colón probara con hechos lo vano del saber con que le mortificaron en Salamanca, han sufrido influencias cuyos caracteres serán tal vez indelebles, porque aquella sangre en su mayor parte es nuestra sangre, y aquella vida es nuestra vida; pero de la misma manera que en los tiempos de la grandeza romana las provincias del vasto imperio, naciones más tarde, apenas dieron contingente ni á las letras ni á las bellas artes, América en tanto sufrió el dominio de la metrópoli permaneció absorta, considerando sin duda su antigua grandeza en la libertad de la naturaleza ó sumisa en la espera de mejores días; cuando éstos han llegado, cuando sin patria potestad, ni tutela, sus hijos han podido surcar las selvas; cuando han sentido hasta lo íntimo de su alma el calor de los rayos del sol de la libertad, se ha desarrollado su sentimiento, y sus suspiros de gozo han sido notas de misteriosa clave, sus acentos de gracia riquísimas y brillantes composiciones.

El sér humano necesita llegar á la edad de la razón para expresar con verdad lo que siente dentro de su alma, y lo mismo ocurre con los

pueblos; sólo cuando sacuden las trabas que extraños le han impuesto, elevan su voz para expresar sus deseos y aspiraciones, para cantar sus ideales y celebrar sus proezas. Cuando la realización de esto es un hecho, aparecen los géneros literarios: entonces descuella manifestación de lo individual y subjetivo la lírica como del corazón del hombre en sus primeros años brotan los acentos tiernos y apasionados.

Juan de Dios Peza como poeta cultiva el género lírico en su extensión, sin presentar ninguna particularidad, sin invadir el campo de ningún sub-género, y esta declaración la hacemos ateniéndonos á que por ello goza más nombre y declarando no ser nuestro ánimo ocuparnos de sus producciones dramáticas que no conocemos, y de las que sabemos únicamente le han valido legítimos triunfos. Peza es uno de esos hombres que hallándose en la edad en que suelen ser sólo risueñas esperanzas, ha logrado ser esplendente realidad. Contando apenas veinte y ocho años, ha recorrido grandes distancias del campo social merced á su elevado talento; la fortuna esquiva y caprichosa no le prodigó sus halagos, sin duda por esta razón las musas lo acariciaron como hermano; con la constancia que en los tiempos actuales necesita el hombre que á su trabajo ha de deberlo todo, luchando con las mil dificultades que la sociedad presenta al que no cuenta con más apoyo que el de su propio valer, Peza logró distinguirse tanto en su patria, tan claras muestras

dió de su habilidad y talento. que aquel gobierno lo nombró segundo secretario de la Legación de México en Madrid, y tal nombramiento será en el orden de los tiempos un hecho que acreditará el saber del presidente Díaz.

La diplomacia de los tiempos presentes no es la de las épocas pasadas: el derecho actual perfectamente definido, no deja campo á los absurdos y contrariedades que fueron un día causa de que fértiles campos se vieran regados veces y veces con sangre de hermanos; la diplomacia actual ha de tener por principal fin aunar los ánimos, para que más tarde desaparezcan las vallas que aislan á unos pueblos de otros y el género humano se vea en la unidad que es tan conveniente y apetecible para todos los fines de la vida; por ésto entendemos que el comercio intelectual es hoy el que más deben cultivar los diplomáticos, si quieren hallarse en relación con el tiempo en que viven. El nombre de Roma sólo debía ser motivo de repulsión y odio para todos los pueblos modernos, y por el contrario al pronunciarlo experimentamos una profunda admiración, casi un culto; y es que no queremos recordar que sus legiones lo arrasaron y lo devastaron todo, no queremos recordar que durante siglos, fuimos esclavos, que hicieron fértiles las tierras regándolas con el sudor de las frentes para alimentar al pueblo reyó servir de pasto á las fieras en el circo para divertirle; no queremos recordar las persecu-

ciones y violencias de que hizo víctima á los que no había dominado, y sólo acude á nuestra mente su sobresaliente cultura; vemos sus monumentos, admiramos su literatura, reverenciamos su derecho y aun hoy nos creemos dominados por el influjo de Virgilio, Ovidio y Horacio y sugestionados por el derecho de las Doce Tablas; es que echamos en olvido lo que nos pueda martirizar y recordamos lo que con aquel pueblo nos identifica: el alma humana siempre soñando grandezas, el corazón siempre aspirando á lo bello y á lo sublime. Cuando de los modernos pueblos pueda hacerse lo mismo, cuando demos al olvido las pasadas discordias y nos acordemos sólo de lo que nos auna, entonces sentiremos cuando sientan y gozaremos cuando gocen.

Allá tras esos mares dilatados donde cabe la tierra cien veces, está la patria de Moctezuma, la tierra donde Cortés conquistó su inmortalidad, tierra tributaria un día de España, aislada de ella por la exaltación de unos que no querían considerar más que oprimidos, por el rencor de otros que veían sólo los que habían desconocido una autoridad; separados por recuerdos de sangre vertida, sólo se hubieran aunado por medio de efímeros contratos llamados á caer en el olvido tan pronto como desapareciera el interés que les había dado origen, y esto porque no es bastante á aunar los ánimos las relaciones materiales; hay necesidad de algo que llegue al alma, de algo que parece tocar-

se, de algo que no necesita revelador porque se toca en los pueblos del continente en que habitamos, pero que no podía ser así entre estos y aquellos que se encuentran á tan gran distancia. Revelar en nuestro país la grandeza de aquél, había de ser obra de un hombre que comprendiera la necesidad de la época moderna de un modo claro y palpable como á Peza sucede. Venciendo las dificultades que se le opusieron, calmó las susceptibilidades de todos, pues España no pudo menos de regocijarse al ver que en la hermosa lengua de Cervantes, tan preciada de aquellos que en ella recibieran las primeras caricias de su madre y escucharan las primeras palabras amorosas, se habían escrito composiciones de tanto valer como las contenidas en *La Lira Mexicana*, que acreditan imaginaciones superiores, talentos de primer orden, y entendemos que agradecidos estarán de la buena acogida que tuvieron. Con una modestia que le honra sobremanera, cuidó Peza de sus compatriotas, hizo resaltar sus méritos, llamó sobre ellos la atención de los demás, y sólo algunos conducidos por sus propios méritos, se fijaron en sus composiciones originales, modelos de buen decir, pureza de imaginación y elegancia. Ausente hoy de nosotros, pero fijo en nuestra mente su recuerdo, vamos á exponer sumariamente nuestro juicio acerca del distinguido poeta diplomático, acerca de sus composiciones, en las que más de una vez hemos hallado deleites para

nuestra alma, cuando las penas la ahogaban.

Corto el número de las que conocemos, habremos de limitarnos al estudio de las contenidas en el precioso libro titulado *Horas de Pasión*, las insertas en *La Lira Mexicana*, y algunas otras publicadas en periódicos que la casualidad ha hecho llegar á nuestras manos, sin que por esto deba entenderse que es corto el número de composiciones á que Peza debe su nombre. Poeta de rica imaginación y fácil vena, podría formar abultado como con sus obras, pero siempre la verdadera modestia fué patrimonio de los que verdaderamente valen, y él aguarda pacientemente que el tiempo le dicte cuáles son dignas y cuáles no, de ver la luz pública, pues nunca le sedujo el aplauso, sino que por el contrario siempre trabajó por hacerse digno de él.

Con un saber cuyo mérito no decrecerá nunca, afirmaron los antiguos que sólo sería buen ciudadano aquel que bueno hubiera sido en la familia, y tenían razón, mucho más hoy en que todo el mundo se considera como hogar común de los seres, y á todos éstos como hermanos. En el seno de la familia se revelan las tendencias, se manifiestan los sentimientos, se caracterizan las ideas, y en una palabra, el hombre aparece tal como es, para más tarde, al ensanchar su esfera de acción, revelarse de igual manera en la vida pública que tendrá que hacer dentro de la sociedad á que pertenece. No entraremos á deslindar ahora el mayor ó menor

influjo que sobre el carácter pueda tener la educación, y lo tiene manifiestamente; pero bien claro se ve que el hijo amante y respetuoso, es respetuoso y amante en las demás relaciones, que constituye el esposo modelo y el ejemplar padre de familia, el amigo y el acrisolado patricio, pues los recuerdos de sus primeros días y aquel cariño que primeramente inflamó su alma, habían de ser bastantes á producir estos efectos, porque en la vida apetecemos siempre ser correspondidos, y de antiguo se sabe que tal como lo hiciéramos con los demás lo harán los demás con nosotros, y porque sobre todo esto se halla la conciencia del deber que late como nuestro corazón late, en las almas bien templadas y que sólo deja de latir cuando la vida se extingue. Tratado Peza deja advertir una bondad sin límites y condiciones que dan lugar á que bien pronto se experimente la absoluta necesidad de su compañía, pues en ella el sentimiento sigue el caprichoso rumbo á que lo impulsa la sensación. En el estudio detenido de las obras literarias, va implícito el estudio del hombre que las ejecuta: en vano será que quiera velar sus pasiones, en vano que quiera disimular sus sentimientos; unos y otros aparecerán claros y distintos, hallándose en ellos á cada paso elementos que nos puedan servir para recomponer la vida moral del individuo que nos ocupa, y esto tal vez como en pocos se advierte en Peza. Sus composiciones nos lo revelan como hijo amante y apasionado

enamorado, como patriota y como amigo; en ellas se advierte la transparencia de su alma y se lee la suavidad de sus sentimientos; asciende á lo más sublime y ridiculiza las necias preocupaciones sociales, que coartan la armonía de los seres; se revela en ellas un poeta superior, pero poeta al que no puede compararse con las aves canoras que trinan y trinan siempre del mismo modo, agradan y no se dejan entender, sino que más bien tiene semejanza con los ecos misteriosos que revelan á nuestro sér las secretas armonías del universo, el consorcio de los mundos y los lazos que uniendo á todos los corazones adquieren gran semejanza con los hilos eléctricos, y con más rapidez que el pensamiento antes que las palabras se puedan articular, nos hacen gozar ó sufrir como otros seres gozan ó sufren. Todas ellas están impregnadas de los encantos de los pueblos primitivos: hay en ellas lo grande que llega al cielo elevándose de la tierra en que vivimos, y no dejará de conocerse que son hijas de un poeta allá nacido, pues los perfumes que exhalan como las maravillas de que están salpicadas, son propias sólo de aquellas latitudes, donde el sol abrasaría sin la compensación de las brisas enfriadas en los picos de los Andes por sobre los que vuela el condor.

Con una pureza de dicción que revela un absoluto conocimiento del idioma, y que consuela al considerar como nada ha perdido la riquísima lengua al ser intérprete de los elevados

sentimientos de aquel pueblo hermano, con una pureza de conceptos que encanta, con una armonía en la frase que seduce y un hábil manejo del endecasílabo, Peza, como la más culminante prueba de su numen, tiene la composición *A mi padre*, que nunca será leída sin emoción: en todos los seres se da por igual eso vago y misterioso que nos hace ver somos sólo los eslabones de una cadena y que subsistimos por el punto de apoyo que nos presta aquel que nos antecede. Las relaciones que podamos entablar en el mundo, cabe mirarlas desde distintos puntos de vista, pero las que podemos llamar preexistentes á nuestra vida, tienen sello característico, algo para lo que no hay palabras que sirvan de expresión: como hijos nos conmueve á todos; al poeta le lleva á pulsar la lira; el artista inspirándose en ello mueve los colores en la paleta y agita en las ondas sonoras las más delicadas armonías que pueden hallarse en la lira universal que se llama corazón. De ella la cuerda más delicada, pulsa da con esmerado arte y exquisito sentimiento, hizo brotar la composición de que tratamos, bastante á recordar para siempre á dos seres, que de consuno han labrado la inmortalidad de un nombre. Lo tierno del afecto, no excluye la severidad de justo y sabio precepto que tiende á formar un sér para Dios, para la patria, para sus semejantes, y se advierte en ella la unción mística del consejo bíblico, expuesto con el varonil acento hijo de la seguridad

de miras que se adquiere con la experiencia.

Las tres primeras cuartetos forman un acabadísimo retrato, bastantes á dar á conocer á un hombre del que se dice:

Yo tengo en el hogar un soberano,
Único á quien venera el alma mía;
Es su corona de cabello cano,
La honra su ley, la virtud su guía.

En lentas horas de miseria y duelo,
Lleno de firme y varonil constancia,
Guarda la fe con que me habló del cielo
En las horas primeras de mi infancia.

La amarga proscripción y la tristeza
En su alma abrieron incurable herida;
Es un anciano, y lleva en su cabeza
El polvo del camino de la vida.

Y si con esto basta para que lo conozcamos físicamente, en lo moral sabe revelar también de una manera perfecta al que nos parece ver agobiado por el peso de las desventuras, sangrando los piés por las heridas que le abrieron las espinas de las tortuosas sendas del mundo; al hombre sobre cuya cabeza pesan ya las blancas nieves que el implacable tiempo deposita y que ningún sol fundirá, cuando da los consejos con que le alienta y que no sólo por probar la maestría del poeta, sino también por lo mucho que pueden servir á todos, transcribimos aquí

Haz el bien sin temer el sacrificio,
El hombre ha de luchar sereno y fuerte,
Y halla quien odia la maldad y el vicio
Un tálamo de rosas en la muerte.

Si eres pobre, confórmate y sé bueno;
Si eres rico, protéje al desgraciado,
Y lo mismo en tu hogar que en el ajeno
Guarda tu honor para vivir honrado.
Ama la libertad, libre es el hombre
Y su juez más severo es la conciencia;
Tanto como tu honor guarda tu nombre,
Pues mi nombre y mi honor forman tu herencia.

Poetizar de la naturaleza y de sus encantos, de la calma con su placidez, de la borrasca con sus luchas, del amor que nos hace hender el espacio hasta llegar al trono de Dios, ó de los odios que nos conducen hasta los antros sombríos, es fácil porque en todo y sobre todo ello se agita el sentimiento engendrador de las ideas, cuyas formas tienen siempre algo que seduce y atrae, aun creemos fácil poetizar de los derechos con que un sér se cree, pues éstos constituyen aspiraciones que cuando no nos elevan nos exaltan; pero poetizar del deber imperioso, más fuerte aun que el impuesto por la ley, del deber coexistente con nuestra propia conciencia, que á él nos debe llevar, es harto difícil, porque éste cae bajo el exclusivo dominio de la razón fría y serena á quien sientan mal las gasas ligeras con que se visten las hijas de Apolo; pide más bien el pesado ropaje de las severas matronas, razones porque es más de admirar esta composición. En toda ella se advierte algo de santo y patriarcal que hace que al pensamiento acuda el recuerdo de aquellos felices tiempos en que la familia, elemen-

tal representación de la sociedad, tenía un valor que hoy por desgracia va perdiendo y que en el período de armonía que debe darse en la sucesión de las edades será una de las cosas más dignas de censura en la progresiva época que alcanzamos. Sí, no nos cansaremos de recomendar esta composición por los relevantes méritos que atesora, tanto por lo que á su forma atañe, como por lo que su fondo representa, y más de una y más de cien veces hemos leído los versos últimamente citados, ansiando decir como el poeta:

Este código augusto, en mi alma pudo,
Desde que lo escuché, quedar grabado:
En todas las tormentas fué mi escudo,
De todas las borrascas me ha salvado.

Profesión de fe que tanto vale para aquellos á quienes poco importan los méritos de los difuntos y que ven en el hombre algo más que la fortuna material, que como la onda se va y viene sin voluntad propia, sino merced al favorable ó adverso aire que la mueve.

En todas las tormentas fué mi escudo,
De todas las borrascas me ha salvado.

Este dístico ansiamos, que con respecto á él sea una eterna verdad. Los hombres en la vida atravesamos por situaciones, en las cuales para poder seguir adelante es necesario ¡extraño contraste! replegarse en el pasado, envol-

verse en la densa nebulosa que forma el tiempo, embriagarse en el recuerdo de la dicha de otros seres, de las proezas de los héroes, de la belleza ideal, dado que por cualquier parte que la acerquemos á nuestros labios, la copa de nuestro destino resulta amarga como la hiel y repugnante como lo más que nos haga apartar la vista con horror. En el mar de la vida, las tormentas no se dejan sentir de aquellos para quienes el mundo está poblado pero *¡vae soli!* dijo el Eclesiastés, y ¡ah! de aquellos para quienes el bullicio del mundo es menos animado que un cementerio! En la existencia, las borrascas pasan sin ser notadas por el que se siente ayudado; mas todos sus furores se multiplican para el que siente que todos le empujan á la desdicha, en que no cabe ni aun la esperanza.

En el insondable abismo que constituye el corazón humano, donde apenas nada se descubre, ni se advierte, hay un punto luminoso, digámoslo así, algo que se presiente y que como inevitable se espera, como ansioso se aguarda de la flor el perfume, del agua la transparencia, de las aves el trino, porque sin saber cómo ni cuándo, en ese punto del organismo físico, que lo es al mismo tiempo de la sensación psíquica, alguien depositó el misterioso germen de una pasión sublime que necesariamente se ha de revelar en el hombre, como por la acción se revela la vida. Tarde ó temprano llegará un día en que el ser experimente una ansiedad que nada sacie, que le haga melan-

cólico en medio de la alegría, que le cree un mundo fantástico donde floten las visiones, porque nada tan admirablemente creador como el amor que todo lo llena. El artista, en la acepción general de la palabra, manifiesta siempre en sus obras la aparición de este sentimiento, y lo revela con las dulzuras ó con los amarguísimos dolores que le haga experimentar; cuando inspira, se ven en las creaciones más luz ó más sombra, más melodía ó menos, más brillantez ó mayor opacidad, de todo lo cual pueden hallarse comprobantes que jamás desaparecerán, pues llamadas á lo eterno están la capilla Sixtina con los dolores que por Vitoria Colonna sintió Miguel Angel, la indecible dicha que para sus vírgenes sorprendió Rafael en los ojos de la Fornarina, la amargura de Espronceda en los versos de su elegía grandiosa, que parece estar escrita con la sangre que brotó de la llaga que abrió en su corazón el desengaño, y la cruenta tortura que se advierte en las melodías de Beethoven, porque el amor es algo que imprime carácter á todo lo que se realiza bajo su acción. Caprichoso como subjetiva condición y vario en sus manifestaciones, hay que sorprenderlo en la idea aislada, en el giro no previsto, en la forma que nunca soñamos pudiera presentarse; y que cierto es esto, podemos verlo estudiando los composiciones del inspirado vate que nos ocupa. Líricas ambas pertenecen á clases tan distintas la una de la otra, como distinto es lo

grave que induce á pensar y lo cómico que nos lleva á reir.

Nieve de Estío y *Un Consejo de Familia* son producciones que por sí solas acreditarían de poeta y de poeta de primer orden á Juan de Dios Peza, aunque más frutos no se hubieran recogido aún de su privilegiado talento; pero teniendo por dicha algunas más con que compararlas, podemos decir que sobresalen porque los encantos de sus pensamientos seducen y halaga la maestría en el decir, que poco en verdad puede haber mejorado durante el tiempo que acá en la patria de Cervantes ha vivido. Lo que con más amor nos lleva á los estudios que sobre poetas mexicanos hacemos y más nos hace sentir que carezcamos de méritos para apreciarlos como deben ser apreciados, y estar faltos de palabras para alabarlos, que por más que anhelamos, no hallamos por nuestro mal, es que se hallan escritas en este idioma venerando que hablan nuestros padres y en el que deseamos escuchar las súplicas, los amores y hasta las imprecaciones; porque entendemos que ninguno más apto ni adecuado para que nos conmovamos dulcemente si á nosotros se dirigen los primeros, ó aterróricamente el remordimiento á nuestra conciencia si por desgracia nos hacemos acreedores á las segundas, y nos seduce y halaga ver que mas allá de los mares, en apartadas regiones muy distantes de esta tierra de que tantas glorias pueden cantarse, hay pueblos en los que seremos entendidos si

la suerte propicia ó adversa, allá nos lleva, y nada en ellos podremos echar de menos, pues hermanos sus cielos por la pureza de sus azules mantos, lo son los hombres por el sentimiento y por el idioma en que con sin par igualdad expresan sus pensamientos. En ambas composiciones, cuyos títulos dejamos enunciados, la bella y rica forma corresponde perfectamente á su fondo; una mujer, morena, de hermosos ojos negros y negros cabellos también con los que podría cubrir las formas esculturales de su cuerpo, haciendo brillar más la tersura de su cutis blanco mate y el purpúreo rojo de sus incitantes labios, ama, y con tal vehemencia, que bien la iconografía podría tomarla, como perfecta representación de la pasión amorosa si en la realidad se hallara tal como el poeta la describe: esta mujer que sueña con su amante y que quisiera adivinar su pensamiento, siente temor que la atosiga, al encontrar en su cabellera de ébano, plateada hebra que, efectos de la edad no puede ser, y que le lleva á discurrir sobre cuál será la causa de aquello. Este es el fondo de la composición en la que, con exquisito sentimiento, parece haber sorprendido el poeta todas las turbaciones y temores de un corazón femenino, que se acongoja y padece, considerando que puede faltarle el amor de sus amores, la vida de su vida, pues el amor es á la mujer lo que el alma al cuerpo, lo que el perfume á la flor; quitad á la mujer el amor y

dejaréis la estatua construída de pesada materia, que en inestable equilibrio, constituye una amenaza para cuanto le rodea: en toda la poesía se advierte gran riqueza de imaginación, una pureza de detalles asombrosa, que da lugar á creer que no es ella más que el molde donde se ha vaciado la confianza de una de esas mujeres que tienen madrigales en los labios y poemas en los ojos; mujeres que saben hacer de sus caprichos leyes y que sin duda han existido en todos los tiempos; mujeres que enamoras hasta el fondo del alma, quieren agrandar siempre y que en su loco anhelo crean defectos á las cosas más pequeñas, y por todo vierten lágrimas que, humedeciendo sus mejillas, las hacen parecer rosas que han recogido las líquidas perlas que se forman con el llanto de la aurora. Podríamos limitarnos á decir de esta composición que es sobresaliente: mas en el temor de que tal calificativo se dude, presentaremos en su apoyo algunas cuartetas, en las que su fondo y su forma manifiesten de un lado la delicadeza de sentimientos del poeta y de otro la maestría en el manejo de habla castellana.

Interesante y tierno dice al comenzar:

Como la historia del amor me aparta
De las sombras que empañan mi fortuna,
Yo de esa historia recogí esta carta
Que he leído á los rayos de la luna.

La carta revela, como hemos dicho, el mal-

hadado encuentro que aquella mujer, que se confiesa caprichosa desde luego, tuvo al ver una cana perdida entre los negros rizos que forman esplendente marco á su agraciado rostro, y tras aquella otra y otras que le hacen exclamar:

¿Por qué se pone mi cabello cano?
¿Por qué está mi cabeza envejecida?
¿Por qué cubro mis flores tan temprano
Con las primeras nieves de la vida?
No lo sé. Yo soy tuya, yo te adoro,
Con fe sagrada, con el alma entera;
Pero sin esperanza sufro y lloro.
¿Tiene también el llanto primavera?

Manifiesta luego celos que le hacen sufrir mucho, y como quien intenta la última y decisiva prueba, le envía un rizo de blancos cabellos, contraste punzante de lo que da más realce á sus encantos, y queda consolándose con lo que más alegría hace llegar al fondo de su alma; con esa ternura infinita de la mujer enamorada que propone la antítesis para provocar lo que la anime, dice:

¿Serán para tu amor mis canas nieve?
Ni á suponerlo en mis delirios llevo.
¿Quién á negarme sin piedad se atreve
Que es una nieve que brotó del fuego?
¿Lo niegan los principios de la ciencia
Y una antítesis loca te parece?
Pues es una verdad de la experiencia:
Cabeza que se quema se emblanquece.

Y tras una nueva manifestación de su amor,

refiriéndose á lo que es causa de su pena, termina:

¿Lo guardarás? Es prenda de alta estima
Y es volcán este amor á que me entrego;
Tiene el volcán sus nieves en la cima,
Pero circula en sus entrañas fuego.

Atenidos á lo que en sí es la composición, no creemos que se nos juzgue apasionados por el calificativo que nos hemos permitido darle, y fiados en la imparcialidad que dentro de los justos límites nos contiene, podemos decir que es una de las mejores y más brillantes del poeta que estudiamos.

La mujer presentada en *Nieve de Estío* y la que presenta en el *Consejo de Familia* difieren notablemente: aquella siente violentamente las sacudidas de la pasión, ésta se muestra dulce y sencilla; en la primera hay altivez y despecho corriendo parejas con un amor que todo lo llena, la segunda es cándida y pura, su amor todo lo perfuma; la primera es la rosa, la segunda es la violeta.

Natural es de todo punto que los padres ambicionen para sus hijos el absoluto de la felicidad posible; pero ¿en qué consiste la felicidad? En la muerte, dado que la vida es un valle de lágrimas; esta contestación, que después de todo es una particular opinión, no sirve en el presente caso, y si interrogamos á todos los pueblos y á todas las generaciones, cada uno os dirá cosa distinta, porque es lo más cierto

que nadie hasta ahora se manifestó contento con la peregrinación emprendida. La humanidad en esto se asemeja al pueblo hebreo: el obstáculo que vencer, la ambición, el error, todo les mortifica; ellos llegaron al fin á la tierra prometida: la humanidad sigue aun en el desierto; no sabe cuándo ni dónde hallará lo tan deseado; pero en esta diversidad de creencias, la más rara y extraña es la de la época moderna, en la que, dígame lo que se quiera y por repugnante que la afirmación parezca, la felicidad se hace consistir en el dinero. Ignoramos si Moisés ha subido por las tablas de la ley; pero el pueblo adora al becerro de oro. Efecto de la viciosa educación que recibe la mujer moderna, los padres, cuando ven llegado para ellas el momento de unir sus destinos á otro ser, que será en adelante su sostén y garantía, procuran que, como esencial condición, tenga riquezas, pues de este modo la joven, la mujer lo tendrá todo; error profundo de fatales consecuencias que ha dado á los juristas más que escribir que toda otra cuestión, y que es, digámoslo así, la causa eficiente de esta relajación de la familia, pues la institución matrimonial no fundada en el amor y el afecto, que es su base natural, decae y se prostituye, y es grave esto por las alteraciones que suele producir, dado que en un número considerable de casos las imposiciones no dan resultados y el corazón manda; cuando esto sucede el principio de la autoridad paterna está minado

y la joven unirá sus destinos al ser á quien el afecto la incline. El error fatal que lleva á unos á procurar la muerte del sentimiento y el triunfo que éste consigue siempre que existe, están presentados de hábil manera en esta composición, en la que el poeta, como en todas las suyas, hace galas de una imaginación riquísima y de unas formas encantadoras.

¿Quién la miseria y el amor concilia?

Hé aquí, según el poeta, la cuestión que no para discutir, sino para impugnar, ha hecho que se reúna el consejo formado por los padres de la novia, en derredor de los que

con rostros muy severos
Y animados de cólera no escasa,
Estaban cual prudentes consejeros,
Seis ó siete visitas de la casa,

y entre ellos la joven á quien se quiere obligar á que deje de amar á un poeta, que cierto es tiene laureles, pero que según todos, no tiene con que proporcionarle ese sin número de comodidades con que sueña la mujer de nuestros días. Tal intención, sin el amor verdadero que posee á la niña, se hubiera conseguido, se conseguiría siempre que para ello se emplearan las razones que aquellos consejeros alegaron, razones que excitan la risa por la gracia inimitable con que están expuestas, por la punzante ironía con que están dichas y que acreditan

gran vis cómica, de la que es lástima no tengamos más prueba que la que nos ocupa.

La parte agitada de la sesión comienza luego que la joven confiesa amar mucho al poeta; el padre amenaza, la madre se asusta, una de las visitas la califica duramente y entonces:

Los versos nada más son oropeles,
Dijo la anciana en tono reposado,
Y apuesto á que no sirven sus laureles
Ni para sazonar el estofado.

Tras esta afirmación, que la señora diría ser hija de lo que vulgarmente ha dado en llamarse *sentido práctico*, sigue:

O ¿quién sabe? agregó con triste acento
Una visita al parecer piadosa,
Si se irán á poblar el firmamento
O á vivir en el cáliz de una rosa.

.....
Puede ser, interrumpe otra persona,
Que intenten levantar, llegado el caso,
A orillas de la fuente de Helicon
Un palacio en las faldas del Parnaso.

El regalo de boda, amigo mío,
Tendrá joyas riquísimas y bellas:
Junto á un collar de perlas de rocío,
El manto azul del cielo y sus estrellas.

Envidia te tendrán los serafines,
Pues tendrás deleitando tu hermosura
Una alfombra de nardos y jazmines,
Y un ruiseñor que cante en la espesura.

El marido feliz te dará un beso,
Diciendo tengo un ángel por esposa,
Y á la hora de comer ¿quién piensa en eso?
Para el poeta la comida es prosa.

No queremos continuar. Si no con la magia con que el poeta las ha sabido revestir en frases más ó menos escogidas estas mismas razones muchas veces, se dicen en parecidas ocasiones, cuando sin considerar lo muy expuesto que es matar el sentimiento en una mujer se le aconseja que desista de la pasión por que vive; y cuenta que no es nuestro ánimo aconsejar las uniones en que de nada no se hará nada, pero hay gran distancia de esto á la condenación del que carece de riquezas, que privado debía verse, según la generalidad piensa, hasta del amor que inspira. Por fortuna tales razones producen efectos contraproducentes, y el poeta al terminar su composición lo dice; las risas de los concurrentes parecen avivar la llama que tratan de extinguir y ella:

Como asoma en los cielos una estrella,
El rostro fué á asomar por la ventana.
Ven, me dijo, mitad del alma mía;
Dicen que amarte es prueba de torpeza;
Que te deje por pobre, ¡qué ironía!
Que por pobre te olvide, ¡qué tristeza!
Como no nos comprenden, es por eso
Que destruir mis amores se concilia:
Yo siempre seré tuya, dame un beso.
¡Se ha lucido el consejo de familia!

Sátira finísima y delicada, cuyos encantos prueban el cuidado con que la trató su autor, es modelo de buen decir y constituye un cuadro que parece tomado del natural, según lo vivo de sus colores y lo natural de sus rasgos;

hay en ella cuanta vida y movimiento son apetecibles, y tal es su finura, que deleitando corrige, mejor dicho ¡quiera Dios que corrija!

El libro que el poeta tituló *Horas de pasión*, le dará al leerlo, si lo lee, horas tristísimas de amargos pesares: el ídolo levantado por su amor, cayó en el fango, las dulzuras de las sensaciones que le dieron vida, se han trocado en tormento que va á ser eterno. Esto no obstante no podemos dejar de reseñar, aunque sea brevemente, las poesías que lo forman, son las primeras rimas del poeta, son, digámoslo así, sus primeras manifestaciones, y no cabe dudar en vista de ellas, lo mucho que el poeta prometía y que ha realizado más tarde, del mismo modo que de esto puede deducirse lo que llegará á alcanzar. La literatura alemana, ya porque á ello se sienta llevado el mayor número de los poetas, ó porque el carácter de aquel pueblo, su naturaleza especial, su imaginación vaga y melancólica á ello les induzca, abunda en composiciones de corta extensión, pero llenas de ideas y encantos á las que han llamado *lied*: justo es hacer notar que tal cosa entre ellos es todo lo que no sean las grandes composiciones líricas ó épicas, y aun esto ha sido rebatido en parte por los que en el gran poema de los Niebelungos no quieren ver más que *lieder*: sin manifestarnos dispuestos á aceptar esto, que bien puede calificarse de exageración, no podemos menos que estar conformes con los críticos que afirman que el medio

más general de expresión de la poética alemana es el *lied*, por lo que en ellos se encuentra lo mismo la idea que en las demás literaturas constituye el fondo de la égloga, que la ironía propia de la sátira, que la alegría bulliciosa propia de la báquica oda; entre los alemanes un *lied* basta para expresar el amor purísimo y tranquilo, y en un *lied* hacen gala de la proeza guerrera; en un *lied* cantan las delicias del vino y con otro celebran las ventajas de un arte, profesión ú oficio, y tal y tan irresistible es la fuerza con que á este género se ven llevados, que *lieder* podemos hallar en el *Fausto*, en el *Wilhelm Meister*, de Goethe y en la *Wallenstein*, de Schiller, con lo que bien puede afirmarse que indeterminado el carácter del *lied* y probado que es sólo calificación genérica de composiciones, por su extensión, las demás literaturas no lo han imitado, sino que *lieder* pueden llamar los alemanes á esos suspiros del alma de los poetas que en todas existen, á esas composiciones que parecen resultados de las violentas agitaciones que dan color á la vida, destruyendo su horrible monotomía. Entre nosotros, porque poetas de inmenso valer lo hicieron, estas sencillas composiciones pueden llamarse *rimas*, y si bien es cierto que en las de Peza se pueden advertir censurables descuidos y defectos, no lo es menos, que atestiguan un corazón tierno y apasionado, un alma ardiente que en ellas se transparenta, por lo que dejan advertir la ambición, los celos, el

despecho y cuantos afectos se dan naturalmente en un sér enamorado.

Es la ausencia tan terrible mal, que excita á cantar tristemente; lejos de la patria donde se vió la luz, se siente mortal angustia, que el poeta ha manifestado en la composición dedicada al sabio Dr. Híjar y Haro y cuyo título es *Tras los mares*. Con la doble vista que el deseo proporciona, desde aquí, por grata que su estancia le fuera entre nosotros, como siempre nos manifestó, veía los encantos de la esplendente naturaleza que favorece á su patria, y echándolos de menos, manifiesta su dolor en sentidos versos que harían honor al que más de poeta se preciara.

Poeta de corazón y amante de su patria, cuidó tanto Peza de sus conciudadanos mientras vivió en España, que á esto se debe que no haya conseguido él todo el nombre que merece: mucho más hubiera aumentado su reputación sobre la muy grande de que ya goza, pero se afanó por hacernos adquirir conocimientos que nunca serán bien agradecidos, y hoy, lejos de nosotros, procuramos pagarle en la pobre medida de nuestras fuerzas, revelando méritos que en su modestia tenía dados al olvido. Soñador de las alegrías como de los dolores, le hemos visto en sus composiciones exponiendo con sin igual maestría ideas que alegran al corazón, y de exprofeso hemos dejado para lo último hacer mención de las en que cautiva, por el vago dolor que nos produ-

ce el considerar lo que en ellas expone. *Post umbra* y su soneto *Las dos perlas* pertenecen á esta clase: en la primera tal vez aquella mujer arrogantisima de *Nieve de Estío* que con sus caprichos nos encantaba, tal vez otra de igual temple ó igual belleza, se queja del abandono de su amante, abandono que le produce indelible angustia. Será tal vez esta mujer un mito, tal vez su realidad se limitara á la mente del poeta; pero es lo cierto que á sus quejas acuden á nuestros labios frases de consuelo que prodigarle y se nublan nuestros ojos con el llanto. Es Peza de los poetas que cumplen perfectamente la misión que les está encomendada, sus versos son ideas de las que se apodera el cerebro y cuyas esencias llegan al corazón; no hay en él esa pesada redundancia de palabras que se advierte en los que con ellas parecen haber llenado el molde que hicieron para una composición; el pensamiento se ve claro y distinto; produce goces porque siempre estierno, impresiona porque la forma en que lo expone es la más apta para ellas. ¡Pobre mujer! esta exclamación brota de nuestro pecho á impulso del dolor que nos causa el abandono de aquella que por boca del poeta dice al verse precisada á escribir una carta en que lamenta su desventura:

Si cayera mi llanto hasta las hojas
Donde temblando está la mano mía,
Para poder decirte mis congojas,
Con lágrimas mi carta escribiría.

Mas si el llanto es tan claro que no pinta
Y hay que usar otra tinta más oscura,
La negra escogeré porque es la tinta
Donde más se refleja la amargura.

Tras esto, con sin igual verdad expresa aquella mujer lo que sólo puede concebir un corazón que ama; hay allí la antítesis que resulta de la sonrisa que aparece por querer disimular el sentimiento y de la lágrima que la sonrisa arranca; se advierte la comprensión íntima de la pasión amorosa en su aparecer cuando la triste abandonada exclama:

¡Por qué te conocí? Cuando temblando
De pasión, sólo entonces no mentida,
Me llegaste á decir, «te estoy amando
Con un amor que es vida de mi vida,»
¡Qué te respondí yo? Bajé la frente,
Triste y convulsa te estreché la mano,
Porque un amor que nace tan vehemente
Es natural que muera muy temprano.

Como definición de los amores que pasan para dejar en el alma tristes recuerdos, nada encontramos ni tan sentido ni tan bello como:

¡Cuántos de los crepúsculos que admiras
Pasamos entre dulces vaguedades;
Las verdades juzgándolas mentira,
Las mentiras creyéndolas verdades!

Y al evocar en su memoria con amargo duelo las felices horas de cuyo paso se lamenta, cuántas como ellas se dirán en silencio:

Al verme embelesada al escucharte,
Clamaste aprovechando mi embeleso:
«Déjame arrodillar para adorarte;»
Y al verte de rodillas te di un beso.

Por más que á los que de timoratos blasonen
pudiera parecer escandaloso el alarde de la pa-
sión por medio de lo que de terrible falta cali-
fican, no podrán menos de afirmar que como
el poeta en su protagonista dice:

Debo aquí confesar que un beso ardiente
Aunque robe la dicha y el sosiego,
Es el placer más grande que se siente
Cuando se tiene un corazón de fuego.

No queremos seguir, pues de hacerlo ten-
dríamos que citar uno á uno todos los versos
de tan notable composición, y comprendiendo
el natural cansancio que al ánimo de nuestros
lectores habrá llevado nuestro trabajo, vamos
á terminar dedicando breves frases á un soneto
que bien podemos decir fué una improvisa-
ción. Lo vimos hacer; por la frente del poeta
cruzó una nube, tal vez importuno recuerdo
de algo que lamentaba; inclinó la cabeza y
cual prolongado suspiro que en el papel se fo-
tografiara quedaron los versos que transcri-
bimos:

Nació en el fondo de la mar bravía,
En su cárcel de nácar refulgente,
La perla que hoy sobre tu hermosa frente
Roba su brillo al esplendor del día.

Así dentro de tu alma nacería
Esa furtiva lágrima candente
Que, brillando en tus ojos tristemente,
Miré rodar sobre tu faz sombría.
¡Ah! Tú no eres feliz con la riqueza,
Y encubre tu esplendor tantos pesares
Como perlas ostenta tu cabeza.
Habla más á los seres no vulgares,
Una perla del mar de la tristeza
Que las perlas del fondo de los mares.

Tal vez lo más acertado de nuestro trabajo
sea, tras haber copiado íntegro el soneto, no
decir una palabra: nuestras alabanzas serían
siempre pálidas, y aunque tenemos concien-
cia de que lo son también las que á las demás
composiciones hemos tributado, nos queda la
satisfacción de haber hecho cuanto posible nos
ha sido por probar que Juan de Dios Peza es
uno de los poetas que con más orgullo debe
mencionar la historia de la literatura en Mé-
xico y uno de los que con más provecho hon-
ran á las musas castellanas.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE ANDALUCÍA

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Manuel Carpio

Que ha vivido un hombre que se llama-
ba Manuel Carpio, es lo único que
sabemos para hacer la biografía del
poeta; mas para apreciar sus relevantes talen-
tos, nos quedan sus obras, suntuoso túmulo de-
bido á sus propias fuerzas, con las que supo
labrarse una nueva vida para después de su
muerte. Nacido en la tierra aquella donde el
sol todo lo dora, donde el perfume natural de
las hermosas flores todo lo embalsama, sus
poesías son poco conocidas entre nosotros y
su nombre casi no suena, pues las voces de los
que podían hacerlo llegar á nuestros oídos no
se perciben, apagadas por el continuo rugir de
las oleadas que las modernas opiniones han
hecho moverse en aquellas Andalucías riquísi-

mas del mundo que diera Colón por hermano al ya viejo que antes tenían los mortales para morar.

Extraño puede parecer, por la punzante discordancia que resulta de los dos nombres, que al querer tratar del poeta católico, del poeta eminentemente religioso que México tiene inscrito en las brillantes páginas de su historia literaria, nombremos al irónico y sangriento Heine, al Voltaire alemán, pero es justo: refiere el autor del *Intermezzo* que cerca de Goettinga conoció, cuando él no era aún conocido, dos hermanas apellidadas Kuhn que formaban entre sí el más extraño contraste; la una era positivista y dada á las más prácticas realidades; fuerte y gruesa, gustaba poco del sencillo *lied*, al que no encontraba significación, y hacía falta nada menos que un terrorífico cuento de Hoffman, para que se manifestara conmovida; Sofía, que así se llamaba la otra, era dulce y sencilla; asemejábase á esa menuda y delicada planta que al tacto plega sus hojas y se pone mustia y que sin duda por esta razón ha recibido el nombre de *sensitiva*. Había sido musa inspiradora del romántico Novalis, y cuando algún tiempo después de muerto éste, Heine, llevando, como él mismo dice poéticamente, clavado el dardo en el corazón, volvió á encontrar á la que en vida fué ídolo é inspiración del tierno autor de los *Himnos á la Noche*, hallóla sosteniendo entre sus pálidas manos un libro que le dió á conocer, la inacabada

novela á que su amante había dado por título *Henri von Hofterdingen*: en ella había narrado las curiosas aventuras del que luchó en la *Wartbourg* con Klinsohr de Hungría; también nosotros cogimos de manos de elegante y religiosa dama las bellísimas joyas en que nos vamos á ocupar; ella fué la primera en dárnosla á conocer, y si por los encantos de forma en la exposición que de ella hizo, ganaron las bellas letras alemanas, con el hallazgo que Heine reveló, no dejarán de ganar tampoco las españolas con nuestra presentación; los méritos del presentado no decrecen, ni se aminoran, ni se empañan, por toscas y desaliñadas que sean las formas de aquel que á lujosísimo salón lo lleva.

Felices nosotros, que en esta ocasión no podemos temer ni el desaire, ni el cansacio que naturalmente produce el esfuerzo que hay que realizar para conseguir una cosa difícil; presentar á Carpio es una valiosa recomendación para nosotros, pues él por sí sólo se recomienda, y una vez visto, pasa desde luego á ocupar por derecho propio el lugar que legítimamente le corresponde; elevado puesto al que sólo llegan los maestros. Lástima y pena produce considerar cuán descuidada se halla en México la lectura de este poeta y de los que como él merecen títulos de hablistas, pues de ser lo contrario, menos incorrecciones cometerían los vates principiantes, que por desgracia se dejan arrastrar con harta frecuencia por visio-

nes irrealizables y fantasmas que no conducen más que al lenguaje incoherente, hijo de una vehemencia exagerada en la que no andan, sino saltan. Pensar que Carpio puede yacer en el olvido porque, dadas las corrientes de la época, se le haya ocurrido á cualquiera calificarle de anticuado, es cosa que consignamos solamente llevados de una sospecha, pues en modo alguno puede imputarse tan enorme propósito á quien sepa lo que es literatura, á quien sepa lo que es poesía propiamente hablando y quiera saber también lo que es lenguaje. Las opiniones modernas exageradas hasta un punto en que se hace difícil distinguirlas del *delirio tremens*, las perniciosas luchas políticas y más que políticas de bandería, que en repetidas ocasiones han hecho del hermosísimo edén mexicano un infierno cual pintan los hagiógrafos el reservado á los perversos, será tal vez causa del abandono en que se deja á este inspirado maestro del buen decir, temiendo tal vez algún *sprit fort* de los que se acostumbra ahora, que nada bueno haya dicho quien con el corazón exento de pasiones bastardas y con los ojos puestos en Dios, creía en su omnipotencia divina, bendecía su sacrosanto nombre y con los ojos preñados de lágrimas saludaba á la madre del *Verbo* con el acatamiento del buen cristiano, cuya profunda fe no quebrantan ni temores, ni amenazas, ni penalidades.

Error profundo el de los que así piensan;

estudiando cuantas literaturas se han sucedido en el tiempo, debidas á pueblos que florecieron y que al pasar á la historia nos han dejado en riquísima herencia las valiosas joyas de sus ingenios, pueden convencerse de lo contrario; desde las literaturas orientales, pasando por las antiguas de nuestra familia para llegar á las modernas, no hay una que deje de tener grandes modelos en el género que con tanto acierto cultivó el modesto cuanto notable poeta que estudiamos y jamás ni la pasión ni el sentimiento político dieron lugar á que de ellos se apartara la vista; todavía admiramos las soberbias *eslokas* de los Vedas y nos sentimos cautivados con los conceptos admirables de las sentencias brahmínicas; nos deleitan los himnos homéricos que ensalzan á las caprichosas divinidades del panteón helénico, y gustamos tal vez demasiado por desgracia, de esa poesía que cubre el vacío sin término de la decepción, y el desengaño con lujosísimo tul, que es la trampa en que nuestra pobre alma cae para experimentar dolores, angustias crueles y vivas, á las que nada puede hacer hallar compensación. Si hacemos esto, es revelar claramente tendencias al propio mal, apartar los ojos de cuadros con los que podemos identificarnos y hallar siquiera no sea más que una ligera parte del consuelo que tanto se echa de menos.

Sin anticiparnos, siguiendo un orden racional en este estudio, y antes de pasar á ocupar-

nos en particular de algunas de sus composiciones, justo es que emitamos el juicio general que hemos formado de Carpio.

No es el ilustre poeta á quien México debe tanta parte de su gloria literaria, un poeta místico: sin entrar á discutir si tenía condiciones, para llegarlo á ser, justo es manifestar que la clase de vida á que se hallaba dedicado no le podía permitir el cultivo de este género, tal como debe ser entendido. Para pocas almas dejará el mundo de tener atractivos, y en tanto la vista halle recreación en algo de lo exterior, en algo de lo que fuera de nosotros mismos nos lleva á la lucha, al deseo, á la pasión, las exclamaciones que de nuestros labios broten, lo mismo que los pensamientos que sean sugeridos á nuestra imaginación, no pueden ser místicos. Médico distinguido, político por el bien de su país y no por la soberbia aspiración que á tantos fascina, Carpio tenía necesariamente que sostener un comercio bien ajeno á la calma espiritual que poco á poco lleva al misticismo, de la misma manera que el hondo silencio que en la campiña nos rodea nos lleva al pensamiento melancólico, á la languidez y al olvido de nosotros por nosotros mismos. El anacoreta en el desierto, el monje en su celda, la religiosa en el claustro, llegarán á ser místicos si á los citados lugares no fueron arrastrados por las decepciones que envenenan el alma, pues si así sucede, llevados de la misantropía, lo mismo que se hallaban solos en el mundo,

se verán solos en los santuarios, y sintiendo los agudos dolores de sus heridas lo mismo en una parte que en la otra, se quejeren siempre, y no ya místicas, pero ni aun religiosas resultarán sus lamentaciones, á menos que no tenga su misticismo la desesperación, en cuyo caso, místico sería el inolvidable Leopardi.

Dado que esto no es lo admitido, y que buenos y grandes ejemplos tenemos de lo que debe ser, podemos afirmar que al verdadero misticismo sólo se llega por la abstracción completa que conduce al éxtasis; cuando se tiene la dicha de no ver ó no comprender el mundo; cuando armándonos de una firme resolución nos deshacemos de todo lo que nos rodea y descendemos calmados y serenos á las profundidades de nuestro sér, donde Dios late con toda su grandeza, revelándose en nuestra alma; cuando desde allí nos elevamos con ligeras alas á los etéreos espacios donde no cabe ni dolor ni sombras, procurando evitar hasta que las puntas rocen á la materia, entonces y sólo entonces es cuando se puede llegar á ser un verdadero místico digno de ser asimilado á San Juan de la Cruz, Santa Teresa y la divina mexicana Sor Juana Inés de la Cruz. El esfuerzo es sobrehumano, por la razón que acabamos de manifestar, el mundo deja de tener encantos para muy pocos, y aun de éstos debemos separar aquéllos que un día los vieron y los gozaron, y que no sintiéndolos ya, van al escepticismo que engendra la desesperación y

el desengaño. Cuando por carácter ó por necesidad no puede llegarse á la necesaria y profunda abstracción que requiere el misticismo; cuando hay que morar en el mundo material que poblamos seguir los impulsos que en él se reciben, batallar de continuo contra los que deben ser nuestros hermanos, que en más de una y más de cien ocasiones justifican plenamente el feroz principio de Hobbe, las almas fuertes buscan consuelo en lo superior y eterno, se sobreponen á las pequenezes de la tierra y hallan una tranquilidad relativa en la veneración que deben á lo que para ellas es objeto de culto. Hé aquí el poeta religioso; hé aquí á Carpio. Supo resistir los enconos de la pasión; acredita con su poesía severa al par que bella que supo hacerse superior á todas las miserias que le rodeaban, y no puede extrañar en manera alguna que en varias de sus composiciones se advierta la queja muda que se retrata en el semblante del hombre bueno y virtuoso á que se asoma el alma. Hombre pensador y profundo, de gran saber y extensos conocimientos, extrañaría menos que nosotros lo extrañamos verse en muchas ocasiones de su vida; ver cuán solo poco eco hallaban sus palabras, pues bien sabido tendría que en las terribles luchas de la vida, en este cruel y eterno purgatorio que se llama mundo, sin que nos sea dable descansar un momento ni permitirnos reposo, sin poder abandonar la carga, dominados por la fatiga, tenemos que seguir suspirando acongojada-

mente y no podemos menos que exclamar al cabo: *Piu non posso*; pero del mismo modo que en su *Purgatorio* Dante sólo lo escuchaba de los míseros á quienes veía, aquí de nosotros, sólo lo perciben aquellos que nos contemplan con afección y se duelen de nuestras penas.

Para embellecer la realidad, contaba Carpio con una poderosísima imaginación, pulida por la sin igual cultura que adquirió en los verdaderos libros del saber; la palabrería insulsa de tantos y tantos como procuran con sus alambicados versos conquistarse el epíteto de poetas, falta por completo en sus rimas, donde brillan cuantas condiciones pueden ser apetecibles en un verdadero vate. Vano será buscar en ellas faltas de propósito, como sucede con frecuencia en otros, el arrullo de la tórtola, ni el suspirar del viento, ni el trino de las aves canoras, ni el cambiante de la luz, ni el perfume de las flores, ni la sonrisa dulce, ni el halago tierno, que son los comunes y corrientes elementos con los que el mayor número de los que se llaman poetas forman sus rimas, dándoles variedad sólo porque barajados, ora de un modo, ora de otro, caen unas veces hacia arriba, otras veces hacia abajo. No, en Carpio no hay nada de esto; en Carpio hay, y se advierte desde luego, la elevación del hombre de saber que tiene pensamientos propios, la profundidad de concepto, que atestigua penosas vigiliias, consumidas en el estudio, y una

pureza en la dicción exenta por completo de modismos y vicios que pudieran vedarle el acceso á la más rigurosa Academia.

Sobresaliendo en el género descriptivo, creemos que no sólo en la literatura mejicana, pero ni aun en todas las demás, será posible encontrar quien pueda aventajarle; ve con una claridad sin igual, copia de una manera admirable, aprecia los detalles más insignificantes, y sus composiciones son verdaderos cuadros en los que no sólo se vé, sino que también se respira y se alienta. Una imaginación del trópico halló pasto apropiado en la historia del pueblo, cuyas mayores grandezas se cumplieron en los áridos arenales de aquellos vastísimos desiertos, inseguro camino para la tierra de promisión; de aquel pueblo exaltado que no hizo más que poesía, que aun se conserva en el libro más hermoso que puede llegar á manos humanas, antología de antologías, donde cada pensamiento es una sentencia, y cada sentencia es una flor, y cada flor un objeto de embeleso que arrastra á nuestra alma. Es idea que no desecharemos jamás; no hay libro que pueda ser comparado con la Biblia, desde cualquier punto de vista que un libro pueda y deba ser estudiado; ha resistido los terribles embates del tiempo, ha sostenido los más duros ataques de acerba y enconada crítica, y se ha conservado á través de todas las lenguas, de todas las razas, de todos los pueblos; su admirable paralelismo en las rimas, se sostiene im-

pegiendo la acción á la acción, como la ola impele á la ola, poesía del corazón y de la razón al propio tiempo, que tiene todos los elementos necesarios en la verdadera poesía. En este libro, para el cual suspendemos nuestras alabanzas, porque no se ocurren á nuestra pobreza palabras que siquier aproximadamente indiquen todo lo que sentimos, halló Carpio ideas que le sirvieron para un buen número de composiciones, de las que una sola hubiera bastado para que el tribunal más riguroso le diera los títulos de poeta en reñida concurrencia.

La Biblia sola no hubiera bastado al poeta; sus composiciones, es cierto, están inspiradas en los magníficos cuadros que ofrece el libro por excelencia, pero acreditan también un perfecto conocimiento de la antigüedad, de sus ritos, de sus creencias, de su geografía y de todo, absolutamente todo lo que á ella se refiere. No se crea, sin embargo, que es el único género que el poeta cultivó, en el curso de este ligero estudio haremos notar cómo su imaginación no se ciñó exclusivamente á él, sino que, sin desmentir sus relevantes condiciones de poeta, se extendió á otros, en los que por cierto no decae.

De entre las muchas composiciones que para su gloria podríamos citar, hay una, conocida ya de nuestro público, que es admirable, tanto por el asunto, como por la elevación de concepto, su armonía y su pureza de dicción,

siendo al propio tiempo uno de esos admirables cuadros bíblicos que harán eterno el nombre del poeta. La grandeza de los imperios se derrumba á los ciegos golpes de la fortuna, y atónitos hoy nuestros ojos, contemplan en ruínas antiguas capitales que, á juzgar por lo que dicen historiadores que las vieron, parecería que habían de ser eternas, Palmira, Nínive, Babilonia, emporios un día de lujo y riqueza, nada son hoy, y sólo se halla determinado su emplazamiento por titánicas ruinas. Asentada un día en medio de la llanura Sennaar, rodeada por el Eufrates la capital del imperio Babilónico, veíase rica y poderosa, creíase segura con la protección que le otorgaban las ciclópeas murallas que circundaban su ámbito y las cien inexpugnables puertas de bronce que daban acceso á ella. El soñado país de las delicias tendrá tal vez una capital que iguale, pero no que exceda á la antigua Babilonia; sus templos suntuosos atesoraban, para el culto de Belo, cuantiosas riquezas reflejadas de continuo en los pulidos mármoles que formaban sus paredes; sus cúpulas gigantes, parecían ambicionar el papel para que la soberbia torre, causa de la dispersión, fuera comenzada á levantar; sus edificios parecían indicar que en aquella población sólo moraban magnates, y magnate de magnate, el Emperador pasaba su regalada existencia en alcázares magníficos de los que sin duda se han copiado para excitar la atención en esos cuen-

tos asiáticos donde las hadas y los genios desempeñan tan importantísimo papel. Por mucho que la imaginación abulte los hechos, no llegaremos nunca á formarnos idea de lo que fueron aquellas suntuosas cortes donde todo parecía prodigioso: Nemrod, fabuloso personaje, tal vez la creó y guarneció con aquellas murallas que fueron una de las maravillas del mundo; contribuyó á su embellecimiento la legendaria Semiramis y terminó sus obras de encanto, según refiere la historia, uno de sus soberbios monarcas, aquel Nabucodonosor, que, enamorado de una de sus mujeres, la hermosísima Amgtis, hija de Cyaxares, que tanto echaba de menos las floridas y risueñas comarcas de la Media, donde había nacido, le llevó á construir los suspendidos jardines en que se recreó más tarde; en lo humano no hay nada estable, y todo aquel poderío, toda aquella grandeza ha desaparecido en la lóbrega noche de los tiempos; no quedan de ella más que ruinas asombrosas, que forman profundas y oscuras cuevas donde anidan fieras y terribles reptiles. Pausanias dice de ella que era la más hermosa ciudad que el sol podía ver en su carrera; afirma San Jerónimo que de sus ruinas hicieron los reyes partos un coto donde cazar tigres y leones, en el siglo xi Benjamín de Tudela, recorriendo aquellos lugares, no halló más que dos mil judíos miserables poblando sucio y asqueroso barrio.

Para llegar á tal extremo, la historia profa-

na nos dice poco; la sagrada no aclara más, pero es lo cierto que de ellas es lo único que sabemos. Divididos y corrompidos los hijos de Israel, no tardaron en verse reducidos á penosa esclavitud por Nabucodonosor, rey de Babilonia, que los arrastró en pos de sí á su fastuosa corte haciéndolos testigos de la depravación de aquella populosa ciudad; tristes y llorosos, colgadas las arpas en las ramas de los sauces que se reflejaban en la corriente del Eufrates, dolíanse con sorda pena de sus desdichas, lamentaron su suerte y llamaron la *gran prostituta* á la ciudad que tenían por cárcel. Aquella penosa cautividad, terminó, gracias á Ciro, monarca persa, cuyas huestes arrasaron la ciudad de Belo, de las murallas y los jardines. Reinando Baltasar, una noche, cuando ya el estruendo de las armas, el crujir de los carros y el relinchar de los caballos debía haberlos tenido á todos en cuidado, el monarca se embriagaba con el vino y los placeres, rodeado de los grandes de su corte, de sus mujeres y de sus concubinas, en uno de aquellos salones donde las riquezas modernas podrían parecer, cuando más, ofrendas de tierna caridad; cubierto el suelo con mullidas alfombras, embalsamaban el aire los ricos aromas que se quemaban en magníficos pebeteros, chocaban las copas y cada vez eran más atronadoras las risas y las báquicas canciones. El vate, animado con su poderoso numen, ha visto esto y lo ha embellecido de

admirable modo; en la composición á que nos referimos luce sus ricas dotes de poeta descriptivo, y la introducción del corto poema, que así podemos llamar á su admirable *Cena de Baltasar*, prepara el ánimo y augura desde luego bellezas que con efecto no faltan.

Era de noche, y la redonda luna,
Desde la inmensa bóveda del cielo,
Alumbraba los sauces del Eufrates
Y á la gran Babilonia en sus festines,
Fortalezas, alcázares, jardines,
Y los templos magníficos de Belo.

Tras tan breve cuanto bella introducción, el poeta que en su cerebro siente el cuadro, se traslada á las afueras de la ciudad, donde está acampado el ejército sitiador, y pocas veces, muy pocas, recordamos haber visto una descripción tan propia ni tan bella; se ve cuanto en ella dice, se escucha cuanto en ella enumera, y creemos que más que cuanto podamos decir vale presentarla á nuestros lectores para que por sí juzguen.

El intrépido ejército de Ciro
Está sobre las armas impaciente
Por tomar la ciudad; la infantería
Se conmueve y agita sordamente,
Cual negra tempestad que allá á lo lejos
Brama y rebrama en la montaña umbría,
Ya se aprestan de Persia los jinetes,
Sus fuertes armaduras centellean
Y encima de los cóncavos almetes,
Altos plumajes con el aire ondean.

Ya se escucha el crujir de los broqueles,
De la trompa el bélico sonido
Y el bufar de los fervidos corceles,
Y la grito de jóvenes bizarros
Y del sonante látigo el chasquido
Y el rodar de las ruedas de los carros.
Ya los caballos con su blanca espuma
Humedecen sus pechos espaciosos;
Al ruido de las armas se recrean,
Y el duro suelo escarban y golpean,
Y están inquietos por salvar los fosos.

Después de esta admirable manera de describir los aprestos militares de aquel ejército formidable que se prepara al asalto, sigue la no menos brillante descripción del festín, sin que el poeta decaiga en lo más mínimo, sin que en ningún detalle haya la menor impropiedad, y sin que omita hablar, aunque con gran tiento y cuidado, de las hermosas concubinas, de torneado cuello y albo seno, embriagadas ya, y de las que

A veces ruedan sin pudor los ojos,
Ojos que en fuego criminal se abrasan

que mueven las cabezas al compás del báquico coro, donde campea la frivolidad más grande y el escepticismo más refinado.

El entusiasmo sube de punto; el monarca, fascinado, quiere que la soberbia cena tenga más encantos, y con impía desvergüenza manda traer los ricos y sagrados vasos que cogieron sus antepasados al sorprender y derrotar

al pueblo escogido. La indignación del Altísimo estalla ante tamaña profanación, nublase el cielo, ruge la tempestad, brilla el relámpago, y el terror de los profanos convidados, no reconoce límites al ver que en el muro de la fastuosa sala aparecen escritos misteriosos caracteres que nadie comprende: el poeta, para expresar esta sensación, se vale de bellísimos términos, estableciendo una poética comparación;

Como el viajero en bárbaro desierto,
Cuando ya va á pisar una serpiente,
Al ver sus ojos como llama ardiente,
Grita, da un paso atrás y queda yerto,
El Rey así, con femenil quebranto,
Al mirar la estupenda maravilla,
Temblaba todo atónito de espanto
Y se daba rodilla con rodilla.

Daniel es sólo quien puede descifrar aquellas misteriosas palabras, que han turbado los ánimos y han conmovido á todos los circunstantes, y el profeta, que había salido intacto de la cueva de los leones; el profeta que, juntamente con sus hermanos, lloraba la penosa cautividad en las orillas del Éufrates, cuyas aguas, murmuran al chocar con las hojas de los sauces que las besan, aparece allí frío, tranquilo, impávido, y predice al atónito monarca que aquella misma noche ocurrirá la destrucción de su reino. No es posible dudar; las obscenas canciones, los gritos, el regocijo y las alegres carcajadas cesaron por completo, dejando el campo al estruendo de las armas, á los ayes de

dolor; se percibe claro el fragor del combate; las estatuas de los ídolos se derrumban, y el conquistador no respeta nada, huella la púrpura del magnate lo mismo que la sedosa gasa que cubre á la hermosura, y junta se ve correr la sangre de unos y otros, y no para la matanza hasta que rinde el cansancio; mas cuando tal sucede, Babilonia no existe, la *Gran prostituta* es un montón de ruinas. Todo esto lo dice Carpio de una manera tan admirable, que pone de manifiesto el poderoso genio de que se hallaba dotado, y que lo acredita como uno de los más grandes poetas que ha tenido Méjico en la época presente.

Ignoramos por qué, mas es lo cierto que al decir poeta, que al hablar de la poesía, el mayor número de los que escuchan no pueden figurarse sino cascadas de luz y gotas de rocío, flores que perfuman, y alientos que embriagan, y perlas que ruedan, ojos que incitan, céfiros que murmuran, amor que se miente, y otras mil ficciones que engendra la turbulenta imaginación; mas si á esto reducís á la más hermosa de las musas, es bien poco lo que deseáis: las flores se deshojan, las ilusiones decaen, el perfume se extingue; es menester, pues, dar á la poesía un carácter propio de cada tiempo, y á nuestro modo de ver, ha pasado ya la época en que se limitaba á cantar el voluptuoso baile de la bayadera, el aéreo vuelo de la peris, la sonrisa de los labios rojos, y hoy parece tener por campo los dilatados

horizontes de la historia y el vastísimo espacio de la observación; en el tiempo que alcanzamos es menester que la poesía sea el revulsivo que nos inste á obrar, y no el narcótico que nos suma en pesado sopor. Carpio ha sabido realizar esto de una admirable manera; observador profundo, hombre estudioso, se ha formado primero en la vida, ha comprendido al mundo y ha sabido sacar partido de sus enseñanzas. Cada composición suya es un cuadro que se estereotipa en el alma del que lo contempla, que siempre le enseña algo, ora sea un acontecimiento histórico, ó bien le determine un carácter ó rinda culto á la verdad como fervoroso católico, ó como tal se extasie en la meditación de los puntos á que toca esta consoladora religión en brazos de la que sufrimos las penas de la vida con la resignación del que, en medio de los mayores dolores, calla y espera la curación de sus llagas.

Si, por lo que acabamos de decir, alguno se sintiera inducido á creer que es Carpio el poeta llorón, el místico forzado, el hipócrita que va al negocio, nos arrepentiríamos de haberlo dicho; mas no, cualquiera de sus obras basta para probar lo contrario: Carpio es el poeta vigoroso que ha sabido hallar el justo medio, y su poesía no tiene ese sonrosado ligero y suave, signo mentiroso de salud bajo el cual late la tisis, pero tampoco la rubicundez que, en vez de acusar exuberancia de vida es señal de intensa fiebre que devora: Carpio es el

hombre que ha sabido permanecer tranquilo en medio de los convulsivos movimientos políticos de su patria; hombre de ciencia, ha sabido á qué atenerse cuando ha dominado la sotana que se ajusta con el cinturón del que pende el sable, y lo mismo que no le han seducido las declamaciones fastuosas de tanto político que cree tener méritos para hacer la felicidad de su patria, no lo han fascinado los casuales triunfos de tanto militar de pacotilla, cuya única habilidad consiste en dar pasto, pero pasto continuo, que devoren los cañones del bando enemigo.

Para afirmar que el poeta que estudiamos no estaba sugestionado á los antiguos y ya rancios principios que un tiempo pesaban sobre las alas del espíritu, basta sólo leer sus bellas composiciones; mas ellas también nos prueban que sabía á qué atenerse. Su poesía titulada *México* y la que tiene por epígrafe *México en 1847*, pueden servirnos para aprender cuánto bueno deseaba el poeta para la patria querida en que vió el día, cuánto deseaba para ella, y qué concepto tenía formado de los hombres y las cosas. Entonado y vigoroso, sabe cual ninguno contenerse en los límites de lo razonable y justo, y hay en sus deseos, firmes reproches para los que han contribuído á la ruina que llora. Si como más afortunadas naciones de América, México hubiera tenido un hombre leal y desinteresado, político hábil y patriota sincero, otra sería hoy su suerte y otro su por-

venir mañana; mas ha querido su desgracia que no sea así, y á una revolución ha seguido otra, de la que ni siquiera ha surgido un dictador que ponga coto á las difíciles situaciones que á su país han creado tanto desalmado como por sí y ante sí se ha erigido en general.

Casi tenemos orgullo en confesar que después de la vieja España, en que hemos nacido, no hay nación sobre la haz de la tierra á que queramos tanto como á la Nueva España, cuna de eminencias como la nación que más, patria donde nacen las mujeres hermosas y los hombres caballeros y los poetas lozanos; tierra desconocida aún, pero que se revelará más tarde tal vez, después de haber sufrido la invasión de los bárbaros del Norte, que incautamente parece se están atrayendo. Por esto mismo, por el grande cariño que nos inspira, lamentamos sus penas y lloramos cuando lloran sus hombres de corazón, de los que por fortuna conocemos á varios. La gratitud nos lleva á mencionar los nombres de Riva Palacio y de Híjar y Haro; el uno desde lejos, el otro en inolvidables veladas, nos han enseñado cuánto vale su patria, y mil veces oímos pronunciar con veneración á este último el respetable nombre de Carpio.

Cuando, no habiendo encontrado quien desde allá nos remitiera sus rimas, encontramos quien acá nos la dejara admirar, dimos gracias á Dios con mayor efusión, por cuanto vimos que había tenido ya quien le rindiera justísimo

tributo. En 1849, un poeta notable también, D. José Joaquín Pezado, apellido ilustre que con honra conservan de entre sus hijos los que viven en México, publicó un brillante estudio del poeta que estudiamos; pero se atenía mucho á la persona y á la lucha política que sostuvo; poco á las bellas composiciones que había dejado. Después que Pezado, en Octubre de 1860, D. Bernardo Couto puso al frente de una nueva edición de las poesías de Carpio, una biografía en la que prueba mejor intención que dotes literarias; después nada se ha hecho, no obstante ser una de las más arrogantes figuras que México puede presentar en su historia literaria.

Hemos procurado presentarle como poeta religioso, y justo es ahora que le veamos como poeta profano, pues también como tal merece señaladísimo puesto, que con justicia pueden envidiarle muchos de los que se enorgullecen con el dictado de vates. Severo, por ser la severidad condición que propiamente le distingue, Carpio no ha hecho objeto de sus cantares á ninguna de esas beldades volubles y tornadizas que, reales ó fingidas, llevan al poeta á decir muchas cosas, bonitas, es cierto, pero ninguna buena; Carpio ha dejado en paz al niño alado y ciego que no sabe lo que se hace, y ha hecho objeto de sus preciadas rimas al amor viril, el amor que tiene ya discernimiento y que, sabe por lo tanto, lo que se hace y lo que se dice. En las composiciones éroti-

cas del poeta á quien estudiamos, no se advierte esa exuberancia de fuego y de sentimiento que tanto seduce y llama la atención á primera vista, no hay ese ardor convulsivo que es resultado de la fiebre en sus más álgidos periodos, cuando ya el enfermo está próximo á sucumbir; pero hay el calor que es necesario á la vida, ese temple moderado y conveniente que indica que se halla el cuerpo bueno y la mente tranquila, y que veda, y no disculpa ni autoriza tantas libertades como los poetas éroticos, propiamente hablando, se creen con derecho á usar. Para que nuestros lectores queden convencidos de que es cierto lo que decimos, sabemos que no basta el que nosotros lo digamos, y por esta razón, justo será apoyemos nuestro dicho en una prueba irrecusable.

Entre el buen número de composiciones de la clase á que nos referimos, tiene Carpio dos, las que titula *El Turco* y *Ausencia*, que sirven á maravilla á nuestro designio.

Es la primera un hermosísimo cuadro lleno de verdad y sentimiento; en solitaria playa, cuyas finísimas arenas humedecen constantemente las espumosas ondas, pasea un sér que, solo y alejado de la prenda querida de sus amores, lamenta su honda desventura. Las azules aguas del Bósforo, con su eterna agitación y continuo movimiento, disfrutan sin embargo más paz que el alma de aquel turco enamorado, con cuyos suspiros parece que es-

cribió el poeta las tiernas quejas que forman toda la poesía; perfectamente estudiado el tipo, hay en ella lo necesario para que no pueda haber duda de qué sér parten, y tanto hay en ella de amor tierno y purísimo como de celos, sentimientos concentrados siempre en los nacidos en aquellos países donde el sol abrasa. Oriental perfecta, la oda á que nos estamos refiriendo, pudiera creerse que es del inimitable Arolas, y por su forma correcta y pura se la tomaría sin reparo como obra de uno de los más ilustres maestros.

Ora tal vez la hermosa en blando lloro
 Mojará su blanquísima mejilla,
 Y suelto al aire su cabello de oro,
 Sobre la arena hincada la rodilla,
 Acaso volverá sus ojos tiernos
 Y entre ambas manos á esta triste orilla.
 Ó qué sé yo si al resplandor divino
 De esa luna tranquila y apacible,
 Asida al brazo de un riyal amado,
 Palpitará su corazón sensible
 Como otras veces palpité á mi lado.

En ausencias de amor así dice quien siente bien, y Carpio no podía decir de otra manera; quién sabe si en alguna ocasión aquel hombre, en quien tanto dominaba la razón, la sentiría vasalla del sentimiento, y experimentaría, al par que el amor, que tanto consuela, los celos, que tanto mortifican; cosas ambas que no se comprenden la una sin la otra, y que por sí ninguna se aminora, sino que sirven de com-

plemento. En el amor á una mujer no cabe participación; se quiere todo y se es egoísta cuando se ama, porque todo se cree poco para satisfacer el anhelo que se siente: no hemos podido nunca explicarnos que suceda de otra manera, y es porque jamás sucede; amor sin que se sientan celos hasta del aire, no es amor, no es la pasión que llevaba al poeta á decir por boca del *Turco* melancólico:

Por piedad, una lágrima te pido;
 Tengo hincada en el suelo una rodilla;
 Una lágrima sola de ternura
 En recompensa de mi fe sencilla.

Alzando á ratos mi semblante adusto
 Pídole al cielo que dichosa seas,
 Pídole al cielo que otra vez me veas
 En la mansión espléndida del justo.

Cuitas y penas que arrancan lamentaciones, y lágrimas que se lleva el aire, cuando no son hechas plásticas por las sobresalientes condiciones de un poeta como Carpio que, fiel intérprete de lo sentido y pensado, en una situación cualquiera en que se fije, sabe estereotiparla y trasladarla así á los demás, para que puedan ver por dentro un pecho enamorado. Cierto es que, como obra humana, esta composición adolece de algunos defectos; pero hay que buscarlos con diligencia y cuidado para que no pasen desapercibidos, pues son muy tenues. Haciendo juego con la que hemos reseñado,

la que titula *Ausencia* no desmerece en nada y abunda en el mismo sentir, y lo mismo que tantas otras, como nos llevaría mucho tiempo y mucho espacio si quisiéramos analizarlas con la detención que merecen.

Uno de los géneros á que más predilección parece haber mostrado Carpio es al *soneto*, rima harto difícil, que, según dicen, inventó *Apolo* para mortificar á los poetas, y que no debe haber mortificado poco al poeta en que nos estamos ocupando: muchos en número los suyos, creemos que no perdería nada una nueva edición de sus obras con que se suprimieran varios, del mismo modo que afirmamos que entre los que quedarán los habría de haber dignos de competir con los buenos que haya hecho el que mejor ha manejado este metro.

El soneto, por la brevedad de sus términos y por el número de condiciones que tiene prescritas, rara vez responde al deseo, y queda unas veces sobradamente ancho y otras estrecho en demasía: tal vez en los sonetos sea donde más lunares se puedan hallar á Carpio; pero suyo es también el que vamos á transcribir, y que no dudamos apetecerían muchos de los que no pocos versos han escrito, para tener algo digno de que se les alabara, por ser un verdadero ejemplo de belleza y de verdad:

Sentado Bonaparte en una altura
En la orilla del mar de Santa Elena,
Al triste rayo de la luna llena
Meditaba en su inmensa desventura.

Recordaba entre sí con amargura
Las turbulencias del sangriento Sena;
El Tabor, las Pirámides y Jena,
Y de César-Augusta la bravura.
Ved, exclamó, las palmas de Marengo,
Los campos de Austerlitz de sangre rojos,
Donde las rusas águilas contengo.
De la Europa me siento en los despojos;
Mas de tanto triunfar, ¿qué premio tengo?
Las lágrimas que ruedan de mis ojos.

Sin duda que nuestro poeta comprendió que hay cosas que no merecen la reconvención dura y formal, pues que así no se castigan, sino que hay que emplear en contra suya el látigo terrible del ridículo. De esta consideración surgieron sin duda sus cáusticos epigramas, encaminados á censurar los vicios latentes que encarnan allá en el corazón de tantos. Hombre del estado civil, sin que á su pecho mortificara ni poco ni mucho la pasión de figurar, castigó en brevísimas composiciones el afán de intrigar y figurar que ha engendrado tantos generales, término de laboriosa y difícil carrera que algunos, gracias á la audacia, arbitran para principiarla, por lo que no les queda otro remedio que batallar por el ascenso inmediato, que es en aquellos países la presidencia de la República.

Me he pronunciado diez veces
Contra el poder nacional,
Y apenas soy General!

Dice el poeta con sobrada gracia, adivinando

el pensamiento que en tantos de sus compatriotas ha dominado siempre, y con ellos mismos sin duda, dice en otra composición de las que se asemejan á la abeja:

Diez y ocho revoluciones
Sólo he formado hasta el día.
¡Y me llaman todavía
Revolto los bribones!

Tal vez ya en sus días se daban muestras de esa literatura, capaz de trastornar á los cerebros mejor organizados, cuando la señala diciendo:

Este drama si está bueno,
Hay en él monjas, soldados,
Locos, ánimas, ahorcados,
Bebedores de veneno
Y unos cuantos degollados.

Y rancio achaque es entre los americanos venir á prodigar su dinero á París, agotando la salud en vanos placeres é inmundas orgías, que les conducen al sepulcro después de haberlos descompuesto en vida, y que, sin embargo, es el haber estado en la moderna Babilonia su mayor timbre de gloria, cuando el poeta, emitiendo una carcajada en burla de ellos, decía en dos versos:

¡Todo lo sabe Don Luis!
¡Como que estuvo en París!

Hemos procurado dar á conocer, sin faltar á la justicia, á uno de los más sobresalientes

poetas que México tiene; nada importan para nosotros prevenciones injustificadas ni reservas á que muchos se ven conducidos por parcialidades censurables. ¡Ojalá y los que aspiran á poetas pensaran como pensamos nosotros, y al par que los modelos de antiguo recomendados, estudiaran á Carpio, pues en él aprenderían tanto bueno, que algo podrían hacer brillar en sus obras! Muerto ya, por desgracia para las letras mexicanas, nunca podrá entenderse que fueron nuestras alabanzas encaminadas á recibir gracias, que como nunca esperamos, jamás echamos de menos, y si á más allá del sepulcro le alcanzó alguna censura, créase hija del deseo que tenemos de ser justos siempre, cueste lo que cueste.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Ignacio Manuel Altamirano

Si como fuente y origen del género humano pudiéramos admitir más de una pareja y afirmar en la historia la venturosa época que ha precedido á la de miserias y dolores que aun se prolonga, creeríamos que México había sido el paraíso del mundo que Colón en su entusiasmo hubiera querido poner á los piés de la católica Isabel de Castilla; que allí se habían cumplido iguales maravillas que la Biblia nos relata, que en tranquila y venturosa paz, gozando de dicha completa, habían vivido felices los primeros seres que con su descendencia bastaron para poblar el nuevo continente, pues en verdad que aquellos campos y aquellos montes, aquellos ríos y aquellos valles, tienen indecibles encan-

tos, como deben existir en la mansión cuya puerta guarda el ángel de la flamígera espada. Sin haber estado allá, el historiador al aventurarse en las épocas remotas que pasaron, y estudiar los comienzos de aquella civilización, el naturalista al describir su virgen brillante flora y su riquísima y prehistórica fauna, el mineralogista al escudriñar los senos de la tierra nos hacen formar un concepto de grandeza, con que nuestra imaginación la baña, y que mayor consistencia adquiere cuando aventurados en el estudio de la literatura, apenas si puede permitirse descanso nuestra fatigada mente, pues de paso en paso nos detiene como colosal gigante, y nos obliga á su admiración, un estro poético de primera fuerza, que por radicar en el espíritu misterioso cuyo total forma el alma del mundo, se eleva á los cielos y con potente mirada lo abarca todo, en tanto que, encadenado á la materia, se arrastra por la tierra que embellece.

Muchas veces en la playa, al ver los montes de blanca espuma que el buque al partir forma con su poderoso hélice, al contemplar la profunda estela que abre su quilla, nuestra alma, meciéndose sobre las primeras ó aventurándose en la segunda, lo seguía impelida por este deseo vehemente de ver y conocer lo que existe más allá de esta España, por la que siempre suspiraremos; hemos gemido bajo los eléctricos alambres por donde surca invisible el pensamiento humano con la velocidad del rayo, y

angustia extrema hemos experimentado al oír el silbido penetrante de la locomotora que parte envuelta en negro humo que, despedido de su candente pecho, rugé por el esfuerzo á que se le obliga; cuando considerando estas sensaciones caemos en hondo abatimiento, para consolarnos recurrimos al gran libro de la historia, y al través de sus páginas dejamos atrás leguas y leguas, pasamos siglos y siglos, y creciente siempre nuestro anhelo, somos testigos de las grandes convulsiones de los pueblos, de las metamorfosis de las razas, de los cambios de los hombres; soñamos luego con las fuerzas de los héroes y el talento de los legisladores, y la hermosura de las mujeres que á tanto obligaron; pero siempre llama más nuestra atención advertir que no ha existido pueblo, por efímera y fugaz que fuera su existencia, que no deje recuerdos por medio de la literatura, pues de la misma manera que entendemos no hay un individuo que no suspire, afirmamos que no hay un pueblo que deje de acreditar su existencia con obras en las que revele sus sentimientos y sus creencias, sus gustos y aficiones, y tanto mayor sea su grandeza en la historia y mayores las luchas sostenidas por él, de más precio son las manifestaciones de su genio, lo mismo en la paz que en la guerra; esto se comprueba sencillamente observando que no hay pueblo ni época que carezca de genios superiores y obras admirables que los caractericen en la esfera del arte. Tiene la India el

Ramayana, Homero florece en Grecia, y en Roma, Virgilio y Ovidio; en el periodo de transición de una civilización á otra, aparecen los Nibelungos y los Eddas; Dante representa la edad que muere; su obra es el testamento de una época histórica; Shakespeare vive en el albor de la que empieza; cuando por la luz á que no se está acostumbrado todo toma fantásticas proporciones, aparece Ariosto; para castigar el exceso, Cervantes; como tipo de la ambición gigantesca de un siglo, tenemos á Byron; el cancionero de una generación lo representa Musset, y de este modo, enlazándose con las manifestaciones de los hechos, las revelaciones del espíritu se siguen indefinidamente. Particularizándose en una nación puede hallarse la comprobación particular, y viéndolo en México más nos afirmamos, pues aquel país, perdido en el espacio para los que vivieron antes del siglo xvi, y perdido para sí hasta el xix, al verse con vida propia y poder libremente levantar las manos al cielo, lo saluda con gritos de júbilo y se embriaga con perfumes que no adultera el punzante olor de sangre vertida, y se embelesa escuchando la secreta armonía de los mundos que giran sin que los interrumpa el grito del sicario del déspota, y canta sus propias glorias en Degollado y Zaragoza, borda su naturaleza Riva Palacio, Flores canta sus volcánicos amores, y llora los pesares Híjar, Peza determina su originalidad, y un hijo de la costa, un hijo de la nueva Anda-

lucía, si Nueva España llamamos á México, Ignacio Manuel Altamirano, revela su talento como distinguido periodista y como poeta.

Hijo de la generación á que más debe México, y cuyo nombre será eterno en la brillante historia de aquel país, antes que como poeta conocimos á Altamirano como militar, en la notable historia del ejército de Occidente, que escribió el sabio Dr. Híjar y Haro, que tanto ha hecho por su patria en los años que estuvo de secretario en la embajada; cuando Peza no había publicado *La Lira Mexicana*, supimos la importancia que como hombre político tenía, su valer en el Parlamento y en la cátedra, y que era uno de los oradores que en México forman en primera fila.

La exquisita ternura generadora en el corazón de afectos que no pueden manifestarse, por ser la sociedad moderna campo poco á propósito para ello, ha sido sin duda lo que ha hecho retroceder á este poeta en el tiempo buscando lo necesario para la satisfacción de su alma: esta tendencia, que debe haberse dado siempre, es, á nuestro modo de ver, lo que ha sido causa del aparecimiento del Idilio en las literaturas, pues nunca, siguiendo el ejemplo de los griegos, nos limitaremos á dar este nombre á una composición cuyo fondo sea la vida pastoril, la vida del campo. La más notable representación plástica que del Idilio se ha hecho, es indudablemente la debida á Mme. Noemi Constant; encuadrado en hermoso marco que más hace

resaltar la brillantez del colorido, sobre un fondo de espesa enramada, tapizado de flores, ha trazado con extrema verdad la figura de un joven que estrecha dulcemente contra el corazón á su amada, en tanto que le da á oler la fragante rosa que tiene en la mano. Nada puede alcanzar á explicar la singular expresión de aquellos rostros, especialmente el de ella, que al aspirar el delicado perfume de la hermosa flor, parece que se le oye exclamar: «desde aquí al cielo.» Esto, sin que quepa dudarle, es un idilio, é idilio forman también la madre que cariñosa mira al tierno infante que duerme en su regazo, el padre que contempla el retrato del adolescente, cuyo rostro revela genio, ó el apasionado sér que en muda adoración quiere investigar el corazón de la mujer querida para ver si halla correspondencia al amor que matándolo le sirve de alimento. Estudiadas las literaturas clásicas, advertimos desde luego que nunca fué el idilio expresión de la simplicidad de las edades primitivas, sino revelación de sentimientos tiernos y puros, para lo que creyeron necesario los poetas remontarse á épocas primitivas, colocando en ellas sus cuadros: prueba de este aserto puede y debe ser considerar que Teócrito, Bion y Mosco entre los griegos, Horacio, Virgilio y Ausonio entre los romanos, no pueden reflejar en sus obras escenas reales. El siracusano Teócrito, maestro que podemos llamar en este género, lo mismo que Bion y Mosco, sus contemporá-

neos y discípulos, viven en una época de refinamiento, como sucede en Roma en el siglo de Augusto y en los posteriores, cuando ya no caben escenas de intimidad y candor como las que se advierten en sus idilios, por lo que, volvemos á repetirlo, en ellos hay sólo una manifestación de sentimiento, á la que ninguno llega como Teócrito por sus especiales condiciones; en Bion hay sobrada licencia, en Virgilio mucho estudio, en Horacio falta de carácter. En las literaturas modernas los dos poetas que con más éxito han cultivado el idilio, son Gessner en Alemania, y Tennyson en Inglaterra; el primero está juzgado en la frase que á su propósito decía Rosseau en una de sus cartas á Hubert: «vuestro Gessner es un hombre de corazón como yo los entiendo;» y todos sabemos cómo sentía el filósofo de Ginebra, que muchas veces recurrió á los pastores para hacerlos fieles representantes de sus sentimientos; Tennyson ha bebido la inspiración de sus idilios en la Tabla redonda, y justo es confesar que en todo lo que pertenece á las épocas de sencillez, se dan idilios como flores en abundancia se dan en la primavera.

Esta divagación que hemos hecho y que mucho confiamos nos será perdonada, tiene una justa causa ocupándonos de Altamirano, autor de buenos idilios: *Flor del Alba*, *La salida del Sol*, *Los Naranjos*, *Las Amapolas*, son los títulos que el poeta les ha dado, y de él podemos decir lo que hemos dicho de Teócrito: no

hay en ellos nada de la vida pastoril, nada que nos recuerde el lamentar de los pastores; son cuadros de la hermosísima naturaleza de aquel país, bien sentidos y expuestos con maestría; son acentos del alma de un hombre cansado de la lucha que por momentos reposa en la contemplación de aquellas bellezas que extasían y que le llevan a lucir las dotes de que está dotado, porque también en este punto puede establecerse paralelo entre el poeta de Siracusa y el poeta de Tixtla.

Aquél florece, no ya en los tiempos del sencillo cuanto grande Homero, que con sin par naturalidad cuenta hasta los más nimios detalles del encuentro de Nausica con Ulises, ni en los de Hesíodo el labrador, sino en un período en que, habiendo alcanzado la literatura griega su mayor desenvolvimiento, comienza a declinar; no goza ni puede gozar con escenas de la vida campestre en los primeros días de una civilización, cuando nada ha existido que se preste a consideraciones que agitan al pudor, vive en la refinada corte de los Ptolomeos, en medio del lujo y de la depravación propia de toda corte, y sin embargo, vemos que sus versos no reflejan ninguna idea de su tiempo, ninguna opinión de los hombres que tiene alrededor, porque hijos de un verdadero poeta son ecos de la simplicidad del sentimiento, é importa poco que en algunos pasajes llegue hasta la obscenidad, como pretenden algunos críticos, juzgándolo como si se escribieran en

el siglo presente; desnudas están las Venus de Médicis y la de Gnido; desnudos están faunos y sátiros, y en presencia de estos clásicos monumentos del arte, nadie vé más que la perfección de los torsos, lo puro de las líneas y lo admirable de la expresión. Altamirano no vive en la sencillez del pueblo azteca que admiraría Cortés y sus compañeros, no vive en los tiempos de Nezagualcoyolt; vive en el último tercio de este gran siglo xix; no habita la soledad de las selvas, ni mora á orillas del río, ni los acentos de los pájaros que trinan son los únicos que hieren sus oídos; vive en la capital de una república agitada por los esfuerzos que realiza buscando su bienestar, rodeado de hombres que procuran su bien, luchando unos por la fuerza de los ideales modernos, otros por mezquinas é injustificadas ambiciones; pero á pesar de esto, quédale tiempo para volar, no á la infancia de su pueblo, sino á los primeros días de una culta adolescencia, y su plétora de sentimiento produce cuadros de sin igual ternura.

Flor del Alba es un idilio puramente mexicano; el cardenal, los turpiales, los zenzontles cantan en los mangles y los arrayanes, luciendo sus vistosos plumajes; el cafetal deja lucir la grana de sus frutos; las flores del algodón se columpian en los tallos, y las hojas del nelumbio besan las murmuradoras corrientes del arroyo que salta juguetón de piedra en piedra; *Flor del Alba* es el nombre que han dado á

niña hechicera moradora de una cabaña, cuando un cielo merece; niña que al romper las primeras luces del día, va por agua, llevando, como la Nausica homérica, la sencillez en los labios, y el reflejo del cielo en la mirada:

Cruza el sendero de mirtos,
Y cabe un cañaveral,
Donde hay una cruz antigua,
Bajo el techo de un palmar,
Plantada sobre las peñas
De un musgoso manantial,
Arrodillada la niña
Humilde se pone á orar,
Al arroyuelo mezclando
Sus lágrimas de piedad.

Trasladad al lienzo este cuadro, y será la más propia y genuina representación del idilio; hay en él un alma que se mece dulce y tranquilamente como las ligeras nubes que flotan en el espacio al caer la tarde.

La salida del Sol es un magnífico efecto de luz que más brilla al advertirse en su fondo la fe en la existencia de un Dios que no puede menos que existir; pero expresado de un modo tal, que claramente se vé que el poeta conoce á Dios y no desconoce la miseria humana, por lo que no resulta orgulloso; conoce la miseria humana y no desconoce á Dios, por lo que no resulta desesperado. *Los Naranjos* es una composición de la que parece emana el riquísimo perfume del azahar, y en *Las Amapolas* hay el fuego del color de la modesta flor que crece

entre los trigos: es, sin duda, el que más agrada, pues se advierte en él mayor vivacidad, más movimiento, al mismo tiempo que mayor corrección en la forma: si Altamirano hubiera seguido, habría llegado, sin duda, al extremo censurable que en Teócrito y Bion critican muchos; el amante que presenta, pide tanto como alguno del siracusano; pero, séanos permitido que lo repitamos, poco importa esto á los que sólo atienden al fondo, á la idea, á la intención, y nada puede inquietar el extravío á que se vea llevada la imaginación, cuando de antemano sabemos será retenida por la forma bellísima de que el poeta ha echado mano. Leyendo *Las Amapolas* acuden á nuestra mente recuerdos de una edad en la que el candor nos llevaba á lo que tal vez hoy la misma malicia nos veda: sentimos la riquísima naturaleza de aquel fértil país, y recordamos á nuestro Gil Polo, con quien únicamente puede compararse Altamirano, por lo armonioso de sus quintillas. El poeta que cantó de tan admirable modo los desdenes de su hermosa Galatea, no opondría resistencia, tal vez encontrara placer, en firmar las del vate mexicano:

—Duermen las tiernas mimosas
en los bordes del torrente;
mustias se tuercen las rosas,
inclinando perezosas
su rojo cáliz turgente.

.....
Arde la tierra, bien mío;

en busca de sombra vamos
al fondo del bosque umbrío,
y un paraíso finjamos
en los bordes de ese río.

Aquí en retiro encantado,
al pié de los plataneros
por el remanso bañado,
un lecho te he preparado
de eneidios y de azahares.

El conocimiento que Altamirano tiene de las literaturas clásicas, lo ha llevado, sin duda, á vaciar la grande idea implícita en su composición *Las Abejas*, en un molde hecho al parecer por Virgilio ó por Horacio, y la forma severa de esta composición nos hace recordar la del maestro León:

¡Qué descansada vida
la del que huye el mundanal ruido,
y sigue la escondida
senda por donde han ido
los pocos sabios que en el mundo han sido!

de la misma manera que ésta hace recordar la del incomparable Horacio,

Beatus ille qui procul negotiis,

composición que acudió á nuestra memoria leyendo más de un pasaje de la de Altamirano, que comienza:

Ya que del carmen en la sombra amiga
fuego vertiendo el caluroso estío,
á buscar un refugio nos obliga
cabe el remanso del sereno río;

tras este magistral comienzo, el poeta, que se ha propuesto consolar al amigo querido de la pena que sufre por una decepción amorosa, presenta, en admirable paralelo, la vida de la córte y la de la aldea; establece una comparación entre la mujer que físicamente se aja con la atmósfera de los salones, y se pervierte moralmente con la farsa de la córte, y la pura y sencilla mujer de los campos que le recomienda; sirve admirablemente su propósito, para la bella comparación que establece entre las damas de gran aparato y fausto, con las flores que, altivas y brillantes, seducen la vista, pero de las que ninguna abeja liba miel para sus panales, y las sencillas y candorosas que habitan la aldea, semejantes á las violetas que con empeño busca el insecto bajo las hojas en que se esconden. A más de la forma sin tacha que el poeta ha dado al pensamiento, en cada verso ha dejado una máxima, de las que no deben olvidarse; en cada estrofa una enseñanza de las que siempre deben tenerse presentes.

La naturaleza no es monótona ni aun en calma; cortando el plano valle salta el arroyo que simula argentada veta, interrumpe la llanura el precipicio, á cuyo fondo se despeña el agua que desciende de la montaña, y esta variedad, á la que dan encantos, acá las palmas, allá los sicomoros, sirve admirablemente para despertar el alma sentimientos que son efectos lo mismo de lo plácido y tranquilo, que de lo agitado y revuelto. Altamirano es dulce en las

composiciones anteriores, porque no se prestan á otra cosa los blancos azahares y las sencillas amapolas; pero como si su alma adquiriera bríos en presencia de las grandezas naturales, se le ve pensador profundo, y de violenta imaginación, cantando *El Atoyac*, río que embellece y fertiliza llanuras de aquella tierra bendecida, donde nació el poeta. Hijo del trópico, se advierte en él la riqueza exuberante de una privilegiada fantasía, y son más bellos sus cuadros, cuando más asombrosa y rara es aquella vegetación. *El Atoyac en una creciente* es una bella poesía que seduce lo mismo por su fondo que por su forma. De ella forma un seductor contraste la comparación entre el río que

Nace en la sierra entre empinados riscos
humilde manantial, lamiendo apenas
las doradas arenas,
y acariciando el tronco de la encina
y los piés de los pinos cimbradores.
Por un tapiz de flores
desciende y á la costa se encamina
el tributo abundante recibiendo
de cien arroyos que en las selvas brotan.

Sus furores violentos
ya nada puede resistir, ni evita;
hasta que puerta á su correr dejando
la playa... rebramando
en el seno del mar se precipita!
con el amor que de la misma manera
nace de una sonrisa del destino,

y la esperanza arrúllale en la cuna;
crece después, y sigue aquel camino
que la ingrata fortuna
en hacerle penoso se complace;
las desgracias le estrechan, imposibles
le cercan por doquiera;
hasta que al fin violento,
y tenaz, y potente se exaspera,
y atropellando valladares, corre
desatentado y ciego,
de su ambición llevado, para hundirse
en las desdichas luego.

Nos hemos ocupado hasta ahora sólo en algunas rimas insertas en el libro primero, y grande es nuestro sentimiento al no poder hacerlo con todas; demasiado lejos nos llevaría la enumeración de los méritos que cada uno atesora, por lo que nos vemos obligados á pasar al segundo y tercero, que es donde, á nuestro modo de ver, el poeta está en carácter ó al menos donde más ha desplegado las condiciones y cualidades que le son propias.

Hemos leído repetidas veces estas dos últimas partes del libro, de las que la primera tiene por título *A una sombra*, y la segunda *Cinerarias*, y nos parece cada vez más cierto lo que afirmamos.

Altamirano se caracteriza en ellas como poeta, y en ellas es donde más nos agrada, pues, justo es afirmarlo, bello es el mar cuando sereno y tranquilo blandamente se mueve como perezoso niño, y sus tenues olas apenas si hacen más que besar la playa; pero es soberbia-

mente hermoso cuando se encrespa y ruge, y gigantes sus ondas en montañas de espuma azotan la arena; es bello el arroyo que con suavidad lame los musgosos márgenes de su cauce, refrescando las gayas flores que en él crecen, y que como cinta de plata borda el valle; pero es grande y hermoso el torrente que de piedra en piedra, crugiendo y bramando, se quiebra en montes de espuma, y con ímpetu avanza en revuelta corriente buscando el mar sin respetar nada; es bello el botón de rosa que se columpia en el tallo esparciendo su perfume en tanto que estrecha sus hojas, como si el pudor le impidiera abrir del todo sus pétalos á la luz, de que toma sus colores; pero es asombrosamente hermosa la galana rosa que vuelto su cáliz al sol, deslumbra con las tintas de su corola, en tanto que embriaga con los perfumes que emite; por esto el poeta que nos ocupa realiza belleza, cuando por hallar reposo á la sedentaria vida que lleva, se repliega en pasados tiempos y vé con los ojos del alma cuadros que le recuerdan placidez y ventura, cuadros que excitan dulcemente sus sentimientos, que dejan á su corazón la tranquilidad misteriosa del edén que en sus primeros días habitaron nuestros padres, el sosiego del templo, en la calma de la naturaleza; pero en las dos partes últimas que vamos á estudiar, llega con frecuencia á lo sublime, llevado de pasiones que todo lo arrasan y conmueven, siente amor que se desborda y celos que consumen; ve al bos-

que con luz más potente que la del sol y siente más los perfumes, y desde luego se advierte en el poeta un corazón que vibra, y en cada vibración se siente un eco, y en cada eco un poema. Composiciones de hombre hecho, de la sociedad moderna, del individuo rodeado de heterogéneos seres, que lo mismo le proporcionan goces que le causan penas, su irritabilidad crece y se manifiestan aquí deseos grandes como el mundo, bellos como el cielo; allá despechos terribles como el infierno, pero que nunca desdicen, pues aun en el antro profundo donde se penan las culpas, quisiéramos el eterno beso de la sublime Francesca.

Las latitudes en que primero ha respirado Altamirano, han llevado á su alma el fuego de los volcanes que abundan en México; de este poeta como de los anteriores ignoramos detalles de su vida, y no podemos hacer biografía, lo cual nos alegra, pues somos de los que por las obras queremos juzgar al hombre, y por ellas Altamirano queda perfectamente definido diciendo que sabe recorrer todos los tonos, y sacar partido de todas las manifestaciones del sentimiento.

En las composiciones de la segunda parte que titula *En la muerte de Carmen*, *Al pié del altar*, y *Pensando en ella*, hay un mundo de ideas que, nacidas en el mismo punto se bifurcan para volver á encontrarse, y una vez encontrados luchan y batallan hasta causar desesperación; hay momentos en que el poeta,

atosigado por el pesar, revela una amargura semejante á la de Job; otras tiene la unción mística de los Salmos; se vé desde luego una indecible verdad expresando la lucha que siente en su alma, y se encuentra junto al piadoso pensamiento que agrada á Dios, la idea blasfema de que se asusta el mundo, porque ciertamente nada lleva tanto á la amarga desesperación como los dolores que se cantan, y Altamirano ha cantado los suyos. La muerte de una mujer que era su consuelo, y aún más que esto, pues por ella el dolor no le hacía mayor, le arranca quejas, y es causa de que emita pensamientos bellísimos y vierta imágenes seductoras; hay en ella algo del triste estado de que en los ciegos se advierte; su móvil cabeza gira á todos lados, y al no hallar nada, fácil es calcular lo que en su alma siente. Tal vez como deducción del profundo pesar que le dominaba escribió la titulada *Al pié del altar*, ó fué hija de otro grandísimo dolor, pues sólo se comprende, se explica y se disculpa el atrevido pensamiento que en ella centellea.

Vengo á tu templo con la faz sombría
y con el alma enferma de pesar,
buscando alivio en la desgracia mía
junto á la yerta losa de tu altar,
Jamás te importuné con mis plegarias:
sufría... y nada te pedí, Señor;
yo he gemido en mis noches solitarias
devorando en silencio mi dolor;
pero hoy no puedo más... hoy sí te pido
que termine clemente mi sufrir;

un siglo de pesar mi vida ha sido,
es mi esperanza única morir.

Comienzo es éste que deja adivinar el estado de un alma que se agita en vanos esfuerzos que hace comprender la angustia de un corazón, á pesar de lo que, el pensamiento resulta bello, sin más que las ligeras gasas que aún no pudo romper en la mañana el sol naciente. *Pensando en ella*, es un verdadero *Lied*; hay en esta composición una sencillez ideal, un encanto cual sólo se siente en la quietud del bosque, donde las ilusiones ópticas se multiplican, pues ilusión óptica hay en esta composición. Su corazón sufre, se agita, llora, el alma vuela, y en la etérea región ve á la mujer querida, cuya realidad está en el cielo de las celestes visiones, y por consolarlo exclama:

Mírala ya en el cielo; hasta su planta
en tus horas más lúgubres levanta
tu esperanza cristiana y tu oración.
Y que renazcan de tu fe las flores;
ella vela por tí; sufre y no llores,
no llores más, mi pobre corazón.

Un sentimiento exquisito, puro y delicado, se advierte en la composición que, como recuerdo, dedicó el poeta á su madre, inserta también en esta segunda parte del libro que estudiamos. Cuando, por ser la llamada á llevarnos en su seno, vemos á la mujer en el señalado puesto que tiene después de la gran reforma llevada á cabo por el mártir del Gól-

gota, nos dan lástima los que, más que nada, perjudicando sus intereses, procuran su emancipación y pregonan que deben adquirir la ilustración que los hombres adquieren, para ocupar en la sociedad el puesto que ocupan ellos, y aún más lástima nos dan las que, seducidas por tan soñadas promesas, se aventuran en el árido estudio y se afanan por llegar, al mismo paso que el sexo á que creen enemigo, al punto donde, según afirman, pueden llegar. A poco que se fijaran comprenderían, sin gran esfuerzo, que, como seres de la misma escala, tienen un fin que cumplir, para lo que ciertamente no les es necesario asistir á las clases ni subir á la tribuna; el camino que hay que recorrer para esto está erizado de escollos, donde en girones se queda el sentimiento; el corazón y el alma de la mujer tierna y juvenil siempre hace gran falta en el mundo para contrastar los duelos, las penas y las aflicciones que se experimentan en la vida.

Vano será que en su apoyo impetren el gastado argumento de que por su debilidad abusamos; con esta condición es fuerte, y, lo más, buscamos en el femenino pecho latidos que calmen nuestras angustias, frases que entibien nuestros pesares; no queremos hallar en ellas ni el complemento de nuestro mucho ó poco saber, ni el conocimiento que nos sea necesario. La mujer, como tal, tiene una elevada misión que cumplir, misión que excluye á todas las demás, y en la que más respeto, más gloria

y más alabanzas puede conseguir y menester. Raro y muchas veces sobrenatural parece en la historia el ejemplo de las heroínas; apenas si en algunas escritoras nos detenemos, y, si lo hacemos, las más de las veces reputámoslas como hombres; la mujer en la vida, como recibe alabanzas que embalsaman el universo todo, es como madre, y de esto no hay una línea en la historia de los pueblos que no pueda ser apoyo de nuestra opinión: desde la madre espartana que fija en la idea de patria sacrifica dolorosamente sus sentimientos y entregando el escudo, dice al hijo: «vuelve con él ó sobre él,» hasta la divina madre que siente su corazón destrozado por el dolor al pié de la cruz, donde se cumple el más grande de los designios, hay un mundo de gradaciones: como madres ocupan puestos eminentes, y más se conoce á la madre de los Macabeos que á Juana de Arco, y más á la madre de los Gracos que á Teresa de Jesús, porque, como madre, la mujer tiene las súplicas y las lágrimas de los hijos, el amor de los propios, la consideración de los extraños, los cantos de los poetas y el imperecedero recuerdo de los historiadores.

Desde que con la caída del paganismo la mujer ocupó el puesto que le era debido, pocos serán los que contando con dotes para ello no hayan cantado la madre, y entre ellos se encuentra Altamirano. Poeta de corazón, ha hecho un delicadísimo cuadro, en el que no se

advierte esfuerzo ninguno; resulta natural, espontáneo, porque canta con el más natural de los sentimientos, con el del amor filial; resulta noble, digno y elevado, porque canta á la mujer en el más culminante punto de su gloriosa carrera en la vida; nunca tendrá un átomo de la esplendente belleza de que está saturado éste, el que dedique á la abogada, á la médica ó á la literata; aquél está sentido, éste tendría que pensarse.

Si alguna vez oímos cantar alabanzas de una política ó de una legisladora, nos pararemos á discutirla con toda la severidad de la crítica, y sólidamente pensamos que habremos de terminar con una irónica sonrisa; al oír al poeta que canta á su madre, nos replegamos en el santuario de nuestra conciencia, se escapa de nuestro pecho un suspiro, y sobre sus misteriosas alas dejamos cabalgar el alma toda para que vaya á caer á los piés de la nuestra, y esto sucede más cuando las composiciones nos excitan, como nos sucede con la del vate mexicano, que tan perfectamente sabe llorar su ausencia, como un ángel lloraría la del cielo y que tan vehemente ansía su vista como los hombres todos ansiamos la dicha. Hay en toda la composición una ternura infinita que bien puede acreditar su sentido comienzo:

Se oprime el corazón al recordarte,
madre, mi único bien, mi dulce encanto;
se oprime el corazón y se me parte,
y me abrasa los párpados el llanto.

Lejos de tí y en la orfandad proscrito;
verte no más en mi delirio anhelo,
como anhela el precito
ver los fulgores del perdido cielo.

Y se advierte desde luego su rica y poderosa imaginación en el trozo que transcribimos:

Cuando contemplo en el azul del cielo,
en la mano apoyada la mejilla,
mis montañas azules, esa sierra
que apenas á vislumbrar mi vista alcanza,
Dios me manda el consuelo,
y renace mi férvida esperanza,
y me inclino doblando la rodilla,
y adoro desde aquí la hermosa tierra
de las altas palmeras y manglares,
de las aves hermosas, de las flores,
de los bravos torrentes bramadores,
y de los anchos ríos como mares,
y de la brisa tibia y perfumada
do tu cabaña está, mujer amada.

Hay trozos en tan bellísima poesía que nos obligan á repetirlo, nada, nada en el mundo existe ni existirá que iguale el sentimiento que el amor de nuestra madre despierta, por la que todo se olvida y amor que al poeta le hace desentenderse de cuanto le rodea y exclamar:

Ya te veré muy pronto, madre mía,
ya te veré muy pronto. ¡Dios lo quiera!
y oraremos humildes ese día
junto á la cruz de la montaña umbría,
como en los años de mi edad primera.

En la tercera parte del libro del Sr. Altami-

rano hay composiciones que revelan cómo también los desengaños han hecho presa en él; se ven ellas, como si tras las letras palpitaran, roncós y ahogados suspiros de despecho y cólera; tras los versos se entreven esas sonrisas que el dolor arranca y se apagan con lágrimas, porque hay que conceder que viviendo en el mundo no podía ser de otra manera. Poco importan á la sociedad las elevadas condiciones y cualidades de un individuo; para nada se cuida de la ternura de su alma, ni de la espontaneidad de los sentimientos; le es todo igual, y con implacable saña en sus evoluciones y giros destroza cuanto halla, como trituran las dentadas ruedas de una máquina lo que en su engranaje se interpone. Parece en esto la sociedad á la muerte; en nada se para, ni nada respeta, lo mismo á los de una clase que á los de otra, lo mismo hiere y maltrata á los que parece tienen derecho á vivir que á los que pueden considerar la vida como una pena; hiere y mata sin fijarse en nada, absolutamente en nada; mas existe entre ambas una diferencia que da lugar á que sean preferibles los rigores de la muerte á las decepciones que experimentamos en la sociedad; aquélla se lleva la vida y con ella el sentimiento, ésta nos hiere en lo más íntimo, dejándonos una existencia cargada de dolores, que son más de lamentar cuanto son más queridas las ilusiones que al extinguirse dieron lugar á su aparecimiento. De éstos son los que el poeta canta llorando

en su primera *Cineraria*, que tiene por único epígrafe un punto de admiración, y en la que con recuerdos que no expresa, pero que deja adivinar, impone silencio al corazón que se agita aun dentro del pecho como voluntarioso niño y al que el poeta dice:

¡Silencio, corazón, duerme y olvida
que fuiste niño y que sentir supistes;
la lumbre de tu fe se halla extinguida,
duerme en la noche de tus dudas tristes!

.....

¡Amor!... ¿buscas amor? ¡delirio triste!
¿No está la llama de tu fe extinguida?
¡Amor!... ¿lo crees aún?... ¿piensas que existe?
¡Silencio, corazón, duerme y olvida!

Hay en estos acentos una sin igual tristeza, hija del natural desencanto que produce tener necesariamente que pensar así, y pena da considerar lo que al hombre de sentimientos debe suceder cuando así amordaza lo que á la vida embellece; pena intensa se siente al verlo aherrojar lo único que da luz á la existencia cuando recordamos con lágrimas en los ojos que los cautivos de Babilonia á las márgenes del por ellos maldecido río, colgaron de los sauces las lirás doradas con que acompañaban sus cantos. Al mismo género que la anterior, pertenecen otras de las que sólo hacemos mención, sintiendo no poder detenernos á analizarlas; mas hay entre ellas una, que por tocar en lo épico, merece que, abusando de la pa-

ciencia de nuestros lectores, digamos algo, es una de esas composiciones para cuyo recitado hay que exclamar:

Faró come colui che piange è dice;

composición dedicada á una mujer que fué el motivo de la dolorosa inspiración á que debe, y á la que, contemplando airado después de su lectura, habría que interpelar diciendo:

¿E se non piangi di che pianger suoli?

porque hay situaciones en la vida de un hombre que á los demás arrancan lágrimas, recordando unas penas sufridas por idénticas causas y otros temiendo que en sus días se puedan dar. Un amor que todo lo absorbe y al través del cual, como tras vidrio mágico, se ve al universo entero iluminado con las dulces tintas de la aurora, una mujer de la que se hizo un ídolo y más que en Dios se creía en ella, un mundo fantasmagórico que la pasión creó y que á gusto en él vivíamos, es una de esas épocas en la vida que siempre dejan recuerdos, pero el destino adverso nos obliga á la separación, y lo que la vista no podrá alcanzar buscamos lo supla la esperanza; y obtenemos una promesa sobre la que dormimos cual los ángeles sobre las cerúleas nubes que forman las gradas del trono de Dios. Hé aquí el primer cuadro de la composición:

Pálido el rostro, en lágrimas bañado,
Y ocultando en mi hombro tu alba frente,
Con el seno oprimido y agitado,
Mi mano presa entre la tuya ardiente,
murmuraste tu adios. «Voy á alejarme,
»te dije, y voy de mi lealtad seguro.
»¿En tu constante amor podré fiarme?»
—Tú respondiste: ¡Siempre! ¡te lo juro!

Pasa tiempo, vagando en el éter nadie sabe dónde fué la palabra, pero es lo más triste pensar que nadie averiguará ya de dónde salió, que se olvidó tan pronto. Cual juguete en manos del niño, nuestro corazón destroza una mujer haciéndonos convertir en el ángel caído que maldice y llora, pues hay lágrimas y maldiciones en las estrofas:

¡Siempre!... ¡Si apenas nace el sentimiento
cuando el cansancio presuroso llega!
¡Si el deleite que llega es un tormento!
¡Si la luz que más brilla es la que que ciega!
¡Siempre!... ¡La realidad de la existencia
del ideal los sueños desbarata
y del amor la fugitiva esencia
el soplo de los tiempos arrebata!
¡Siempre! ¡Imposible y loco devaneo!
Del recuerdo la lumbre, en la memoria
sólo se aviva el soplo del deseo;
¡tal es del alma la constante historia!
¡Tierra del corazón! Tierra mezquina
do nada vive ni arraigarse quiere
donde hasta el mal efímero germina
y así naciendo fructifica y muere.

Creemos, pensando fríamente, que modelos

por el pensamiento y por la forma, acreditará siempre el pasaje citado al poeta verdadero que de sobrada inspiración dispone; pero no es Altamirano el poeta que dominado llora y llora siempre; se ve en él al hombre que sabe sobreponerse á los pesares, al hombre que anuda su corazón y que cuando se inclina por el inmenso peso de su dolor, simula hacerlo por galante cortesía, de lo que pruebas tenemos en los siguientes versos:

Nadie sabrá que un tiempo los sentidos
ebrios de nuestro amor y tantas veces,
en apurar pasamos embebidos
del deleite la copa hasta las heces.

Nadie sabrá tampoco que hora alguna
de placer amargó letal tormento;
que nuestro corazón sintió importuna
la espina de tenaz remordimiento.

Nada quitó mi amor de tu belleza;
ni el fuego intenso que en tus ojos brilla,
ni la altivez que anima tu cabeza,
ni las rosas que tiñen tu mejilla.

Ni un surco más en la tostada frente,
ni una lágrima menos en la vida,
ni otro dolor que mi desdicha aumente,
nada me deja tu lealtad perdida.

El mismo pensamiento que en esta composición que por nuestro mal no podemos transcribir íntegra, domina en la que el poeta dedica *A María*; un amor, una ausencia y un cruel desengaño que al alma sume en el más hondo

de los pesares; pero en el *Perjurio* hay el anatemata con que siempre debe condenarse; en ésta hay el dolor, sólo el dolor que en el corazón despiertan los recuerdos al poner ante nosotros, cual maléficis genios, cuadros de ventura que se desvanecieron en el espacio al rudo envite del tiempo, se perciben en ella, no los roncacos acentos de la cólera, sino esos ecos vagos y misteriosos que parece copiamos de la naturaleza triste, en los momentos en que el crudo invierno la despoja de sus galas. Y estas sensaciones y estas luchas están ejecutadas por el poeta de una manera tan admirable, que sin querer nos hacemos sujetos activos de ellas; sentimos creadas situaciones, notamos que se mueven nuestros labios, que nuestros ojos se cierran, y sin darnos cuenta, al fantasma que vemos flotar en la sombra, cubierto el pecho por los largos rizos de su negra cabellera, perfumando el ambiente con su hálito y aun alumbrando las tenebrosidades de nuestra alma con su potente mirada, decimos como el poeta:

Marchamos siempre y á perernos vamos
¡ah! de la muerte en el océano oscuro.
¿Hay más allá riberas?... No es seguro;
quién sabe si las hay; mas si abordamos
á esas riberas torvas y sombrías
y siempre silenciosas,
allí sabré tus quejas dolorosas
y tú también escucharás las mías.

Mucho podríamos aún decir de tan esclarecido vate; advertimos méritos sobresalientes en

las composiciones de que, por falta de espacio y tiempo, dejamos de ocuparnos, pues plantel de bellísimos pensamientos y brillantes imágenes son las que titula *La Cruz de la Montaña* y *La Plegaria de los Niños*, así como las dedicadas á Isabel y á Ofelia Plissé. Cierto es que en algunas se advierten descuidos; no lo es menos que se encuentran giros defectuosos y hasta que obligado por la rima rebusca palabras que nada ó poco se usan; mas sobrada disculpa es para esto la impetuosidad del genio que hay que admirar en Altamirano y sus grandes condiciones como original y espontáneo. No hallamos, y con ansia las hemos buscado palabras con que felicitar á la venturosa nación que tales genios produce, y no las creemos necesarias por otra parte, pues convencidos debemos estar de que eterna felicitación será para ella ver que la historia, con el dedo puesto sobre los nombres de los preclaros ingenios que hemos estudiado, dirá al través de los siglos llenándolos de admiración: «hijos de México.»

Índice

	Pag.
Introducción	v
Manuel María Flores	1
Juan B. Híjar y Haro	47
Guillermo Prieto	85
Vicente Riva Palacio	121
Juan de Dios Peza	158
Manuel Carpio	192
Ignacio Manuel Altamirano	223

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



